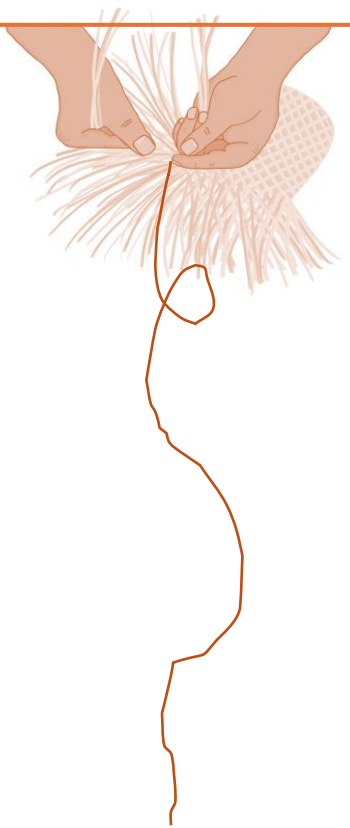
Tejiendo CUENTOS

Teodoro Jesús Hernández Rojas

Tejiendo CUENTOS



Teodoro Jesús Hernández Rojas

Tejiendo CUENTOS

Teodoro Jesús Hernández Rojas

© 2025, Teodoro Jesús Hernández Rojas

Diseño de portada: Pintura Gouache. *Tejiendo cuentos.* Teodoro Jesús Hernández Rojas

DR ©

Secretaría de Educación, Ciencia, Tecnología e Innovación
Subsecretaría de Educación Básica

Subdirección de Formación Continua
Agustín Gasca M. núm. 104, Col. Fráncico Murguía
C.P. 50130, Toluca, Estado de México

ISBN: En registro

Impreso en Toluca, México

Se autoriza la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento electrónico, siempre y cuando se cite la fuente y que se dé un uso sin fines de lucro.

a...

Doña Chucha y Don Teo
mi madre y padre, razón de mi existencia
y luz que alumbran mi paso por la vida

Nélida... mi compañera de vida
por caminar a mi lado en esta
maravillosa aventura de vivir la vida

Mi hija Nelli Nácxitl y Erick Ernesto
Por ser ejemplo de entrega, creatividad e
imaginación para alcanzar una meta.

Mi hija Xalli Adilén y Omar Isaac,
Por su dedicación, esfuerzo, tesón y empresa
para alcanzar el horizonte de llegada

Valentina Yacxitl y Santiago Balam
Ikal Emiliano y Leonardo Akbal
Mi nieta y nietos lo más bello
que nos pudo pasar en esta vida

Tod@s las maestras y niñas,
maestros y niños del mundo
Por qué como profesional de la docencia
Con ell@s y para ell@s todo y sin ell@s nada

Índice

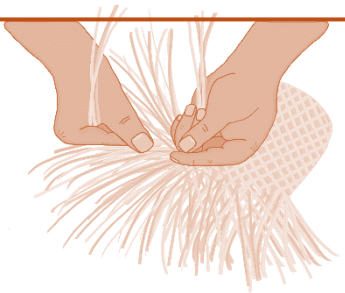
La magia de la palabra escrita	13
El Vuelo de la memoria	16
Pa´lante mostro	32
Vuelta de página	50
Claroscuro en dos tiempos	64
A Chalma por el camino viejo	111
Se llamaba Benito…	118
El espejo… una realidad compartida	132
Por un instante Rey…	146
Noche fría y tormentosa	156
Los microbios no existen	167
Diálogos entre la vida y la muerte	156

La magia de la palabra escrita

La magia de la palabra nos permite acortar las distancias entre lo recreado…, lo imaginado…, lo sentido…, con lo posiblemente vivido; entre los mundos surgidos en la etérea fantasía del pensamiento y la maravillosa razón de ser; entre el yo y la posibilidad del tú, entre él, o entre nosotros. La vida es así. Así nos lo permite ver ese arrastre de lápiz —románticamente lápiz— que va construyendo…, esculpiendo…, pintando…, historias que luchan en todo momento por no quedarse en la completa horfandad del texto no leído.

Con la palabra escrita podemos detener el tiempo y estar en el aquí y ahora, aún cuando esto pudo ser muy en el ayer. Con la lectura de textos, el tiempo se vuelve tangible, lo podemos palpar, sentir, es más, casi podemos disfrutar —o rechazar— los aromas de la naturaleza y los de ellos; los sujetos, y de ellas; las cosas, que juntos, uno a uno van conformando los escenarios reales o van construyendo los posibles escenarios.

Cuánto dista de ser palabras perfectas, pero cuán cercanas están de ser motivo de gran gozo y displicencia. Los escritos son el espacio donde verdaderamente se deja sentir la escencia del concepto: libertad. Dejar que fluyan las palabras, que se dispersen por todo el universo de papel, hasta que cumplan con su objetivo de ser el punto de encuentro entre quien escribe y quien toma entre sus manos la empresa de dialogar con el texto. Donde brote la oportunidad para descifrar y descubrir, pero sobre todo compartir estos trozos de la existencia misma. Que las palabras den vida a las letras, para que las letras nos acerquen a eso que llamamos vida.



El vuelo

de la memoria

Nuestros años de servicio magisterial, han sido sin duda alguna, la manifestación de la continuidad de una vida estudiantil llena de emociones, llena de experiencias que hoy —gracias a los recuerdos— traemos a nuestro presente. Hoy cuando vida nos ha permitido poder compartir historias con ustedes, l@s de enfrente. Hoy que quizá puedan ser las historias de tod@s, reconociendo que tod@s y cada un@ de nosotr@s hicimos nuestra propia historia.

¡Ah! ¿Cómo olvidar esos apuros por sacar una ficha para el examen de admisión a la Escuela Normal No 1 del Estado

de México?, allá por los primeros días de julio de 1974. Sí —aunque no queramos aceptarlo con todo lo que significa— ya somos una generación del siglo pasado.

Hicimos un examen de conocimientos y uno psicológico para demostrar nuestros aprendizajes, los saberes que llevábamos de la secundaria y para ver si teníamos el perfil requerido para ser profesores. Pasados los años, creo que algun@s, seguramente, dejamos mucho que desear…

En fin, en aquellas fechas la oscuridad todavía era tal que se dificultaba la lectura de los letreros que informan la ruta del autobús que se aproxima vertiginosamente a la esquina donde lo esperamos. La mayoría llegaba —se detenía o seguía sin tomarme en cuenta— cuando yo todavía no había logrado averiguar si ése era el que debía abordar. Además, todos pasaban como si fueran el efecto de la promoción de algún centro recreativo, donde permitirían la entrada por el mismo precio a todos los que cupieran en un vehículo-sardina. Ciertamente, era peligroso irse colgado o 'de mosca' pero no había de otra. Algunos ya no hacían paradas y daban vuelta en las esquinas sin desacelerar, con horrible rechinido de llantas. Además, el frío era tan intenso que nos hacía titiritar de pies a cabeza (nótese la solidaridad, hablo en plural porque sé de buena fuente que eso nos pasaba a much@s del grupo).

Al llegar a la escuela, casi siempre entrábamos de manera atropellada, siempre corriendo y llegando tarde. El frío no cesaba. ¡Bienaventurados aquellos cuyo apellido empezaba con "z," porque de ellos era el reino de los cielos! Es decir, alcanzaban a decir ¡presente! en el pase de lista. Los demás nos aprestábamos al trabajo extrayendo de la mochila

apresuradamente los implementos necesarios para iniciar la lección, resignados con el retardo.

Las actividades principiaban. El frío arreciaba. No faltaba quien se atrevía a sacar —aunque muy tímidamente— sus cigarrillos y los socializaba, claro que sabíamos con qué catedrático lo podíamos hacer. Cierto maestro nos dijo un día:

— *A ver… ¿Por qué fuman, muchachos?*
— *Pues… por el frío, maestro…*
— *¿Si es por el frío, entonces, por qué no se lo fuman por el lado de la lumbre*?

No obstante, poco a poco fuimos tomando un sentimiento muy pero muy peculiar, por ese conjunto de sonidos, alborotos, expresiones, formas de comunicación, paredes, pasillos, y jardines. Sonaré cursi, pero lo diré que llegamos a quererlos. A la palmera muy en especial. Un compañero decía, a unos días de culminar nuestros estudios:

— *Con los exámenes extraordinarios y a título, he pagado tanto a la normal, que sin duda alguna esta palmera ya me pertenece.*

Lo decía de una manera que nos hacía sentir que era verdad, mientras la abrazaba y la besaba mientras sus espectadores dejábamos escapara sonoras carcajadas.

Y nuestro auditorio, premio nacional de arquitectura, bello caparazón de armadillo con estructura de aluminio, ¿de verdad prototipo para la estética? Era bello, pero resultó poco resistente a las inclemencias del tiempo, tanta sublimidad se desplomó estruendosamente un cierto sábado. ¡Qué suerte! ¿No? Nadie podrá negar que fuimos afortunad@s. ¿Cuántas veces y cuánto tiempo habíamos

pasado en sus entrañas en ceremonias, clases de Educación Física, encuentros deportivos, conferencias, eventos culturales, proyecciones de películas, o en movidos reventones que en aquellos ayeres eran conocidos como "tardeadas"? ¡Qué suerte! ¿No? Esto nos pone a pensar acerca de los premios nacionales de arquitectura. Las torres que en el cielo se creyeron un día, cayeron en la humillación…

Por cierto, ¡qué divertidas nos pusimos en esos bailongos! Buenos ritmos interpretaban los grupos musicales más populares de nuestra ciudad. Siempre a la expectativa de quién asistiría o no, puesto que de antemano ya estaba planteado o ¿planeado? el ataque para la conquista correspondiente. Los momentos alcanzaban su cúspide cuando se escuchaban los frenéticos sonidos de un buen Rock-n-roll. Esto mientras empezaba a pardear la tarde, porque ya entrada la noche, y con la complicidad de la oscuridad, todo se prestaba para que el ambiente se impregnara de romanticismo. Se podían percibir susurros salidos de los más prometedores prospectos de poetas. La cursilería adoptaba otra dimensión: ¡Sí servía! Al finalizar la tocada, las parejitas se alejaban tomados de las manos, por la amplia avenida.

Casi alcanzo a escuchar las pláticas que por periodos muy largos se entablaban, justo allí, en los "lagartijeros", sentados con las piernas colgando y a pleno sol. El intercambio de las noticias o chismes sobre los últimos acontecimientos nos ponía al tanto de la vida en la escuela o, simplemente, pasábamos grandes ratos en la contemplación del ir y venir de l@s maestr@s y compañer@s normalistas. Fueron gratos momentos aquellos que pasamos sentados paladeando nuestros tiempos muertos. ¿Cómo olvidar aquel amigo que soportó

sin inmutarse, sin hacer movimiento alguno, con el más grande de los estoicismos, una de las peores granizadas caídas aquí en Toluca, como muestra de su dolor por haber terminado su relación amorosa con aquellita, mientras lo observábamos al abrigo del techo más próximo? ¡Que *Lobsang Rampa* ni que ocho cuartos!

Todavía hoy, cuando tengo la oportunidad de ir a nuestra alma mater me gana la nostalgia y —muy disimuladamente— cierro los ojos a ver si escucho los acordes de tu guitarra, de su guitarra, de mi guitarra, que dejaban volar nota tras nota, de manera acompasada y melodiosa, el fondo para la interpretación de alguna canción de moda… en aquellos ayeres. En esos instantes parecía que el tiempo no corría. La cafetería, los jardines y los lagartijeros eran los mejores escenarios para los artistas en ciernes. ¡Ah! las serenatas, allí se alcanzaron los momentos cumbre. ¡Cuánto significó para todos nosotros —eso creo— tener esos tiempos y espacios de expresión! Así adquirimos fuera de las aulas la principal herramienta para desarrollar nuestra tarea como profesores.

Sin embargo, repentinamente, el silencio envolvía el espacio. Los patios se despoblaban y los columpios colgantes, perdón los pasillos se quedaban de repente en una completa soledad. Pese a todo, no demostraban tristeza alguna, estaban bien enterados de que en breve volvería la algarabía de quienes andaban y desandaban sus días de estudiantes, justo en el momento cuando el reloj marcaba la hora del receso. En efecto entonces, las aulas parían un sinnúmero de escandalosos. Ahora lo sé. En esas aulas se estaban construyendo las futuras historias de maestr@s. Afinando un poco el oído, se alcanzaba a escuchar el murmullo de quienes animadamente estaban dando forma a los pensamientos de los pedagogos clásicos y —por un

momento— nos parecía escuchar a Pestalozzi, Comenio, Rousseau, Herbart, Dewey, Montessori, Decroly, Makarenko, Freinet, Froebel, Rébsamen, Parkhurst… Voces llenas de la sabiduría de su tiempo, —¿nada más de su tiempo?— que por momentos nos honraban con su presencia. Por instantes los teníamos sentados ahí, frente a nosotros.

¿Cuántas horas y minutos de preocupación dejamos en la biblioteca, preparando las estrategias para no dejar escapar las calificaciones requeridas para aprobar todas y cada una de las materias? Bien que valieron estos —a veces no tan bienvenidos— tiempos de lectura y trabajo. Logramos, sobre todo, alejar al monstruo de la reprobación y —por lo tanto— del desprestigio social, de la estigmatización y del escarnio.

— *Ni modo, mano, te toca ir por los bolillos.*

Todavía la longaniza estaba fresca. Estábamos terminando la clase de Tecnológicas. ¡Más tardamos en aprender como se hacía, que en freírla para devorarla en una rica torta! Los chiles en salmuera que las acompañaban, también eran de nuestra autoría. ¡Cuántas cosas aprendimos a hacer! ¡Qué relajos armamos cuando, en pequeños grupos —solos nunca lo hubiéramos hecho, por nuestra arraigada posición machista—, caminábamos como toreros partiendo plaza, con gran altivez y gallardía arrastrando los avances de la gran bufanda que iba naciendo entre nuestras manos, con movimientos toscos de un tal "gancho tunecino" y una gran bola de estambre que agonizaba conforme pasaba el tiempo! ¡Cuántas cosas aprendimos...!

Las caminatas por esa senda de tezontle —en la parte trasera del auditorio— acompañados y abrigados por la sombra de imponentes árboles, refrescaban los candentes

ambientes académicos generados en clase. Una humedad relajante se respiraba en los jardines delicadamente cuidados. Su césped era una alfombra que invitaba al reposo, al chacoteo entre cuates, o al flirteo entre Romeo y Julieta. Los grandes romances se fueron tejiendo y destejiendo como parte esencial de nuestra vida escolar. ¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Permítanme carcajearme sarcásticamente, porque creo que a muchos nos pasó que cuando estábamos en el clímax del discurso para convencer a una damisela… sentimos hasta la médula de los huesos los abanicos de agua de los aspersores que habían sido puestos a funcionar de improviso. Sin embargo, pensándolo bien, todo ello era guiado por el noble propósito ambiental de que saliéramos lo más pronto posible de los prados, ante la mueca burlona de los trabajadores manuales que cumplían con la indicación venida de los más altos mandos de la escuela. Como estoy riendo al último, río mejor, sin duda.

Otro de los sitios épicos fue el frontón. Allí, en muchas ocasiones, algunos, dejamos el corazón, el alma, pero —sobre todo— el sudor. Sí, grandes cantidades de sudor. Sudor que escurría por todas partes. Sudor que nos obligaba a quitarnos la camisa para no ganarnos la represión y el rechazo de las compañeras del grupo cuando apareciéramos en el aula, tan sólo porque olíamos a león y chivo mezclados. En el frontón se libraron unas verdaderas batallas individuales y por parejas. Allí, muchas veces nos ganamos el sustento —las tortas y los refrescos—, de los también muchos días de insolvencia.

La cafetería escolar era un lugar muy frecuentado, las tortas no eran la verdadera motivación para esas visitas. Íbamos seguido no porque tuviéramos muchos pesos, aunque sí mucha hambre. ¡No…! La verdadera causa de este ir y

venir eran las bellas formas de las hijas de la señora. Sin embargo, todos guardábamos la debida distancia. Sabíamos que su padre era un reconocido deportista, luchador para ser más claros y —pues, ni modo— sólo nos echamos nuestros buenos tacos de ojo.

Cuando no "lonchábamos" en la cafetería porque no alcanzaba el recurso pecuniario, venía la coperacha para "ranchear" en la tienda de don Tolín.

— *A ustedes les toca ir por las tortillas.*
— *Sí, no tardamos.*
— *Nosotros compramos el jamón o el queso de puerco.*
— *Tú compras una lata de chiles y que te presten un cuchillo para abrirla.*
— *¿Compraremos también queso blanco?*
— *¡Claro!... pero primero hay que ver si nos alcanza, porque faltan los chescos.*

Unos sentados en las cajas de refrescos, otros en la orilla del refrigerador, teniendo cuidado de no rebasar cierto límite, porque de lo contrario los trozos de hielo mojarían nuestros traseros. Los demás, de pie recargados en el mostrador. ¡Mmmmmmmmmm! ¡Con qué deleite se degustaban aquellos tacos! Eran unos ricos tacos, con copia para quedar más satisfechos. *Mordida al taco… mordida al chile… y un buen trago al charrito de durazno. Mordida al taco… mordida al chile… y un buen trago al charrito de durazno* y la acción se repetía y se repetía. No sé para los demás, pero para mí eso era una verdadera delicia, manjar de los dioses.

Toda esa parafernalia afectiva y emocional —ahora lo comprendo— era lo que conduciría a la conformación de l@s futur@s profesor@s. Pero más importante aún fue el

acercamiento a tod@s y cada un@ de nuestr@s maestr@s. Con lo trabajado en todas y cada una de nuestras materias se fue esculpiendo nuestra imagen profesional. No menciono a alguno o alguna en especial, por no dejar a nadie fuera de estos recuerdos, pero sí es válido traerl@s a este espacio, aunque sea en el pensamiento, esperando que nuestra sola evocación viaje hasta ell@s montada en el viento de las palabras, como un sincero reconocimiento a su labor.

Todo lo vivido se debe valorar, porque si no esos caminos andados no nos hubieran traído hasta aquí, y ahora. Ya lo dice García Márquez en su obra autobiográfica, *"Vivir para contarla."* "*Hay que desandar las experiencias convertidas al momento en recuerdos para traerlas al presente y ver hasta dónde han sido definitivas para la indagación identitaria del 'ser docente'."*

Algo que fue definitivo para sacar eso que llevamos dentro y que sólo necesita ser despertado para desarrollar una serie de habilidades y aptitudes, fueron, —sin duda alguna— los "clubes culturales y deportivos". En esos espacios se consolidaron lazos de unión y de sentido de pertenencia a algo en apariencia intangible, pero que —en esencia y actitud— se fue transformando en una verdadera comunión de necesidades e ideas emergidas de tantas cabezas, como alumn@s albergaba la Escuela Normal. Así se fueron tejiendo los hilos que ahora nos atan indisolublemente y que —en determinados momentos— nos hacen sentir que somos uno solo; una sola voz; un solo grito de apoyo a nuestra querida institución (perdón por sonar cursi once more).

Los clubes eran, por ejemplo, la banda de marcha, para ese entonces recién integrada y dirigida por el maestro Key; la rondalla del maestro Medrano; el coro —dirigido

magistralmente por el profesor Gerardo Urbán, con el profesor Manuelito y su inseparable acordeón— unos Don Quijote y Sancho muy estilizados; el equipo de futbol dirigido por el profesor Tino; la banda de guerra del señor Cano y el equipo de basquetbol entrenado por el profesor Cachito.

Recuerdo alegremente al profesor Luis Alejandro Caballero, en aquel entonces director de la Escuela Normal No. 1 de Toluca, cuando un padre de familia hizo el reclamo de que llevaba tres meses de no ver a su hija porque ella, todas las tardes se quedaba a varios clubes y llegaba muy noche a casa. A lo cual el profesor muy atinadamente le contestó: *"Lo entiendo y pido su comprensión. Su hija es muy inquieta, pero a cambio de esas ausencias, la escuela normal le estará entregando una excelentísima maestra."*

Todas las habilidades desarrolladas en los clubes explotaban, afloraban, se expresaban, en las diferentes comunidades de nuestro Estado, cuando se organizaban las jornadas artístico-deportivas.

— *Bueno… bueno… sí…sí…probando sonido. Uno… dos… tres probando. Sí, probando…*

¡Cuántas veces no se repitió ese mismo ritual antes de iniciar nuestros bailables, nuestras obras de teatro o nuestra poesía coral! ¡Cuánta habilidad se apreciaba en los cadenciosos movimientos de las coquetas compañeras y los gallardos compañeros que interpretaban el *Son de la negra, La culebra, El Cerro de la Silla, El tamatán,* ¡o la majestuosidad de la Danza de los concheros o Los matlachines!

El colorido de las vestimentas y la alegría de la música se amalgamaban y fundían, con las emociones que recorrían nuestras venas. Por fortuna tengo grabadas las imágenes de los muchos rostros que no desprendían la mirada de cada una de las expresiones corporales del grupo de poesía coral. Eran tales los significados ahí contenidos y en fuga, tal la fuerza de la voz que necesariamente se establecía la comunicación, su risa, su ira, su tristeza, su dolor… eran los nuestros.

Los ánimos se exacerbaban hasta su más alto grado, cuando se tenían las reñidas jornadas culturales y deportivas entre las —ya para esos entonces— 32 o 34 normales distribuidas en nuestro Estado. El deseo de triunfo siempre afloraba. En todo momento se dejaba sentir el apoyo de l@s compañer@s, ya fuera en un encuentro de futbol, basquetbol, volibol o en las actividades de pista. En las culturales no se diga. Cómo recuerdo las muchas voces que a grito abierto lanzaban la famosísima porra…

— *"Managua, Managua, pirun pirun piragua, pirun pirun piragua, que viva, que viva el águila de Anahuac, dirán que soy de aquí, dirán que soy de allá, popochia chia chia, popochia chia chia chá, Normal del Estado ra ra ra"!*

Algo muy particular pasaba en tod@s y cada uno de nosotr@s, la adrenalina fluía, la entrega se notaba en tod@s. A lo mejor en esos precisos instantes nadie reparaba en esa categoría llamada *"identidad normalista"* pero —lo comprendo en este momento— eso era.

Lógicamente no podemos reducir el concepto 'identidad normalista' a la sola expresión artístico-lúdica. Es mucho

más que eso. Todos estos antecedentes emotivos deben — no obstante—, desencadenar un verdadero torrencial de emociones a la hora de enfrentar nuestro destino —el del ser docente— como parte de la formación integral de todo normalista.

Esos cimientos se fueron construyendo con el entusiasmo y dedicación de nuestr@s maestr@s de didáctica alcanzando la cúspide en nuestras prácticas pedagógicas y más aún en las semanas de práctica intensiva, donde —de probadita en probadita y de gota en gota— nos tuvimos que enfrentar a ell@s, aquéll@s con quienes tendríamos que pasar profesionalmente —por lo menos— 30 años de nuestra vida: las niñas y los niños.

El júbilo explotó cuando alcanzamos la meta.

— *Ya tenemos listo el ataúd.*
— *También las letanías del sacerdote.*
— *¿Avisaron en los grupos que se disfracen?*
— *Tú, recuerda que la banda debe estar lista con anticipación.*
— *Oigan, que no se nos vaya a pasar hablarles a los del conjunto.*
— *¡No! Parece que todo está listo…*

Aquel día, llegado el momento, el patio se fue poblando con los alumnos que festejaban el fin de la carrera, por tradición, llamada la "*quema del acordeón"* Un@s se presentaron irreconocibles. El disfraz les permitiría desinhibirse y comportarse de una manera totalmente diferente a la propia. ¡Qué algarabía cuando marchamos por las calles gritando consignas coreadas por las más estruendosas carcajadas! En ellas se hacían rimas en broma dedicadas a aquell@s

maestr@s y alumn@s que habían conseguido no pasar inadvertid@s.

Cambió de tono el festejo cuando llegamos a 'la otra normal.' ¡Cómo olvidar el griterío y las carreras cuando —de manera intempestiva— arribamos a sus patios y aulas! ¡Qué caras de asombro, espanto y enojo! Era que ell@s ¿no se podían dar esas libertades? Cerraron cuanta puerta pudieron. Salimos como huestes victoriosas y despectivas.

Por momentos, el ruido que hacíamos era ensordecedor. Cuando se hacían los altos en algunas esquinas, el 'sacerdote' —que iba dentro del féretro— lanzaba a grito abierto más y más 'letanías' con mensaje y dirección. Así —llamando la atención de los transeúntes y automovilistas— festejamos el cumplimiento de nuestro objetivo, la terminación de nuestros estudios en la Escuela Normal. En fin, después de bailar y hacer el más grande de los alborotos en la Plaza de los Mártires, regresábamos exhaustos casi arrastrando los pies. Al final de la jornada, las calles parecían no tener fin. Lo poco que quedaba de las voces dañadas calló, como buscando reservarse para el momento cuando, faltando a todo deber de gratitud —ya entrada la noche— se pegaría fuego al ataúd lleno de acordeones, nuestros más grandes aliados.

— *¡Qué gran día en nuestra vida de normalistas!*

Alcanzada nuestra meta de culminación de estudios, se dio inicio al proceso de nuestra formación permanente. Todo final de proceso es —sin la menor duda— el principio de otro. La identidad normalista sufre una metamorfosis en los maestros en servicio. El contacto con nuestro ser docente, con nuestr@s colegas, con nuestr@s alumn@s, nos va conduciendo hacia la conformación de la identidad docente, y ésta —a su vez — hacia la identidad cultural. En la vida

académica generada en nuestras escuelas se tiene una oportunidad invaluable para conseguir la unidad nacional, la valoración de lo que fuimos y de lo que somos en la actualidad, la necesidad de mirar hacia el pasado y poder caminar por los nuevos derroteros del futuro.

El 1 de septiembre de 1978 nos presentamos a nuestras primeras escuelitas. Las llamo "escuelitas" no de manera peyorativa, sino porque en verdad el tamaño de los edificios lo ameritaba, con sus honrosas excepciones. La gran mayoría de egresados tuvimos que caminar unos cuantos kilómetros para llegar de la parada del autobús *guajolotero* a…

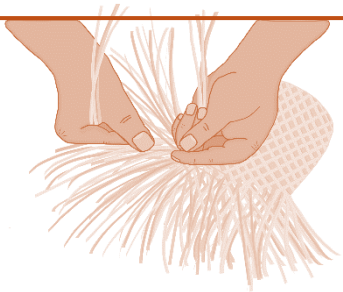
— *Bueno, pero eso… eso ya es otro rollo.*

Para estos tiempos, el dilema esencial del impacto de la educación impartida por el colectivo docente, debería ser como lo manifestó José Martí en su tiempo (y que aún hoy mantiene su vigencia): *"Ser los constructores de nuestro destino con autonomía conceptual asimilando —en su caso— lo venido del exterior para avanzar hacia el fortalecimiento de lo original que nos distingue,"* y le agregaría yo, *"que nos identifica como sujetos dentro de un colectivo profesional —hablando de nosotros los profesores—, y a éstos dentro de una sociedad y dentro de una cultura."*

Para pensar en la continuidad de este imaginario histórico, no debemos dar la espalda a una realidad que a todos nos compromete. Es decir, a todos los que aún escuchamos los ecos de lo que la vida normalista nos legó, aquello que nos lanzó a contribuir a la diversidad y reconocer en ella la oportunidad de encontrar pequeños detalles que nos unen y desunen, pero que —sobre todo— nos identifican ante el mundo.

Así pues, toda labor emprendida por l@s profesor@s debe seguir siendo cada día una, donde se ejercite nuestro mejor esfuerzo. Nuestr@s alumn@s deberán encontrar cada mañana cosas nuevas en la riqueza que nos da la interacción pedagógica. Nuestra labor ha de ser tal, que no muera en ella nuestra capacidad de asombro ante las preguntas y respuestas inesperadas. Donde no desviemos la mirada de los rostros que nos cuestionan. Donde haya una sonrisa de satisfacción al término de nuestra clase del día, cuando digamos para nuestros adentros: ¡*Hoy fue un gran día, pero mañana… mañana será mejor!* Donde, como parte del colectivo —antes normalista y ahora docente— pensemos lo expresado en un compendio de filosofía popular que dice: *"Muchos granos de arena hacen una montaña, contentémonos con aportar sólo uno."* ¡El nuestro! Nuestro pensamiento lo simboliza y el impacto de nuestra práctica debe —entonces— representar el fin de las utopías. Maestr@s de la generación 1974-1978, la identidad normalista que fuimos construyendo durante todos los días de estancia en nuestra Normal, la identidad docente a la que seguimos dando imagen en nuestras escuelas, la identidad cultural de nuestro tiempo demanda: *"…el mantenimiento de nuestra memoria histórica, porque sabemos que un pueblo con amnesia histórica se expone a carecer de futuro."*

Pa'lante



XLV EVENTOS CULTURALES Y DEPORTIVOS
"PROFA. MA. DEL REFUGIO ALEJANDRE TARELLO"
PRESEA AL MÉRITO SINDICAL 1986

PRIMER LUGAR EN CUENTO

Pa´ lante mostro

Hace tan poco tiempo estaba sentado en mi butaca y hoy ya estoy aquí, parado en el lugar que siempre quise estar —¿o no— mirando hacia el horizonte lejano. Horizonte que se pierde ante la mirada llena de esperanzas, pero al mismo tiempo también, llena de incertidumbres…

Ya se aleja el ruido del viejo camión con rumbo a Valle de Bravo. Su ruido poco a poco va perdiendo entre los montes, Pareciera como si éstos se lo fueran tragando muy, pero muy despacito. Lentamente lo veo alejarse entre la gran

lengua de asfalto que a la distancia se ve hacerse cada vez más pequeña.
Bien parece que ante la perspectiva del horizonte los cerros tuvieran vida y por lo tanto simulan el movimiento de irse juntando. Así ante mis ojos el viejo *guajolotero* se fue metiendo en esa gran puerta hasta desaparecer. Sólo ante mi mirada el eco responde y ambienta la imaginación.

— *En verdad que hace frío...*
— *Pero sí que hace frío.*

Por un momento observo el lugar en el que me encuentro, y me doy cuenta de que no hay absolutamente nadie que me brinde compañía... Volteo para todos lados queriendo encontrarme con alguien... y a nadie encuentro.

Las nubes están muy bajas y la niebla lo cubre todo. El paisaje se torna difícil para definir qué hay detrás de esa barrera de niebla, sólo se perciben las siluetas de los árboles más cercanos, sin embargo, se alcanza a dibujar una pequeña brecha que bien parece indicar hacia dónde dirigir mis pasos.

Estoy casi paralizado por la situación en la que me encuentro. Hasta el momento mis pies no responden a la intención de dar inicio a mi caminar. Sólo los ladridos de unos perros distraen mi atención. El escándalo de los animales aumenta de intensidad, hasta que finalmente emergen sus figuras entre la niebla. De repente se presentan justo al frente de mi camino con un tono realmente amenazador. Al momento me hacen titubear, más pasan de largo jugueteando y correteándose entre sí, sin hacer el menor caso de mí presencia.

Respiro profundamente... me abrigo en la chamarra levantándole el cuello en todo lo alto para evitar que el crudo frío, hiciera más mella en mí. Acomodo los libros y cuadernos, los aprisiono a mi costado como si con esto, la seguridad y la confianza de lo que iba a emprender se fortaleciera.

— *¡Sí, hoy es el primer día!*

Mi primer día de maestro en una escuela que aún no conozco, pero que durante cuatro años se fue construyendo en mi pensamiento y aquí estoy dispuesto a enfrentarla. Nuevamente respiro hondo y profundo... miro para adelante y empiezo a caminar con el firme deseo de encontrarme con ellos, los alumnos. Ese instante tan esperado está a punto de ocurrir. Paso a paso mis zapatos se hunden en un polvo fino y húmedo que acabo con el lustre que con grandes esfuerzos resurgió al trapazo de la noche anterior.

Ante un descuido de la neblina, muy a la distancia se empezó a dibujar una pequeña silueta, era una construcción que tímidamente se vislumbraba en la cima de una pequeña colina, las nubes dejaban realmente muy poco. A cada paso el polvo se convertía en vil lodo. Sonreí discretamente, pues no era lo mismo caminar por los pasillos de la escuela normal que me formó como maestro, que en este sinuoso camino. Respiré pausadamente, endurecí mis puños, resoplé el vapor que se desprendía de mi boca, dirigí la mirada para adelante y seguí caminando con paso más firme.

Muy pronto y conforme me acercaba a la mitad del camino, comencé a escuchar voces juguetonas, que por momento explotaban en sonoras carcajadas... Hacía grandes

esfuerzos por identificar de quienes provenían tales expresiones de júbilo, sin embargo, la bruma aún se encontraba bastante espesa y la visibilidad era muy precaria.
Más adelante las siluetas fueron tomando forma, de los costados del camino se fueron acercando los dichosos niños que momentos antes me habían sorprendido al expresar un torrente de felicidad por asistir a su primer día de clases.
No daba crédito, como una docena de niñas y niños de diferentes edades, con sus ropas muy limpiecitas y provistos, eso sí, de su cuaderno y lápiz, pronto caminaban a mi lado. Su presencia me dio mucho entusiasmo, sin embargo, duró poco, al percatarme de que no iban lo suficientemente cubiertos como para enfrentar ese crudo frío invernal.

En las caritas de algunos de los más pequeños, copiosas protuberancias acuosas se desprendían de sus narices. Otros grandes y chicos— sólo iban en mangas de camisa, lo que nada más de verlos erizaba mi cuerpo.

Sólo la voz de un chamaco de los más pequeños me sacó del ensimismamiento en que me hallaba después de que a mi encuentro casi todos guardaron silencio y me miraron detenidamente. Algunos se miraban y soltaban una ligera sonrisa tapándose la boca con ambas manos. Me volvían a mirar y nuevamente sonreían.

— *¿Oiga asté va a ser el nuevo "mostro" ...?*
— *Perdón... ¿qué dijiste?*

Otra voz recalcó.

— *¡Que si asté va a ser el nuevo "mostro"!*

De momento me desconcerté, pues en un principio la tonadita que le imprimían a su hablar, estuvo a punto de arrancarme una sonora carcajada.... pero me contuve. En mi pensamiento imaginé que la información fonética de la palabra Maestro por la de *mostro*, pudiera representar la imagen inconsciente de mis antecesores, por lo que en una reacción inmediata me obligué a no caer en dicha concepción.

— *Sí soy el nuevo maestro y por lo que veo ustedes también van para la escuela.*
— *Siiiiiii, siiiiiii.*
— *¿Y nos falta mucho para llegar?*
— *¡No!, respondió una niña de las más grandecitas.*
— *Sólo como un kilómetro.*

Sin saber realmente dónde estaba por lo espeso de la canija niebla, sin mirar hacia dónde continuaba el camino, y por lo tanto... sin ver a la distancia aquella escuela que en un momento de claridad alcancé a medio mirar en la cima de un cerro. Continué el camino acompañado de mis potenciales alumnos, pues realmente no sabía cuáles de aquellos niños juguetones pasarían a ser los alumnos que integrarían al grupo con el cual empezaría la nueva aventura.

De repente... ahí frente a nosotros se dividió el camino en dos posibles el camino en dos posibles rutas a seguir; uno, el más ancho y marcado continuaba casi de frente; el otro, daba una pequeña curva hacia la derecha y se hacía más angosto. Detuve mi paso bruscamente ante el desconocimiento de ¿cuál camino seguir?, por lo que, ante el titubeo, me vi obligado a preguntar...

— *¿Para dónde le seguimos?*

Un niño güerito con su pelo enmarañado, que en el intento de peinarlo —eso pienso— quedó aún más desaliñado, volteo hacia mí, levantó su índice, lo dirigió hacia el frente y con voz firme y segura respondió...

— *¡Pa' lante mostro!*

Apuramos el paso y comenzamos a bajar una pendiente. Al poco tiempo cambió la dirección y entonces empezamos a subir.

— *Allí está... sí, allí está la escuela "mostro".*

Gritaron al unísono y comenzaron a correr hacia su encuentro. En breve y de repente nos encontramos de frente con la escuela. Sí, con la primaría *"Francisco Villa"*, como decía en mi papelito.

Me hice el fuerte ante mis acompañantes, pero ya parado frente a los salones comenzó a aumentar el temblor de mi cuerpo... me sacudía la emoción de estar frente a la escuela donde pondría a prueba todo el rollo de mis profesores de la Normal. Cuan lejano estaba de conocer las enormes distancias existentes entre lo que a uno le enseñan, con la realidad que se tiene que enfrentar, sin embargo, a estas alturas del partido —sonrío— sigo pensando que bien valió la pena.

Allí delante de mí se levantaban se levantaban tres aulas sumamente polvorientas, con el color del barro salpicado en todas sus bardas, patinando la pintura verde pistache de sus muros, que bien dejaban entrever que hacia un buen tiempo

no recibían un brochazo. Lentamente recorrí con la mirada el edificio y me encontré con un sinnúmero de vidrios rotos —seguramente por alguna pedrada perdida que no buscaba ese destino— Síííí, ¿cómo no?...

Caminé hacia el interior del salón que más cerca tenía rodeado de miradas indagadoras, susurros pícaros y sonrisas que destilaban cierta calidez por parte de todos los niños, justo lo que necesitaba en ese clima tan frío.

La niebla ya se levantaba y permitía disfrutar en toda su magnitud la belleza del paisaje que se dejaba ver entre los vidrios rotos, pues las ventanas no contaban con cortina alguna, sólo así pude percatarme de que estábamos rodeados de montes muy elevados y tupidos de extensos bosques y —estos eran los más lejanos— seguramente por ahí entre ellos se encontraba la carretera donde me bajé del camión.

Ahora —con el panorama despejado— se veía con toda claridad la ubicación de la escuela, esta se encontraba justo en la cima de una de tantas colinas que la custodiaban a su alrededor. Estos pequeños montículos semejaban un gran mantel extendido al sol para secarse. Sí un mantel de cuadrillé, rayas para aquí, rayas para allá. Rayas encontradas que delimitaban los terrenos de cultivo de los pobladores.

Cerré un poco los ojos y casi pude percibir el incomparable olor a tierra mojada. Al momento quería beberme y saborearme las imágenes que veía, fuera cualesquiera el lugar al que volteara.

Por un instante la imaginación voló y casi pude sentir el calorcito que emanaba de los *tlecuiles* donde bullían descaradamente las lenguas de las llamas que se desprendían de los leños prendidos, buscando escabullirse entre las piedras que sostenían el comal donde se cuecen las *gordas*, las tortillas eran preparadas con gran habilidad por la señora de la casa. A un lado entre otras tres piedras ennegrecidas de tanto hollín se encontraba una olla de barro —toda ella desgastada por el servicio diario— que ante la intensidad de la hoguera hacía hervir el rico café que se tomaría para empezar el día. Sobre la olla una tapa de peltre toda abollada luchaba intensamente por no dejar escapar el mínimo de vapor.

Con el sol avanzando, los rayos de luz se colaban entre las tablas entramadas que conformaban las paredes de la casa, Una de las luces caía directamente sobre un molcajete... mmm mmm que rica salsa martajada y picosita lista para preparar un sabroso taco de...

— *¡Mostro... mostro! ya llegó la directora.*

El jalón a mi chamarra y el llamado a gritos del Telésforo, —sí, así se llamaba el güerito de los ojos vivarachos, pero sus amigos lo conocían más por el *"Teles"*— me aterrizó de inmediato. Esbocé un intento de sonrisa y para mis adentros dije... cómo me hubiese gustado realmente estar allí.

Sin darme cuenta me encontré trabajando con los dos grados que me fueron asignados. Efectivamente, dos grados: segundo y tercero. Esto no estaba en el guion de los maestros de la normal y me sentí un tanto desconcertado. En fin, al menos eran pocos alumnos. Mesé mis cabellos y me ajusté los pantalones. Tomé con firmeza la tiza, me paré

delante del viejo y gastado pizarrón de yeso pintado de verde oscuro, que realmente denotaba el paso de los años y repliqué...

— *¡Buenos días niños!*

Con la mirada clavada en su maestro, los niños se mantenían a la expectativa, más, dentro del conjunto de todas las miradas, sobresalía la de uno de mis acompañantes del camino a la escuela, era la del *Teles*, pues tenía una característica que lo diferenciaba de todos los demás...

Grandes, ¡sí grandes!... muy grandes eran sus ojos y con algo que no he vuelto a ver en toda mi vida, lo que para todos era tener una ruedita o círculo en el lugar que corresponde a la pupila, él, el *Teles* tenía una hendidura que atravesaba de la parte superior de sus ojos a la parte inferior, era como estar mirando los ojos de un gato, esto se hacía más notorio porque el color de sus ojos era de un verde muy claro. El *Teles* tenía ojos de gato.

Desde ese primer día de clases, fue muy significativo el tener en el grupo a alguien que por ese detalle sobresalía de entre los demás, y no sé por qué —no creo que por eso— a partir de ese día fue el alumno que más participaba en todas las labores escolares, además, siempre me seguía a todas partes.

— *Yo borro el pizarrón "mostro"*
— *Yo paso lista "mostro"*
— *Yo leo "mostro"*
— *Ya acabé "mostro"*
— *Yo bailo "mostro"*
— *Yo leo las efemérides "mostro"*

— *Yo voy por los gises "mostro"*
— *Yo soy el portero "mostro"*
— *Yo le cargo sus cosas mostro"*
— *Yo lo acompaño al camión "mostro"*
— *Yo... yo... yo... para todo quería colaborar, y eso me gustó ya que su actitud motivó a todo el grupo, por lo que casi siempre trabajamos muy a gusto y digo casi siempre, porque hay que reconocer que los niños son niños, con todas sus adorables implicaciones.*

Cierto día ya avanzado el ciclo escolar, al *Teles* le entró la idea de conocer la ciudad por lo que aquella mañana antes de que entráramos al salón para iniciar las clases, vi que unas personas se acercaban a la escuela, allá por la vereda, eran los

papás del *Teles* que al mismo tiempo que me saludaban, extendían un envoltorio que más tarde supe de su contenido, un par de tortas de huevo con frijolitos, acompañadas de sus respectivos, chiles, jitomates y cebollas, cubiertas por una servilleta delicadamente bordada con estambres de colores sumamente llamativos, eso si muy limpiecita.

— *Tome "mostro", para la hora del recreo.*
— *Gracias, pero no se hubieran molestado.*
— *Vinimos por un favor bien grandote.*

Respondió el señor Telésforo

— *Pos el chamaco, m'ijo, como que le tiene mucha ley y además le anda echando muchas ganas a todo lo que hace allá en el jacal. Fíjese que después de*

hacer su tarea le ayuda retiarto a su mama y no se diga a mí en la milpa.

— *Siempre ha sido un buen hijo el escuincle "mostro".*

Intervino su mamá.

— *Y pos como asté verá, pos no tenemos mucho dinero, lo que sacamos a la milpa apenitas nos alcanza pa' irla pasando, así que no hemos podido, así que no hemos tenido para llevar al"Teles" a la ciudá, y pues no la conoce...*

— *No sé de dónde le salió al escuincle "mostro" pero nos ha estado moliendo con que quiere ir a Toluca y pos la molestia...*

La señora guardó un poco de silencio.

— *...pos, pensando en la confianza que le tiene a asté...*

Mientras tanto don Telésforo no dejaba de dar de vueltas a su sombrero, que sufría con los apretujones entre sus manos sudorosas por los nervios.

— *...Es que si le podemos encargar al "Teles" para que le dé una vueltecita allá por la ciudá ora que acaba la semana.*

— *¿Si "mostro"? mire ya le juntamos unos "fierros" para el pasaje del carro.*

Esto me decía al mismo tiempo que extendía sus manos y me mostraba un montoncito de monedas. Sin querer hacerlo guardé por un momento un profundo silencio pensando en lo injusto que puede llegar a ser la vida que nos tocó vivir. Esta actitud desconcertó a sus papás, pues creían que

preparaba una respuesta negativa. De inmediato reaccioné, tomé del hombro a don Telésforo y respondí...

— *¡Claro que sí! lo haré con mucho gusto, por ustedes que muestran una gran preocupación por él, y por el "Teles" que bien merecido se lo tiene.*

Faltan palabras para expresar la alegría que sintió el niño cuando sus papás le avisaron que pasaría el fin de semana con su *mostro*. Abrió semejantes ojotes, se golpeó extrañamente el pecho, despeinó sus cabellos, pegó de brincos y se echó tremendo gritote.

— *Yiiiiiaaajajai... jajai*

Más tarde que temprano ya estábamos bajándonos del *guajolotero* en el monumento a los niños héroes, más conocido como la cama de piedra. No está por demás comentar que el *Teles* no se mantuvo un minuto sentado, quería ver todo lo que pasaba rápidamente ante sus ojos, y como el camión venía medio vacío, saltaba de un asiento a otro.

— *Ya vio "mostro" cómo se hacen las cosas chiquitas conforme avanzamos.*

Lo miré de reojo y sólo alcancé a esbozar una ligera sonrisa, pues estaba algo adormilado por venir hojeando una revista.

Ya en la calle lo tomé de la mano, puesto que ya se había acabado la emoción del viaje y ahora su rostro reflejaba un gran asombro, como por arte de magia se había esfumado el niño inquieto del camión, el *Teles* estaba prácticamente paralizado, pero esta actitud fue solamente momentánea

porque mientras esperábamos un taxi para que nos llevara a casa, él regreso a su conducta acostumbrada.

Con mi mano en su espalda, me mantuve atento al fluir de los autos en la avenida, hasta percatarme que a lo lejos se acercaba un ruletero. Levanté apresuradamente mi mano haciéndole la parada, al momento se estacionó junto a nosotros, abrí la puerta y de inmediato lo abordamos.

Lleno de profunda emoción el *Teles* con la mirada fija hacia el desplazamiento de la ciudad a nuestro paso, con la cara casi pegada al cristal de la ventanilla y sus manos posadas sobre el cristal, casi no pestañeaba. Su nariz por instantes se oprimía con fuerza dejando muestra de su respiración un tanto agitada.

Justo cuando la luz roja de un semáforo nos detuvo en un crucero con bastante tráfico, se emparejaron al taxi dos camiones estacionándose a los costados, el de la izquierda era uno de los del transporte urbano y el de la derecha era un foráneo, de esos que vienen de Tejupilco. Ambos parecían que estaban en el arrancadero porque mantenían sus motores acelerados como queriendo ganar la salida. Nosotros al interior del taxi sólo podíamos ver dos paredes metálicas en los laterales del coche. El *Teles* pasaba de una ventanilla a otra, queriendo seguir observando lo que le ofrecía el exterior.

De repente se quedó callado, quieto, se sujetó con fuerza al asiento delantero, su rostro reflejó asombro y al mismo tiempo preocupación... sus ojos de gato se abrieron al máximo, permaneció momentáneamente en silencio, a la expectativa y gritando pregunto.

— *¡Mostro... mostro el cochi está caminando pa'tras! ¿qué no debe caminar pa' lante?*

Lo que estaba sucediendo era que los dos camiones en sus prisas y desesperaciones empezaron a avanzar muy lentamente, dando la impresión de que era el taxi el que estaba caminando hacia atrás y lo peor, el chofer ni siquiera tenía las manos sobre el volante. Esta sensación se hizo más pronunciada, en un principio porque los camiones siendo más largos tardaron unos momentos en rebasar al taxi y, en segundo lugar, porque los demás automóviles que se encontraban atrás de ellos hicieron el mismo movimiento, también avanzaron a vuelta de rueda, lo que acentúo lo que el *Teles* percibía.

— *¿Qué pasa Telésforo"?*
— *¡Pos que no ve "mostro", que nos estamos yendo pa'tras y los coschis deben caminar pa' lante?*
— *¡No "Teles"! lo que pasa es que los camiones y los coches avanzaron un poquito y como el taxi está parado, pareciera como si en verdad se estuviera moviendo hacia atrás.*

Al arrancar nuevamente el coche, quedo al descubierto el monumento a Cristóbal Colón, cosa que a él le llamó mucho la atención, por lo enorme del mundo y lo alto de la estatua del descubridor de América.

Así, de sorpresa en sorpresa transcurrió el fin de semana, con el enorme gusto de ver sonreír al Telésforo, ya fuera viendo la televisión o corriendo en el parque del calvario o de la alameda central, saboreando un rico *huarache* (tostada ovalada con frijoles, nopales, jitomate, cilantro, cebolla y mucho chile rojo) o disfrutando de un sabroso

algodón de azúcar. Visitamos algunos museos y cuanto se asombró y admiró a los animales del zoológico de Zacango, justo allí, por cierto, estando parado frente a la jaula de los felinos, donde se paseaban impacientes unas panteras y jaguares, fue cuando entonces pudo observar con gran sorpresa sus ojos en los de ellos, cada vez que pasaban cerca de las mallas de protección.

En fin, fueron dos días de grandes experiencias para ambos.

— *Camina rápido Telésforo que nos deja el camión.*
— *¡Ya voy "mostro"! También me levanta usted requetemprano.*
— *Así debe ser, si no llegamos demasiado tarde a la escuela.*

El viaje la pasó durmiendo pues mucho había sido su ajetreo, lo recosté en mis piernas y continué leyendo algunos materiales que me iban a servir para la clase del día.

Al llegar a la escuela, ya nos estaban esperando sus padres. El *Teles* corrió a su encuentro y los abrazó muy fuertemente, sus palabras salían atropelladamente queriendo explicar todo lo que había visto.

— *No mamá... ¡fíjate...! si vieras los elefantotes, las jirafas, los rinocerontes, los... y no me lo vas a creer, pero las panteras tienen los ojos, así como yo...como de gato y las resbaladillotas — refiriéndose a los toboganes— y los animales como las tarántulas y las víboras las tienen en unos frascos y la tele...*
— *¡Qué bueno hijo!*

Dijo su padre mientras su mamá volteaba hacia mí, solo pudiendo decir...

— *¡Gracias "mostro"!*

Ayer... caminando por los portales en el centro de la ciudad con mi periódico bajo el brazo, dispuesto a encontrarme con el mundo, cuando me disponía a cruzar la calle, un auto me sonó el claxon ensordecedoramente, detuvo su caminar justo a mi lado, al momento que yo daba brinco hacia atrás, para regresar a la banqueta, estuve a punto de expresarle mi enojo con una florida palabra por el enorme sobresalto que me había llevado.

Apresuradamente bajaron el cristal del lado del chofer, inmediatamente se posó un brazo sobre la ventanilla y emergió una cabeza dirigiendo su mirada hacia mi persona. Al instante pude observar debajo de esos lentes, los únicos e inconfundibles ojos del Telésforo, el de los ojos de gato.

— *¡Buenas tardes "mostro"! pregunto con un tono dubitativo.*
— *¿Si es usted el maestro verdad...? repitió con más firmeza.*

A lo cual respondí afirmativamente con un movimiento de cabeza. No sé en qué momento se bajó del auto, pero de repente ya estaba a mi lado, dándome un señor abrazo.

— *No sabe qué gusto me da volver a verlo maestro, después de casi veinte años.*
— *¡Qué te has hecho... muchacho! ¿Seguiste estudiando?*
— *Sí, termine mi licenciatura, ahora soy ingeniero.*

Las cornetas de los autos sonaban insistentemente en son de reclamo por el estorbo del auto del *Teles* quien reaccionó de inmediato, levantó la mano haciendo la señal de que le permitieran un minuto más.

— *Le doy mi tarjeta maestro, me gustaría platicar largo y tendido con usted.*

Nos dimos un fuerte apretón de manos y rápidamente regresó a su coche. A punto de arrancar ante la presión de los de atrás, alcancé a gritarle...

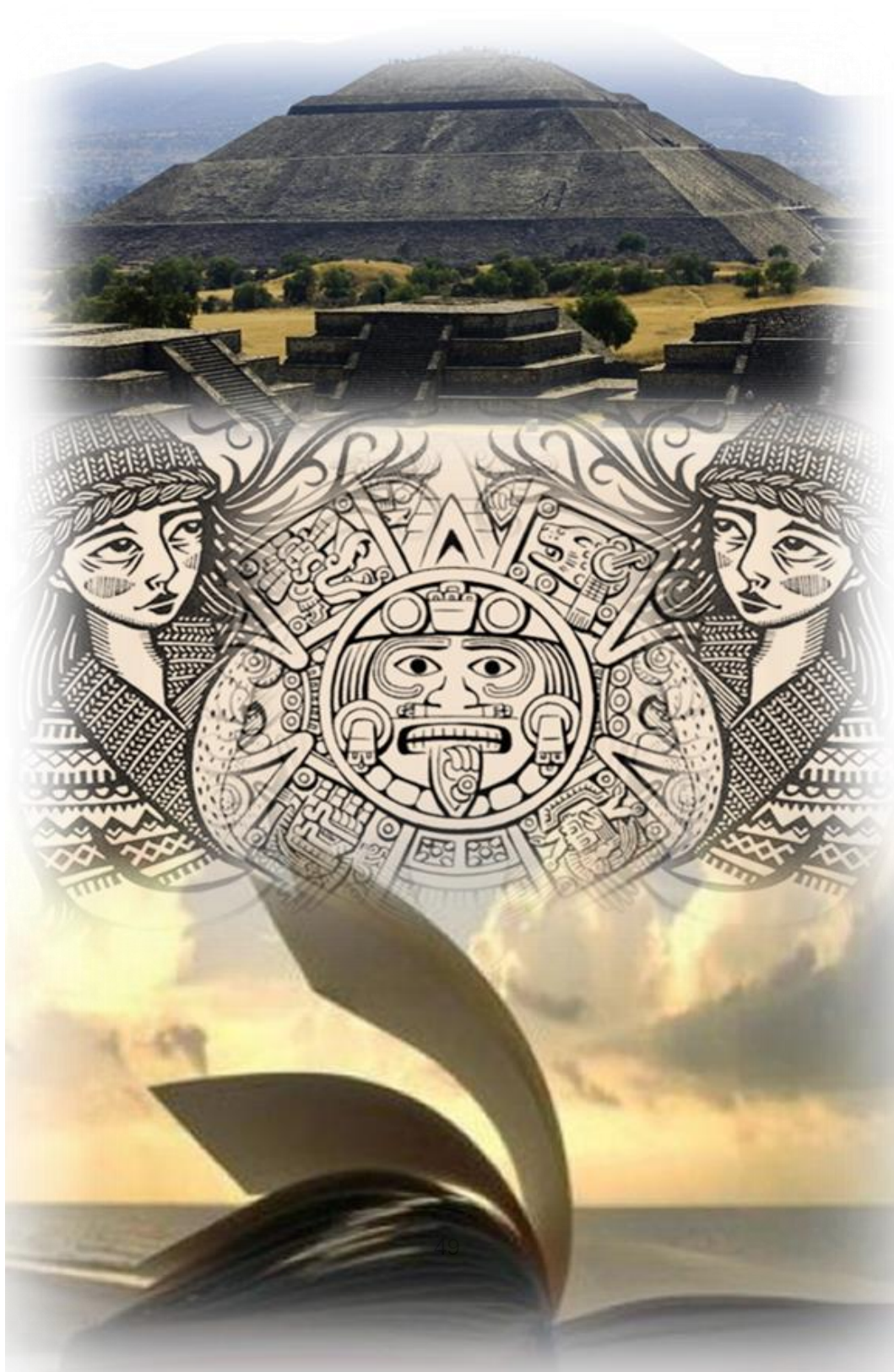
— *¿Cómo va esa vida "Teles"?*

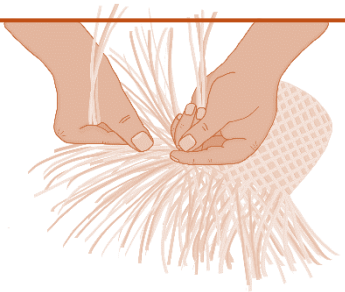
Unos metros adelante alcancé a escuchar una respuesta. Telésforo sacó la cabeza por la ventanilla y moviendo su brazo... gritó.

— *¡Pa' lante "mostro"!*

Permanecí un momento cavilando, esbocé una mueca mientras lo veía perderse entre los coches, acaricié mi barba encanecida y dije para mis adentros...

¡Sí que valió la pena vivirlo!





Vuelta de página

Ahí está… ahí está… por ahí se alcanza a ver. Fue el grito de júbilo que hizo resonar Nelli Nacxitl al darse cuenta de que entre la espesura de las nubes se iba dibujando con toda su majestuosidad —que la agigantó en su momento y ahora la engrandece ante la historia—, la pirámide del sol, muestra representativa de la cultura Teotihuacana ante el mundo.

Yo también me sentí gratamente emocionado, y por momentos volteaba muy disimuladamente hacia mi derecha para vislumbrar semejante construcción, más de inmediato

volvía la vista hacia el frente, hacia la carretera, pues había que tener cuidado con el volante.

Mientras tanto Xalli Adilén hacía grandes esfuerzos por despertarse. Con los ojos entreabiertos, movimientos de estiramientos de brazos y torsiones somnolientas quería despabilarse. Su madre dormía plácidamente a mi lado. Con ligeras sonrisas, por el retrovisor notaba el esfuerzo de Xalli por abrir los ojos a su máxima expresión y no lo conseguía del todo. Se restregaba y restregaba los ojos. Repitió el rito varias veces más, hasta que alcance a escuchar con fuerza, ¡Sí es cierto, ahí está! con una expresión de gozo en su rostro. La mamá Nélida permanecía dormida aún después de tanto alboroto.

La carretera humedecida impedía imprimir más velocidad al automóvil, situación que aumentaba los niveles de ansia y nerviosismo por llegar a uno de los lugares más místicos de nuestro México prehispánico, más aún cuando la fría mañana nos recibía con esa cortina de lágrimas de Tlaloc que envolvía todo el panorama y al mismo tiempo pintaba el ambiente con los colores propios de una naturaleza que tristemente recordaba sus momentos de colorido y esplendor. Los limpiadores tenían que remover del parabrisas las cristalinas gotas que multiplicaban la figura de la gran pirámide cual prismas reproducen la luz. Ahora las caras de Nelly y Xalli reflejaban un gran asombro al ver aumentado el tamaño de la construcción al irnos acercando cada vez más por los ahora caminos de asfalto.

— *¿En verdad fueron hechas por nuestros antepasados? cuestionó Nelli Nacxitl.*
— *¡Claro!... Y deja que se despejen las nubes para que podamos ver toda la ciudad.*
— *Pero si casi esta al tamaño de los otros cerros.*

— *Comentábamos mientras estacionaba el coche. Tal era la motivación por conocer la ciudad donde los que mueren se convierten en dioses, que con gran rapidez y sincronía se abrieron las puertas del auto, para entonces ya empezaba a despejarse el día augurando buen tiempo para el recorrido. Nos bajamos y de inmediato preparamos las cosas que se iban a ocupar.*
— *No se te olvide la cámara papá. Me recordó Nelli.*
— *Ya le pusiste el rollo y las pilas. Preguntó Xalli.*
— *Ustedes, ya sacaron sus gorras. Les recordó su mamá.*
— *Yo, al verlas tan entusiastas, simplemente sonreía, puesto que en casa muchas ocasiones fue tema de conversación en la sobremesa, o sentados en la sala en momentos de relax la intención de conocer Teotihuacan. Comenzamos a caminar con grandes expectativas por lo que estábamos a punto de conocer.*
— *¿Y vamos a poder subirnos a todas las pirámides?*
— *Y ¿Podemos sacar fotografías?*
— *No a todas, desde luego que debemos respetar la información que nos vayan indicando los responsables del cuidado de la zona arqueológica.*
— *Las preguntas parecían no dejarían de hacer acto de presencia durante todo el día y que bueno que así sea, porque esto es muestra inequívoca del gran o poco interés que puede despertar nuestro pasado.*

Desde donde nos encontramos se alcanzaba a observar la inmensidad del valle. Para entonces las nubes empezaban a levantarse despejando la belleza del paisaje. Fue entonces cuando como en un sueño las imágenes fueron apareciendo como un grito de alegría y reconocimiento a la grandeza de

la naturaleza, pero sobre todo a las maravillas que el hombre puede hacer con su trabajo, con sus ideas y con sus pensamientos… con sus manos.

Es increíble papá… las pirámides son del tamaño de un cerro. Dijo Nelli con gran asombro. ¡Sí¡, contestó Xalli, sobrepasan la altura de quien sabe cuántos árboles. Miren como las sombras de las nubes oscurecen el fondo, allá por el cerro *Patlachique* y el *cerro gordo*. Y la luz que pega de frente a las pirámides las hacen resaltar —intervino mamá— adornando con su majestuosa presencia el escenario.

La inmensidad de la planicie y la poca vegetación permiten imaginar la grandeza de la ciudad cuando en la época *xolalpan* Teotihuacan alcanzó su más grande esplendor. Avanzamos hacia el lugar donde daría inicio nuestro recorrido por la historia, donde reviviríamos las emociones y los colores de las piedras, de las piedras aparentemente inertes y silenciosas, y sin embargo, piedras que tienen aún muchas historias que contar.

Caminamos con cierta prisa pues la emoción nos consumía. Cuanto verde nos presenta el paisaje, —es tiempo de lluvias— nos recibe con la desfachatez de saberse vestido de gala. Cuanto contraste con las construcciones que estábamos a punto de conocer, donde ahora el color gris de las piedras es lo que predomina.

Las apuraciones fueron desapareciendo conforme nos acercábamos a la Calzada de los muertos, más lentamente la cruzamos, muy lentamente la cruzamos, pues parados al centro y con la mirada clavada hacia norte el espectáculo era simplemente inenarrable con la pirámide de la luna de orgullosa presencia hasta el fondo. Las miradas se encontraban absortas y las cabezas llenas de sentimientos

encontrados, temores, sorpresas, miedos, interrogantes, pero sobre todo nos embargaban la alegría y la admiración por lo que estábamos presenciando. Nos quedamos por unos breves momentos al centro de la avenida. Nuestros ojos permanecían a punto de salir de sus órbitas, al no dar crédito de lo que veían, por instantes realmente no sabíamos hacia donde voltear.

— *Nunca imaginé a la pirámide del sol así de ese tamaño, hasta parece que fue construida por gigantes.*
— *Pero mira Nelli, ve hasta el fondo, que preciosa se ve la pirámide de la luna.*
— *¿A un lado se encuentra el palacio de Quetzalpapalotl?*
— *Y ve, ¡cuántas construcciones hay a los lados de toda la calzada!*
— *Esperen déjenme tomar unas fotos desde aquí…*
— *Apúrate, mamá, que vamos a conocer la ciudadela.*

Apresuraron el paso, pues ya me encontraba en los primeros escalones de la plataforma que nos conduciría a la entrada de la explanada del lugar. Uno a uno fue bajando los nueve escalones del muro alternado que al igual que en la pirámide del sol delimitan el recinto ceremonial. Al llegar a la parte de arriba, con gran seguridad señalé con el brazo extendido al frente y con el índice orgulloso de mostrar tan histórico lugar, les dije…

— *Pues bien, ésta es la ciudadela…*

Con la cara expresando miles de inquietudes por parte de mis hijas, comenzamos a descender la otra cara de la

plataforma, tomados de las manos hacia la gran plazuela. No se ellas, pero a mí en lo particular, el cuerpo me hormigueaba y las manos me sudaban. Un viento frío nos empezó a envolver intempestivamente. Parecía que el viento penetrara nuestros cuerpos y acompañara el recorrido de la sangre por la totalidad de nuestro espacio interior. Seguimos bajando. Esta vez los escalones parecían eternos. Una espesa niebla —surgida no sé de dónde— nos fue envolviendo entre la penumbra, prácticamente sólo nos faltaba el último escalón, sin embargo, este paso lo dimos con tal lentitud que, al sentir la solidez de la tierra, parecía que habían pasado varios siglos. Algo pasó, sin querer habíamos cruzado el umbral… Algo estaba pasando… Algo estaba sucediendo…

— *¡Xalli…Xalli no corras entre los guerreros y sacerdotes, porque puedes perderte y el Ometeotl nos puede castigar.*
— *¡Córrele, Nelli! corre rápido que el itzcuintli me quiere morder…*

El barullo era tal que las pequeñas niñas casi no se alcanzaban a escuchar y por momentos se perdían de vista entre la multitud. En la desesperación y con su carrera desenfrenada Nelli iba tirando de su *ayatl* parte de lo que su *nantli* les había encargado para hacer el *molli* de *totolin*, nada más se veían botar los *meocuilin, acociltin, chilli, centli, etl, ahuauhtli, quilitl, huitlacochitl* y el *huauhtli*. Justo se habían levantado apenas comienza el día para ir al pochtecalli con el objeto de aprovisionarse lo necesario para la comida. Las niñas vivían en el barrio de Tepantitla donde tenían que bordear el río San Juan para llegar a su casa. Para ahorrarse camino decidieron cruzar la plaza de la ciudadela, sin imaginar que en ese momento había una gran

muchedumbre a punto de celebrar un ceremonial en honor de su dios Quetzalcóatl.

— *¡Uuff estuvo cerca Nelli! espera un momento deja tomar aliento.*
— *Yo también mana.*

Jalando aire a bocanadas, inclinadas hacia el frente con sus manos en las rodillas tomaron aliento hasta recuperar la calma. De inmediato se dieron cuenta de la razón de la algarabía, el ritual estaba a punto de alcanzar su máximo clímax, ya que justo en ese momento se iba a realizar un sacrificio humano, más la poca estatura de sus escasos nueve y doce años les impedía mirar con claridad lo que allí estaba sucediendo. La curiosidad las fue empujando entre la gente, así con codazos y empellones se fueron abriendo paso. Xalli fue la que logró llegar hasta un lugar donde se apreciaba mejor la escena que estaba ocurriendo en ese momento.

Tal era el bullicio, tal el escándalo… que imperaba, más de inmediato éste se transformó en casi un completo silencio donde los susurros eran casi imperceptibles. El sacerdote que se encontraba en la parte superior del templo levanto las manos con un corazón en las manos todavía palpitante, bañando las piedras de un rojo incandescente que parecían ríos de vitalidad para el pueblo todo, saludó a los cuatro rumbos y lo colocó en el *cuauhxicalli* sagrado, mientras el sonido de la caracola no dejaba de tocar, recorriendo cual serpiente viajera cada parte de la gran urbe.

En ese momento las niñas ya se encontraban en una esquina del templo de Quetzalcoatl, a donde las cabezas de la serpiente emplumada se funden en cuerpos ondulantes con Tlaloc. Allí un grupo de sacerdotes acompañados de nobles

y guerreros águilas y tigres, colocaban a nueve hombres y mujeres con sus manos atadas a la espalda eran acomodados en una fosa colectiva, con el fin de solicitar la protección de sus dioses, lo mismo estaba sucediendo en las cuatro esquinas del templo.

Podrá sonar extraño, pero no había un ambiente de dolor y de tristeza, ni se escuchaba llanto alguno. ¡No! por el contrario en el adoratorio central de la ciudadela, unos danzantes lujosamente ataviados desarrollaban movimientos llenos de alegría, en donde cada movimiento demostraba un derroche de energía, un encuentro entre el hombre y sus dioses. El *huéhuetl*, el *teponaxtle*, las ocarinas y las chirimías daban rienda suelta a los sonidos, los danzantes los hacían suyos para dar significado y esplendor a la ceremonia. Con todo cuidado se fueron colocando ofrendas de conchas marinas y collares en forma de mandíbulas al interior de cada entierro, lo que nos recordaba conocer la gran relación existente entre la vida y la muerte.

— *Vámonos Nelli, que ya nos empezamos a tardar.*
— *Vente por aquí hay menos pipiltin y más rápido podemos llegar hasta la pirámide del sol.*
— *Pero por ahí está más ancho el río.*
— *No importa, yo sé por dónde cruzarlo sin peligro.*
— *¡Órale! que tenemos que alcanzar a mi tatatl cinco ocelotl para decirle que nuestra nantli lo espera para comer.*
— *Si ojalá no se vaya a ocupar puesto que hoy es día sagrado de descenso al inframundo.*
— *Con razón, ya se me hacía raro que, en los cinco días anteriores, los Tlacuilos resanaran y pintaran los estucos y argamasas dañados.*

— *Viste que bonitos quedaron las pinturas murales del palacio de Atetelco y el mural del Tlalocan en Tepantitla.*
— *Y como los colores rojo cinabrio, azul turquesa, verde esmeralda y los amarillos ocres fueron reviviendo la belleza de los templos.*
— *¡Claro! pues se estaban preparando estos días ceremoniales.*
— *Vamos apurando el paso Xalli para ganarle tiempo al tiempo.*

Continuaron su camino cruzando la plataforma de la ciudadela por el rumbo de los muertos —norte— y se perdieron entre los angostos callejones de las habitaciones sacerdotales, doblando a través de varias esquinas hasta que se vieron salir a la calzada de los muertos.

Su caminar se detenía por momentos por pequeños distractores que iban encontrándose a su paso. Al ver una pequeña bola de niños y jóvenes, se acercaron para ver que sucedía. La bola estaba muy cerrada, por lo que nuevamente tuvieron que hacerse camino, empujando a los de enfrente con tal seguridad que no recibieron reclamo alguno.

La algarabía de los jóvenes los intrigaba. Y cuando llegaron al frente se dieron cuenta que el grupo estaba entusiasmadísimo jugando el *patolli.* El juego estaba muy reñido que casi habían borrado el trazo del tablero que previamente hicieron con una vara sobre la tierra, las apuestas de los jóvenes jugadores eran algo considerables, por eso se entendía el gran alboroto.

— *¡Qué Macuilxóchitl los ayude!*

Mencionaron en voz alta las hermanas, justo cuando se arrastraban hacia atrás por entre las piernas de los *pipiltin*, hasta lograr escapar del bullicio, para de inmediato emprender una carrera entre las multitudes que caminaban de manera encontrada, los más hacia el rumbo de las espinas —sur— pues todavía querían presenciar el ceremonial que en ese momento se desarrollaba en la ciudadela.

Todas las construcciones que las rodeaban exaltaban con gran alegría la belleza desprendida de los vivos colores que cubrían las casas de los nobles, sacerdotes y guerreros águilas y tigres. Corriendo y jugueteando llegaron hasta la plazuela de la pirámide del sol, donde esperaban encontrarse con su *tatatl* cinco *ocelotl.*

Paradas al frente de la gran pirámide, el gran templo –altépetl– irradiaba una presencia que historia alguna se vería limitada con mucho para describir la grandeza que estaba sucediendo al momento de levantar nuestra mirada hacia la cima, hacia el cielo. El encuentro entre nuestro padre el sol —*Nanahuatzin*— que venía como todos los días a fundirse con los humildes macehuales, sus queridos hombres de Teotihuacan, con sus hijos los hombres del quinto sol nacido aquí, en Teotihuacan.

La pirámide del sol era toda vida, gente por doquier, subiendo y bajando para brindarse un tiempo de adorar a sus dioses, todos luciendo sus mejores atavíos, los *maxtlatl*, y *tilmatli* lucían sus más bellos adornos, los cuales no se comparaban con la de sus penachos los cuales se mostraban majestuosos, enseñoreándose por el colorido de sus plumas, que iban desde un verde traslucido de jade a un rojo profundo del granate, o de un verde dorado de los quetzales a un verde azul turquesa del *xiuhtotol* o a la sombría transparencia de la obsidiana.

Los *ichcahuipilli* de los guerreros lucían impecables, listos para detener las puntas de obsidiana de las flechas y lanzas enemigas.

Estaban ahí parados en resguardo del templo, donde los braceros desprendían el aromático olor a copalli envolviendo el lugar en un espacio místico y sagrado.

— *Ven por acá Xalli, creo que vi pasar por allí a mi tatatl.*
— *Se dirige a la cueva sagrada de la pirámide del sol.*

Apresuraron el paso, sin lograr encontrarse con su padre, más en cambio se dieron cuenta que la puerta de la cueva sagrada estaba abierta y sin que nadie custodiara la entrada. Las niñas se acercaron sigilosamente y se dejaron llevar por la enorme curiosidad que albergaba dicho recinto. Se voltearon a mirar a la cara y tomaron una decisión mientras acomodaron sus *ayatl* apretándolos junto a sus cuerpos y con sumo cuidado comenzaron a bajar por cada uno de los peldaños hechos de fémures humanos. Diez fémures que eran atravesados por una cuerda formando una escalera movible. Conforme iban descendiendo, la oscuridad era cada vez más intensa.

— *No me sueltes hermana, muévete despacito porque casi no se alcanza a ver nada.*
— *Se siente frío, parece que hay mucha humedad.*
— *Sigamos el resplandor de esa luz que se ve a lo lejos.*
— *Dice mi tatatl que esta cueva existió mucho antes de que construyeran la pirámide.*

Poco a poco se fueron acercando al interior de la cueva, guiándose únicamente por el *ocotl* encendido hasta el fondo. Sin ver prácticamente nada sólo sentíamos las

protuberancias de las piedras que sobresalían por todos lados, con la palma de la mano fuimos tocando las superficies laterales y la bóveda. El miedo no era tan grande como la incertidumbre misma. El camino se sentía sinuoso y resbaladizo, pero continuamos avanzando en forma recta. Nuca supieron cuánto caminaron, pues allí en el interior casi en la penumbra total, se confunde el transcurrir del tiempo y la distancia. El aire se enrarece. Sin pensar en lo que ocurría en el exterior siguieron caminando, percibiendo la luz cada vez más cerca. Por un momento dudaron en continuar, pensando que podrían encontrarse con alguien. La duda fue pasajera al percatarse que se encontraban completamente solas, porque después de haber pasado la primera antorcha otra luz apareció a lo lejos, al parecer ese era ya el final de la cueva. Con un poco de más luz avanzaron sin tanto titubeos, y al llegar al fondo se encontraron con cuatro cuevas más como formando una flor de cuatro pétalos, símbolo de los cuatro rumbos del universo mesoamericano.

Paradas al centro, recordaron que ese lugar era uno de los más sagrados de Teotihuacan, donde sólo los más altos nobles, guerreros y sacerdotes intelectuales acudían al inframundo a meditar para tener la seguridad de tomar las mejores decisiones para el bien de su pueblo. Acudían a cargarse de la energía que se necesitaba para gobernar a tan grandiosa civilización. No sé si serían las primeras niñas en conocer el útero del mundo de donde surgieron nuestros primigenios padres *Oxomoco* y *Cipactonal*. Una gran emoción las hizo estremecerse al sentir la presencia de nuestros dioses Quetzalcoatl, Ehécatl, Totec y Tezcatlipoca. Sólo un breve instante permanecieron en el lugar y de inmediato se apresuraron por salir, pues seguramente que en poco tiempo entrarían los principales de Teotihuacan. Ya afuera dieron un gran suspiro después de estar

completamente seguras de no haber sido sorprendidas por su incursión al centro del universo.

— *¡Tatatl… tatatl! por aquí estamos.*

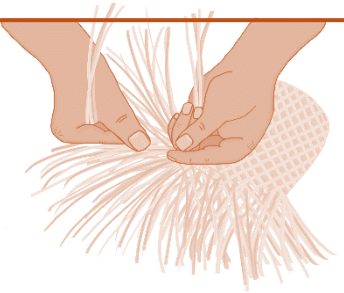
Le gritó con todas sus fuerzas Xalli, no logrando llamar su atención. Mientras que Nelli prefirió correr a su encuentro. De inmediato fueron alcanzados por su hermana y casi al unísono le pasaron el mensaje de su *nantli*.

— *Qué no olvides que te esperamos a comer, nantli va a preparar una rico molli de totolin, y dijo que ni se te ocurra dejárselo.*

Cinco ocelotl tomo a sus hijas por los hombros y asentó con la cabeza su presencia en la calli. De inmediato se retiraron gustosas de sus fechorías del día…

Nelly sentada desparpajadamente en el seno del vetusto sillón de la abuela, dio vuelta a la última página de su libro. Lo cerró con cierta violencia producto del entusiasmo que le causó la lectura, y gritó con todas sus fuerzas a sus padres que se encontraban en la otra habitación.

— *¡Papáááááááááá llévanos a conocer Teotihuacan!*



Claroscuro...
en dos tiempos

¡Agáchate, no seas güey!

Le grité al mismo tiempo que le jalaba de sopetón el cuello del suéter para que se mantuviera a ras del suelo.

— *¡Agáchate pendejo!*

No vez que nos pueden ver, le volví a decir con ese algo que escapaba de mi garganta, esos sonidos guturales que buscaban desesperadamente convertirse en un grito para

convencer al pinche Toño de que no intentara pararse. Con mi mano cerrándose sobre su suéter, lo sostenía de tal forma que no pudiera ni siquiera moverse. La respiración de ambos se mantenía completamente agitada. Nuestros rostros querían perderse en lo más profundo de la tierra. Buscábamos que los arbustos cubrieran completamente nuestros cuerpos ayudados por la complicidad de la noche.

Cerramos fuertemente los ojos, y nuestras manos se crispaban apretando un puñado de tierra. La respiración empezó a volverse más y más pausada. Solo por momentos, al abrir los ojos veíamos como circulaban sobre nuestras cabezas, las luces de la torreta de la patrulla que momentos antes había pedido que nos detuviéramos. Grandes gotas de sudor se deslizaban por nuestras frentes, y nuestra piel temblaba sin control. La piel de todo nuestro cuerpo. Fue tanto nuestro deseo de no hacer nada de ruido, que de repente, nos vimos envueltos en el más grande de los silencios. Quietud que de vez en vez se veía interrumpida por algunos gritos de los polis. Los minutos se hacían interminables.

Poco a poco el tiempo fue —irremediablemente— pasando y las luces, y los gritos se fueron perdiendo a la distancia. El ruido del motor se fue diluyendo. Nuestro terror. El terror que nos embargaba era tan enorme, que aun cuando ya no percibíamos ningún ruido, ni algún destello de luz, no podíamos — aunque así lo quisiéramos— movernos. Ya con menos tensión, nos rodamos hasta quedar boca arriba, agradeciendo el abrigo de la espesura de la noche. Con la luna apenas perceptible entre la majestuosidad de las nubes, empezamos a querer reconocer el lugar donde hallamos refugio. La vegetación era pródiga, la hierba y los arbustos eran bastante tupidos y frondosos, por lo que ahora se

entiende que nos pudiésemos mimetizar entre las sombras cómplices que nos abrazaban.

Lentamente nos fuimos incorporando al mismo tiempo que sacudíamos con violencia nuestros pantalones y los codos de nuestros suéteres. Observamos a nuestro rededor y de inmediato reconocimos que estábamos a la orilla de una laguna que muy sutilmente reflejaba la quietud del paisaje nocturno. La tranquilidad absoluta de sus aguas, semejaban una imagen cristalina que solo reflejaban —casi imperceptiblemente— una serie de manchas amorfas. Solo entonces pudimos percibir el canto de las ranas que se mantenían en un incesante croar. Y sin alcanzar a verlas, se escuchaban los aleteos de las aves nocturnas yendo de un lugar a otro. No sé por cuanto tiempo corrimos a la orilla de la carretera, pero cuando vimos que la patrulla se acercaba, nos clavamos con decisión y desesperación entre lo tupido de la vegetación. Sabia decisión como dijeran los mayores.

— *¿Estas bien?*

Le pregunté, ya con más calma al Toño

— *Sí, pero aún sigo temblando.*
— *Yo también, pero parece que ya se fueron, seguramente ya querían terminar con su "chamba".*

Le dije mientras, tomaba la carátula del reloj y la acercaba a mis ojos lo más que pudiera, para ver qué hora era.

— *¡No mames güey, ya son casi la una de la madrugada!*

— *¡Serio...! Contestó bastante sorprendido tomándose el rostro con sus manos en señal de preocupación.*

Las horas seguían su curso y en nosotros la angustia iba en flagrante ascenso. Retomamos el camino en la carretera esperando el aventón de algún desvelado que nos acercara a la gran ciudad.

— *Mamáááááá, voy vengo, no me tardo. Ahí le avisas a mi papá.*
— *¿Adónde vasaaaass?* Me preguntó desde la cocina.
— *Voy a hacer la tarea de naturales en casa del Toño, al que le decimos el "tigre".*
— *Bueno, pero no te vayas a tardar, porque luego ya no hay camiones.*
— *A lo mejor si tardo un poco —grité— porque es una tarea para mañana. Pero, y si ya no hay camiones me vengo caminando.*
— *¡No tardes!, me repitió.*

Mientras a lo lejos se oía como mi madre estaba peleando con los trastes de la comida, todo por tenerlos listos para el siguiente atracón. Tome mis cosas, que ya previamente había preparado. Las traté de acomodar lo mejor que se pudiera dentro de mi morral. El mismo que hacía una semana me había hecho con un pantalón de gabardina color caqui, al cual le corté las piernas y cosí con hilo cáñamo para que soportara el peso de los pertrechos escolares que siempre abundaban en su interior. Las cosas apenas si entraron, algunas se asomaban por los costados como buscando desahogar los apretujones interiores.

— *No me falta nada, no me falta nada.* Pensaba
— *Creo que es todo.* Me contestaba de igual manera.

Con el debido cuidado, lo levanté y acomodé justo en la parte más cómoda de mi hombro. Sabía de antemano que iba a ser una jornada muy ardua. Enfilé mis pasos hacia la puerta, que, ante la fuerza invertida para abrirla, siempre respondía con gran desenfado, dejando fluir un ruido bastante desagradable por lo oxidado de sus bisagras, siempre ocurría eso aun cuando mi padre de vez en cuando le echaba aceite, de ese aceite que mi mamá tenía para su máquina de coser, la puerta siempre rezongaba. Caminé rápidamente hasta la esquina donde pasaba el camión que me llevaría hasta allá por la pedrera.

Ante la tardanza del urbano, tuve que descargar mi morral que ya empezaba a pesar como si llevara piedras. Volví a reacomodar unos frascos que se habían inclinado, justo en ellos, llevaba diferentes animales que previamente se habían recolectado en el safari del día anterior, todos caminamos por los cerros que rodean la ciudad, pero fue cerca de la *teresona* donde por debajo de las piedras encontramos un buen número de alimañas como: alacranes, arañas, escarabajos, lombrices, mariposas y ciempiés, entre otros muchos más raros. La tarea era elaborar un "terrario" y nuestra idea era presentar el "mejor terrario".

El camión apareció a lo lejos y me dispuse a abordarlo. Como venía muy rápido, agité con fuerza la mano pidiéndole la parada, a lo que respondió deteniéndose bruscamente y dejando algo de la piel de sus llantas embarrada en el asfalto. Subí y estiré mis monedas para pagar el servicio, pero el chofer ni me pelaba, estaba ocupado tocando con fuerza su claxon, entonando una sonora mentada de madre al colega que quería ganarle el pasaje. Pasada su momentánea reacción, recibió mi pasaje y me extendió con gran habilidad el único boleto arrancado

por su dedo pulgar del block estrujado entre su mano. Solo le bastó deslizar —de un solo movimiento— la yema de su dedo sudado hacia delante.

Con gran dificultad, avancé tambaleante hasta la parte posterior del camión, sin encontrar lugar para sentarme, por lo que acomodé el morral en el piso y me apresuré a detenerme con firmeza del tubo que recorre todo lo largo —de la parte inferior— del techo del camión, antes de que estrepitosamente cayera sobre los pasajeros. En esta parte de la ruta del camión, es donde más gente transporta, más adelante siempre se va quedando vacío. Como fue, unas cuadras después pude pensar que no tardaría mucho en sentarme.

— *Permiso, permiso... ¿me permites por favor?*
— *¡Bajaaaaaaaan! Bajan en la esquina.*
— *Con su permiso, que me van a pasar...*
— *¡Choooooofer, en la esquina bajaaaaaan¡*

Así se alcanzaban altos niveles de desesperación, por parte de los pasajeros que pedían a gritos la oportunidad de bajarse del camión. Por fin pude sentarme. De inmediato jale mi morral, saque mis bolígrafos de colores y continué una tarea ya iniciada hacia algún tiempo, llenar de dibujos la totalidad de su superficie, unos abstractos, otros comerciales, caricaturas de los agachados y los supermachos, símbolos como el ying-yan o el de la paz, caricaturas como mafalda, ornitóteles y las clásicas Waldisneinas, los mikey, los donald, y el "che" por nombrar algunos ejemplos. Esta tarea hacía que el tiempo de recorrido del camión se hiciera pequeñito. Empezando a dibujar, los ruidos desaparecían, los enfrenones y empujones no existían. Trazos tras trazos el morral se

convertía en una pequeña galería ambulante. Un dibujo, a lo más dos y llegaba.

Levanté la mirada justo cuando estaba a punto de arribar a mi destino. Recogí las cosas y apresuradamente las guardé para de inmediatamente pararme y solicitar mi bajada. Jalé con fuerza la jareta que accionaba la chicharra, más el chofer pareció no hacerle caso. Oírla si porque sonaba fuerte, pero hacerle caso para nada. Por tanto, solté el clásico grito desgarrador de...

— *¡Bajaaaaaaaaaaaan por favor!*

Había que ponerse bien trucha, porque era inminente bajarse aún sin que el camión estuviera completamente parado. Y así fue. Tremendo brinco, seguido por una continuidad de traspiés, ya que la inercia hacia su tarea. Casi siempre se pensaba que finalmente se rompería uno todo el hocico.

Al momento, acomode mis pertenencias y apresure el paso para llegar a tiempo a la casa del *tigre* Toño. Suponía que los demás compañeros ya habían llegado.

Y es que muchachos, le tienen que poner muchas ganas a su trabajo, porque de ahí depende su calificación final, y tengan presente que algunos están en la tablita —me parecía escuchar a la maestra— Y nuevamente insistía, recuerden que los mejores serán expuestos en la feria estatal de Biología. Deben sacar las mejores de sus inventivas, háganlo por ustedes y por mí que ya van dos años en que nos llevamos el primer lugar de la exposición. ¿Sí?, no sean malitos. Bien, entendido esto paso a repartirles los temas con los que participarán. El equipo uno, por favor preparen

su trabajo con el tema del aparato circulatorio, el dos con el digestivo, el tres con los animales vertebrados, el cuatro explicará la fotosíntesis y el cinco la célula, ¿de acuerdo? Recuerden que todos los grupos de la escuela van a participar con los mismos temas.

Mientras los temas iban apareciendo en cartelera dispuestos a su puesta en escena, los muchachos mostraban un sin número de expresiones. Unos gritaban de gusto. Otros hacían caras de fuchi y desenfado y los más, muecas de interrogación por no tener —por el momento— idea alguna de lo que podrían realizar. La verdad es que todos estábamos bien motivados para ser los primeros, los mejores. Ese era el reto. Sin embargo, la cara de nosotros no quitaba expresión de asombro y enojo. La maestra nunca nos decía que tema desarrollar, siempre era a nuestro libre albedrío. Pero ya ni modo porque el que es perico donde quiera es verde.

Apenas había concluido la clase cuando en los pasillos se empezaban a gestar los proyectos de los diferentes equipos. Así sin mucha convocatoria, los compañeros iban integrándose a sus pequeños grupos, los equipos se conformaban con 5, 6 o 7 compañeros. Y como siempre el "pique" lo representaba todo. Tenemos que ganar, ese era nuestro pensamiento, el pensamiento de todos. Y me caí que había con qué, en cada uno de los equipos se procuraba jalar a compañeros que le echaran hartas ganas, pero siempre hay los ventajosos y esos eran los de cuidado, pero ni madres, todos tenemos los mismos chances, solo es cuestión de jalar parejo y que no permitamos la supervivencia de zánganos que aprueban a las costillas de los demás. Aquí se trata de jalar todos por igual, Aquí todos

nos chingamos o ¿qué no?, les cuestionaba el jefe del equipo.

A mí me tocó con el "tole", la "sony", el "tigre", el "sotelo" y la "madu", le decíamos así porque era la mayor del salón y era muy conspicua e inteligente. A ella —lógico— la elegimos como estrategia, sin embargo, puedo afirmar que todos tenían lo suyo. En ese primer momento de reunión de pasillo, las ideas se agolpaban y hacían su aparición de una manera atropellada. Lo cual daba gusto, puesto que el silencio fue enterrado por las iniciativas de cada uno de nosotros, solo faltaba afinarlas y elegir qué y cómo lo haríamos.

Nuestro tema, el aparato circulatorio. En nuestro caso continuaba el malestar porque la maestra nunca dijo que iba a rifar los temas, y nosotros ya habíamos preparado los materiales para la elaboración de un terrario. El equipo ya estaba trabajando todo acerca de él, ya teníamos trabajo previo para avanzar con paso firme. Había proyecto y sobre todo trabajo de campo. Conocer nuestro nuevo tema nos obligaba a pensar todo desde un principio. Es por eso que cuando sacó el papelito y mencionó el tema que nos correspondía, de inmediato y como si nos hubiésemos puesto de acuerdo todo el equipo nos volteamos a mirar con cierto dejo de incredulidad. Esta preocupación se transformó —por momentos— en angustia, pero al mismo tiempo en motivación, por saber de qué manera podríamos resolver este cambio de dirección.

— *Entonces nos vemos en la casa del "tigre" para ver que se va a hacer.*
— *Sí, que les parece a las cuatro de la tarde.*

— *Pero que sea a las cuatro de verdad, porque luego están llegando bien tarde y no hacemos nada.*
— *¿No llevamos nada?*
— *No seas güey, no vez que apenas nos vamos a poner de acuerdo.*
— *Yaaaaaa, que no sea para tanto. Nos vemos a las cuatro.*
— *Órale cabrón, paso por ti a tu jaus.*
— *A mí que alguien me diga cómo llegar o que alguien pase por mí, para irnos juntos.*

Dijo la "sony", a lo cual reaccioné rápido y expedito, pues era la niña que me gustaba y no pensé en perder la oportunidad. De inmediato me apunté.

— *Yo paso a tu casa para irnos juntos.*

Lo dije con tal firmeza y seguridad que los demás —al unísono— me voltearon a mirar suspicazmente. A lo cual les respondí con una sonrisa fingida.

— *Siempre me ha gustado caminar, pero hoy si ya me cansé.* Le dije al "tigre".
— *Como no después de la correteadota que nos dieron los "polis".*
— *Pensé que nos agarraban.*
— *Si güey, lo bueno es que nos clavamos entre los matorrales.*
— *Si nos agarran, estoy seguro de que nos entamban.*
— *¡No chingues!, no te basta con no saber ni donde andamos.*
— *Ni que lejos estamos de la casa.*
— *Yo de eso ni quisiera acordarme.*
— *Y ni un pinche aventón hemos conseguido.*

— *Además, mira cómo nos dejó ese chaparrón que se nos vino encima.*
— *No vi nada donde taparnos la lluvia.*
— *Lo padre es que no duró mucho y eso nos permitió seguir.*

Comentábamos mientras comíamos unos taquitos, en el único puesto que se nos atravesó a la orilla del camino. Un puesto demasiado solitario y lejos del caserío disperso, que solo mostraba sus siluetas para anunciarnos su existencia. Un puesto para muy noctámbulos. Ante las manos temblorinas por el canijo frío —que arreciaba a cada minuto, más y más— los tacos parecían escapar de entre los entumidos dedos. Por momentos insinuaba una mordida y me preguntaba, ¿dónde chingados estaremos? pensaba hacia mis adentros. Y volteaba a mirar al "tigre" y seguramente se estaba haciendo la misma pregunta. La preocupación se veía en nuestra mirada, parecíamos dos perros relamidos por la lluvia. Permanecíamos encorvados y ensimismados por nuestra gran preocupación, Era la más pesada loza que había cargado hasta este momento de mi corta vida.

En el changarro de tacos todavía había que estarse cuidando de no ser sorprendido por las gotas que escurrían de las láminas de cartón, agujereadas, desgarradas y mal acomodadas. Entre sus hoyos se alcanzaban a deslizar destellos tenues de luz de una preciosa luna traviesa, ya que aparecía y se perdía entre las espesas nubes. Esa luna que al mirarla parecía burlarse de nosotros. Cuatro desvencijados morillos sostenían al techo, con cierto dejo de indiferencia retorcida. Ya la noche estaba avanzada y los comensales éramos unos cuatro a lo más. Otra mordida al taco. Otro pensamiento y otra mirada, observando la infinidad de

mosquitos danzando en derredor del foco cansado de tanto alumbrar, cubierto por un cochambre espeso que lastimaba su piel y le impedía repartir luz y calor como en sus mejores días. Esa mugre que solo el paso de los años puede acumular en señal de que ha vivido, pero sobre todo ha servido.

Con un movimiento brusco del pie me sacudo salsa que escapó de mi taco y aterrizó justo en mi zapato. Aprovecho para alejar al perro de triste mirada que me pedía dejara caer algún mendrugo. Mirada triste que denotaba al igual que su lánguida figura días continuos de hambre. Contradicciones de la vida teniendo la carne a tan corta distancia. Aunque él no lo supiera, pero nos sentíamos en iguales circunstancias, así lo pensé cuando lo vi refugiarse entre la pila de cajas de refresco mal acomodadas. Al fin perro, exactamente ahí donde había más lodo y piedras desnudas que seguramente lastimaban. Se acurrucó y bajo lentamente la cabeza hasta quedarse adormilado.

Sólo dos tacos. Solo nos alcanzaba para dos tacos. Había que guardar para el pasaje de regreso. En realidad, ninguno sabíamos cuánto cobraba el bus, por eso había que ser precavidos y no gastar el poquito dinero que llevábamos. La última mordida y levanto la mirada para ver al "tigre". Estaba igual de sumido en sus pensamientos.

El taquero picaba más carne con mucha rapidez como esperando llegar —ilusamente— a las turbas hambrientas y así acabar pronto. Lo hacía con tal entusiasmo, que junto con la carne se iban astillas de madera. Golpe tras golpe hacían más y más profundo el hoyo del tronco para picar. Siempre he querido pensar, que eso es parte del secreto para que sepan tan sabrosos los pinches tacos. Volteo a mi

derredor y nadie se acerca entre la oscuridad. Sin embargo, él a lo suyo.

El compás de los movimientos vertiginosos del señor taquero, eran acompañados por un intento de canto desentonado de la rola que el radio dejaba escapar por entre sus bocinas cubiertas también de hollín, seguramente acumulado durante su —notoria— ya larga vida. Ante mi poca atención, me parece que tocaba el Acapulco tropical queriendo calentar con sus ritmos la frialdad del momento.

— *Pásele, pásele, hay ricos tacos de cabeza. Ojo, cachete, lengua, molleja, paseleeeeeeeeeeeeeee.*

Invitaba con cierto tiplecito.

— *Acérquese pida sus ricos tacos calientitos de cabezaaaaaa*
— *Tacos calientitos de cabezaaaaaaaa*
— *Calientitos de cabezaaaaaaaa*
— *De cabezaaaaaaaaaaaaaaaaa*

Ni aun así tuvimos ánimos para reír, en otra situación nos revolcábamos a carcajadas por menos. El frío arreciaba. Voltee a mirar al camarada y con las miradas nos dijimos que había que seguir el camino, no teníamos ánimos ni para apalabrarnos. Pagamos y nos fuimos con el semblante plasmado de angustia y cansancio. No sin antes preguntar hacia dónde dirigir nuestros pasos.

— *Quién como usted, nosotros muriendo de frío y usted con la frente perlada de sudor.*
— *Así es esto del abarrote jovencito. Es el trabajo, el trabajo.*

Mencionaba eso mientras con el brazo retiraba el sudor de su frente. Con un movimiento de cabeza nos marcó la dirección en la que teníamos que seguir. Lo hizo con la cabeza por que sus manos continuaban picando con extrema rapidez, ahora cilantro y cebolla.

Recuperados del cambio de tema, nos dispusimos al trabajo. Que padre que ya estamos todos. Pues a darle que es mole de olla dijo el "tole" mientras nos íbamos acomodando en la mesa del comedor del "tigre". Se notaba de inmediato que había ganas de hacer nuestra tarea. La decisión era ir por el primer lugar. Eso era un motor, pero bien aceitadito, porque de inmediato empezaron a fluir las ideas. Pues para empezar que pensamos hacer.

— *Sugiero que un cuerpo humano que este mostrando todas las venas y las arterias de manera tridimensional, además de que es el tema que nos pidió la maestra.*
— *¿Y de que lo hacemos?* Preguntamos a coro.
— *En la "pape" venden esquemas grandes lo recortamos y...*
— *No, eso es demasiado sencillo.* Argumentó alguien.
— *Creo que estaría bien de plastilina de colores.* Dijo el "pirata".
— *Siiiii y modelamos las partes del sistema circulatorio.*
— *¿Pero no estaría bien que le diéramos movimiento?*
— *¿Cómo?,* otro coro.
— *Sí, las venas y las arterias las simulamos con manguerita transparente y las llenamos de anilina roja y azul se vería más real ¿no lo creen?*
— *Y si le colocamos una bombita por atrás para que circule, estaría mejor.*

— *Yo tengo una tablota para hacerlo ahí.*

Así con gran entusiasmo, de las ideas pasamos a las acciones. Procurarnos de los recursos materiales que nos sirvieran para nuestros propósitos. Siempre que nos proponíamos algo surgía —sin darse cuenta y quien sabe de dónde— un torrente de creatividad y habilidad para ciertas cosas. Mas tarde la mesa del comedor se desbordaba de diferentes materiales: tablas, cascarón, plastilina, anilinas, pegamentos, hojas de colores, plumines, marcadores, reglas, tijeras, barniz transparente, libros de biología, esquemas, etc. En fin, todo aquello que pensamos nos sería necesario para el trabajo a emprender. El material del terrario ya descansaba en su santa gloria.

— *Sugiero que el "pirata" sea el que dibuje y modele el cuerpo humano.*
— *Siiiiiiii. Además, él lo sugirió.*

Contestaron aprobando la iniciativa, pues conocían de su facilidad para las artes plásticas, a lo que respondió de inmediato, buscando las herramientas que iba a utilizar. Acomodó el triplay, tomó algunos libros y los revisó cuidadosamente para elegir el esquema que más cubriera sus expectativas. Escogió uno y lo mostró a los demás, quienes aceptaron desde sus lugares, puesto que cada quién ya estaba ocupado, buscando y tomando lo que les tocaba preparar. Ante el sí del equipo, acomodó a un costado el libro, obligándolo con la palma de la mano a mostrar en toda su extensión la ilustración que instantes después tendría que ser reproducida. El apretón de la mano fue tan intenso que casi se alcanzó a percibir un quejido de dolor por parte de las hojas abiertas en su máximo esplendor. Con

lápiz en mano se iniciaron los trazos, donde línea con línea fue apareciendo el aparato circulatorio reproducido.

— *Que les parece y nosotros vamos ablandando la plastilina.*
— *¡Órale! Mientras nosotros vamos disolviendo las anilinas en recipientes para que el agua tome su color.*
— *Cómo de qué medida vamos cortando las mangueritas para simular las venas y las arterias.* Dijeron otros.
— *Yo voy leyendo la información que, sobre el tema, encuentre en los libros que trajimos, para subrayar y sacar una síntesis ¿va?*
— *Entonces yo voy marcando los renglones con lápiz en las hojas de color.*

Con el esquema dibujado en la tabla, el "pirata" recibía cual doctor en sala de operación, los materiales y los instrumentos con los que poco a poco fue dando forma y volumen al cuerpo. Plastilina de varios colores, estiques, espátula. Cuidando por sobremanera los detalles más significativos, como la cara, la proporción, la textura de los músculos, la piel y el corazón. La plastilina estaba en su punto, se moldeaba a placer, parecía un experto en la disección, puesto que el trabajo plástico alcanzó tal excelsitud, que parecía que estábamos realmente ante un cadáver. Los músculos se alcanzaban a apreciar en toda su magnitud y en algunas partes la piel se veía tan natural, que aquí entre nos, se enchinaba el cuero como cuando la maestra nos invitó al anfiteatro de la Universidad. Ahora había que hacer algunos cortes para dejar a la vista los espacios por donde se colocarían las mangueritas llenas de anilina y ya.

— *Vamos a echarle unas capas de resistol para que se endurezca la plastilina y no con cualquier rozón se nos valla a maltratar.* Dijo el "pirata". *Y cuando se seque otras más de barniz transparente.*
— *Yesssss,* espetó el "tigre" haciendo un ademán con sus brazos.
— *Ahora si con cuidado voy a tomar la medida de las mangueritas para cortarlas.*
— *Ten cuidado, ya sabes que más vale que sobre y no que falte.*
— *Pero* —dijo sotelo— *y por dónde vamos a pasar entre la madera las venas y las arterias. ¿no creen que necesitemos unas perforaciones para que las puntas queden ocultas en la parte de atrás?*
— *Es cierto,* contestó en voz alta la "madu", *y además nos está faltando el motor de todo esto*. Su palabra ocasionó que todos volteáramos a mirar con ojos de ¿Wath?
— *Si porque ¿con que vamos a hacer que la sangre corra por las venas? ¿necesitamos algo que funcione como una bombita?* Nos volvió a restregar.
— *Tienes el hocico lleno de razón,* le devolvió el "pirata"
— *Y esa de dónde la sacamos*, dijo la "Sony".

Hasta ahí todo parecía miel sobre hojuelas, pero efectivamente de donde sacaríamos la dichosa bombita.

Caminábamos de prisa queriendo ganar tiempo y sobre todo distancia. La noche y nuestra falta de experiencia nos mantenía en un sepulcral silencio. Solo de repente nos volteábamos a ver, para asegurarnos que estábamos juntos en aquel pendejo broncón. Muy pronto las luces del caserío y los ladridos de los perros se fueron quedando atrás. Es por

eso que el silencio y la fría oscuridad nos envolvían nuevamente. Ese mismo silencio que acompañaba nuestra mirada por toda la línea de la carretera. Carretera que a cada paso se dibujaba interminable. Carretera que, en la oscuridad de la noche, nos intimidaba con el vaivén de los arbustos que a lo largo formaban una infinita valla. Zacate alto, zacate altivo, cabellera de la naturaleza que se dejaba acariciar suavemente por el tenue aliento de la luna. Más minutos, más camino. Más preocupación y más angustia.

Ahora el tránsito de camiones era más escaso, pasábamos grandes espacios de tiempo sin que se nos cruzara un auto o un camión. Nuestros pies ya pedían a gritos una tregua. Caminábamos pausadamente, con las manos en los bolsillos y los hombros encogidos para resguardarnos del frío. Parecía que nada pasaba, pero en nuestras cabezas continuaban agolpándose un sin número de imágenes que seguramente eran las mismos para ambos.

— *En casa deben estar sumamente preocupados.*
— *Y sin tener a dónde comunicarnos.*
— *Qué preocupación estarán pasando nuestros padres.*
— *Nos estarán buscando como los amigos.*
— *O, en la cruz roja y los hospitales.*
— *Qué estará pasando, yo nunca llego tan tarde.*
— *Son la 2:00 de la madrugada y todavía no se por dónde andamos.*
— *Casi vuelvo a escuchar el grito de mi madre al salir de casa: ¡no te vayas a tardar, porque luego ya no hay camioneeeeees!*
— *¿Se los habrá cargado la "julia"?*
— *¿Estos muchachos no estarán detenidos?*
— *¿Qué estará pasando en casa?*

Un ruido de motor nos hizo voltear discretamente y de reojo alcanzamos a ver un camión urbano que fuera de su horario seguramente se dirigía a encerrarlo. Sus faros parecían párpados que pestañeaban buscando el momento de cerrarse para estar listos al siguiente día. Traía la luz interior prendida por lo que se alcanzaba a observar que no venía solo el chofer, sino que traía pasaje, lo cual nos motivó a no ocultarnos entre los matorrales. Nos quedamos mirando y como si leyéramos nuestros pensamientos decidimos casi pararnos al frente y hacerle la parada agitando los brazos abiertos, extendidos en toda su magnitud. En ese momento llevábamos más de cinco horas de bregar continuo, buscando llegar a la ciudad en busca de la terminal donde abordar un camión que nos regresara a nuestro lugar de origen. Temblábamos y sudábamos de tan solo pensarlo.

Realmente vi la cara de asombro del chofer y de algunos pasajeros, cuando el camión se paró con cierta precaución, pero al ver que éramos unos simples escuincles, nos dijo que subiéramos de inmediato, a lo cual no respondimos con la premura que él nos pedía, ya que dudábamos en subir y parecía que estábamos petrificados, aunque nuestro interior nos pedía subir el primer escalón, nuestros pies no obedecían. Por fin reaccionamos y subimos titiritando de frío y espanto. Saque de entre mis ropas unas cuantas monedas y se las acerqué para que se cobrara el pasaje. Pero él no las recibió y en cambio nos cuestionó.

— *Pero chamacos, ¿se puede saber que hacen en la carretera a estas horas de la madrugada?* Nos dijo con una cara de asombro y sus palabras sonaron bastante fuerte que nos sonó como a un regaño.

— *Están muy chiquillos y por estos lugares es muy peligroso andar por la noche,* dijo uno de chamarra de mezclilla.
— *¿Sus papás saben que andan por acá?* Nos cuestionó el de barba blanca.
— *¿Qué les pasó muchachos?*, Pregunto nuevamente el chofer.
— *¿Se escaparon de su casa?*, Gritaron desde atrás.

El interrogatorio fue tan impactante que de verdad no nos daban tiempo para pensar alguna respuesta clara. El camión era transporte de trabajadores de una fábrica de coches que se encontraba por el rumbo y ya iba de regreso con la gente dispuesta a descansar. Con el cuerpo tembloroso y los ojos a punto de las lágrimas, alcanzamos a decir un rotundo ¡No! El "tigre" permanecía en completo silencio. Mientras tanto yo balbuceaba con la cabeza agachada que nos habían jugado una mala pasada. Levanté la mirada y les dije que si nos podían acercar a la ciudad.

— *Sólo nos quedamos en la periferia, pero por lo menos los acercamos.* Nos dijo el chafirete.

Volteamos avernos y con un movimiento de cabeza —al unísono— asentimos aceptando el aventón. Mientras tanto, la punta de su pie se hundía en el acelerador para iniciar nuevamente el camino. Se acomodó en el mullido cojín que hacía más cómoda su permanencia en las muchas horas que debía permanecer sentado. Fijó la atención al volante y emprendimos el camino, perturbando con el ruido del motor el silencio de la noche y desgarrando con las luces la espesura de la oscuridad. Los trabajadores —todos— se notaban cansados, muestra de ello era el vaivén de sus cabezas haciendo comparsa con el movimiento del camión.

Nuestra presencia llamó la atención al principio cuando nos interrogaron, pero después de reiniciar el viaje, volvieron a su somnolencia.

— *Siéntate "pirata",* me dijo el "tigre".
— *Ya es ganancia,* le conteste al momento de irme acomodando en un lugar junto a la ventana.

Con movimientos inseguros se sentó a mi lado y se acomodó, agachando su cabeza hasta colocarla entre sus rodillas, activando sus pensamientos. Sus dolorosos pensamientos. Yo me recargue en el cristal, no importándome la extrema frialdad de la superficie. Quería que el casi hielo me refrescara la conciencia, al grado de ir aceptando lo que vendría después de esa impensable noche.

— *Señor, nos muestra esa bombita que se encuentra allá arriba, en ese anaquel.*
— *Éste,* respondió señalando con el dedo.
— *Noooo, la que está más a la izquierda.*
— *Ah, entonces es esta roja,* y la tomó entre su mano.
— *Sí, nos la permite por favor para ver si nos sirve.*
— *¿Qué es esto?* nos preguntamos cuando la recibió el "tole".

Con curiosidad la manipulamos unos y otros, con esa actitud indagadora de si serviría o no para nuestro objetivo. La "madu", la más informada en esas cuestiones nos explicó que esa bombita era para extraer las flemas de los bebes. Nos volteamos a ver y mostramos la mejor cara de la ignorancia. La mera neta ni me imaginaba para que servía —argumentó el "pirata"— pero si se fijan, sus terminaciones se pueden adaptar a las mangueritas de nuestro trabajo y al oprimirlas con suficiente presión harán

correr el agua pintada. Nos ejemplificaba apachurrando la bombita y dejándonos ver y sentir el torrente de aire que se desprendía de su interior, acercándolas a nuestras mejillas.

— *Si nos sirve señor, nos la llevamos.*
— *Para que la quieren muchachos.*
— *Para un trabajo de la escuela, que segurito nos va a hacer ganar el primer lugar, ¿qué no?*
— *¡Claro!,* contestamos todos.
— *Son diez pesos.*
— *Pero no necesitamos dos,* dijo la "sony".
— *Es cierto porque una es para las venas y otra para las arterias,* argumentó el "tigre".
— *Entonces nos da otra,* le gritamos al señor que ya estaba a punto de atender a otra persona.

En casa del Toño, ya casi estaba todo listo. Las capas de barniz transparente estaban a punto de secarse, con lo cual la textura de la plastilina se protegía de mejor manera. El barniz se cristalizó como protección ante cualquier imprevisto no tan agresivo. Cuando regresamos, de inmediato nos pusimos a trabajar, La "madu" y el "tole" se plantaron en la mesa del comedor y con gran entusiasmo se prepararon a transcribir en las hojas de colores, la información que habían seleccionado previamente. Abrieron los libros y buscaron las páginas donde ya tenían subrayado con el rojo de un bicolor el contenido que acompañaría la explicación por escrito de nuestro trabajo. El "Sotelo" y el "pirata" de inmediato se dieron a la tarea de hacer los cortes necesarios para ajustar la entrada de la bombita a los extremos de las mangueritas. La "sony" mientras tanto se puso a recoger todo el tiradero que ya teníamos de los días de trabajo.

— *Tú escribe Lucha, tu letra está mejor que la mía,* dijo el "tole".
— *Bueno, pero me vas dictando y sugiriendo que color de plumín utilizamos.*
— *Órale, que los títulos sean con mayúsculas.*
— *Cuando terminemos te acuerdas de pegar con goma las hojas en un papel cascarón, los cortamos y pegamos en unos soportes para que se puedan ubicar inclinados a un lado del modelado.*
— *¿Todo esto lo guardo o lo tiro?,* preguntó la sony
— *Mejor lo tiramos ya es pura pedacería.* Le respondió la "madu"

Todo pintaba para que nuestro trabajo de equipo representara con la mayor de las dignidades el esfuerzo de todos. La verdad hay que reconocer que cada uno tenía sus cualidades y sabíamos explotarlas para el trabajo en colectivo. Ya era jueves y la exposición era para el siguiente día. En la escuela también había gran actividad preparando el gimnasio, escenario para la gran feria de biología. Gente de arriba abajo colocando el sonido, las mamparas, los estands, las mesas, pegando los carteles, arreglando la instalación eléctrica, barriendo y dejando el espacio listo para recibir el máximo esfuerzo de creatividad de los alumnos en el campo de las ciencias biológicas.

— *Vengan todos, que ya vamos a probar las bombitas para ver cómo funciona esto.*
— *Si, se necesita que alguien permanezca atrás accionando el mecanismo.*
— *Mientras que el "tole" haga un ejercicio de la explicación que se va a dar ante los jurados.*
— *Necesitamos asegurarnos de que el trabajo quede bien firme y que las bombas queden ocultas.*

— *Con las láminas de explicación colocadas en los laterales, podemos simular un biombo y ocultamos a quien este atrás.*
— *Y si llevo mi grabadora para poner música de fondo.*
— *Claro eso ambientará más la exposición.*
— *A ver, que cada quien se coloque en su lugar, vamos a iniciar el ensayo.*

Viajamos cerca de cuarenta y cinco minutos cuando las lenguas del asfalto de la ciudad empezaron a aparecer. Entramos a una maraña de calles, casas de cartón y de madera, otras de tabicón sin aplanar se alcanzaban a percibir, aunque en la oscuridad y ante la falta de alumbrado público todas se pintaban de gris oscuro. Uno que otro foco aparecía en alguna puerta, queriendo proteger con su luz a sus inquilinos. Casas que de una u otra forma reclamaban al camión el mal estado de su escape. Yo lo siento por la gente que ahí pernoctaba puesto que ha de ser muy molesto escuchar el estruendoso ruido del motor en cada esquina, a más de los perros que salían intempestivamente al encuentro de las llantas, queriendo encajar sus colmillos en ellas, ¿jugueteaban o reclamaban la intromisión en el territorio de su sueño?

Todavía con la mejilla en el cristal, alcanzaba a ver a los gatos caminar sobre las bardas, pintando de siluetas el paisaje nocturno. El "tigre" parecía dormir, pero yo mismo sabía lo que él estaba sintiendo. Balanceándose de un lado a otro, el chofer buscaba evadir los profundos baches que les presentaba la llegada a una glorieta, digna de la mejor locación para una película de terror. Tambos viejos, todos cochinos y doblados vomitando basura por todos lados. Penumbra y haces de pálida luz en algunas esquinas.

Papeles rodando de aquí para allá movidos por un ligero vientecillo que les daba vida. Puertas cansadas por el tiempo se cerraban y abrían lentamente produciendo un rechinido lastimero que daba miedo. Las casas que rodeaban la glorieta se encontraban visiblemente cansadas, recargadas unas con otras, todas cubiertas de una pátina de hollín producto de su diaria sobrevivencia. Hasta allí llegó a estacionarse el camión. Con paso acelerado empezaron a bajar los trabajadores cubriéndose sus rostros por el intenso frío perdiéndose de inmediato en las bocacalles, devorados por la urgencia de un ansiado descanso, espantando con su apresurado andar a las dueñas de la noche de ese lugar, las ratas que corrían para todos lados. Después de la última persona que bajo, el chofer acomodó un brazo sobre el respaldo de su asiento y girando su torso volteo a vernos y dirigiendo su mirada hacia nosotros, dijo.

— *Hasta aquí llegamos chavales, sigan por esa calle como unas 10 o 15 cuadras y se van a encontrar con una avenida muy grande, dan vuelta a la izquierda y se siguen derecho y como a otras tantas cuadras, se van a encontrar con unas oficinas de teléfonos, justo enfrente esta la central de autobuses. De ahí salen los camiones para su tierra. Pero váyanse con cuidado de que las calles están muy oscuras y por ahí luego se juntan algunas bolitas de malvivientes.*
— *Gracias por el aventón, nos dio una gran ayudadota.* Le dije con un aire de agradecimiento.
— *Si gracias, señor,* reafirmo el Toño.

Nos bajamos y caminamos apresuradamente en la dirección que nos indicó el chofer. Sin embargo, la advertencia nos puso en alerta y procuramos avanzar por donde no se veía gente, inclusive por momentos nos llegamos a detener y

buscar alguna calle alterna para continuar hacia la central camionera. Caminábamos como zombis pues para que negarlo, realmente nos abrigaban todos los miedos del mundo y el sentido de culpa se agigantaba. Así que, de vez en vez al levantar la mirada, esas luces parecían convertirse en monstruos con rostros burlones que se reían de nuestra desdicha, con gestos chuscos nos acosaban. Cuando llegamos a la avenida más grande la luz fue un gran alivio, el alumbrado público era bueno, aunque nos llegamos a topar con algunas lámparas fundidas. Con los hombros encogidos y las manos en los bolsillos, arrastrábamos los pies pensando en encontrar alguna corrida de camiones para regresar a nuestras casas, no importaba que llegáramos amaneciendo, lo importante era llegar.

Solo rompíamos con la tranquilidad de la noche cuando nos volteábamos a ver y nos preguntábamos si iríamos en la dirección correcta y nada murmurábamos. Así es que con la duda y la incertidumbre acompañamos nuestros pasos. La avenida parecía inacabable, a la distancia se percibía lo interminable y sin embargo el deseo de sentirnos más cerca de nuestras familias nos empujaba a seguir avanzando. Más cansados, pero continuamos. A esa hora no nos había rebasado ningún auto. Ya eran más de las 3:30 de la madrugada y el frío arreciaba. La aparente calma y el frío silencio fue abruptamente interrumpido por el "tigre" quien comenzó a patear —como producto de su preocupación— una lata de chiles olvidado en el tiempo, así lo demostraba su cuerpo oxidado casi en su totalidad. A cada golpe de zapato el bote se elevaba como en cámara lenta y el ruido se escuchaba con un eco bufón a la distancia. Al momento, hurgué con la mano el interior del bolsillo de mi pantalón y encontré lo que buscaba, el dinero que habíamos guardado

para los boletos del camión, no sabíamos cuánto cobraba, pero le calculamos.

Caminamos como otros treinta minutos y a lo lejos se empezó a vislumbrar el logotipo de Teléfonos de México, lo cual nos dio gusto puesto que el chofer nos dijo que justo enfrente estaba la terminal de autobuses. Así que apresuramos el paso —al mismo tiempo que el "tigre" recogía el bote viejo— para confirmar lo dicho y en efecto ahí estaba la central, extremadamente dormida. Conforme nos acercamos ya nos imaginábamos que muy pronto estaríamos a bordo de un autobús para trasladarnos hasta nuestro terruño. Y ahí estaba la central extremadamente callada. Ningún camión salía, ningún camión se escuchaba. Todo se veía sumamente tranquilo. Cruzamos rápidamente la avenida y nos dirigimos a la taquilla donde se alcanzaba a ver a una persona barriendo que suponíamos era la que atendía. Golpeamos con los nudillos de los dedos la ventanita. Mientras observábamos que había como cuatro camiones en formación para salir.

— *Señor, señor... ¿A qué hora sale el camión para Toluca?*
— *Señor queremos dos boletos, por favor.*

Con todo el enfado del mundo volteó la cabeza para mirarnos por encima de sus bifocales. Mientras con las manos acomodaba un montón de papeles en su cesto para la basura. Volvió su cabeza sobre ellos y continuo con su ocupación. Papeles y más papeles. Parecía que no nos había escuchado, así es que insistimos y volvimos a tocar, ahora más fuerte.

— *Señor, por favor dos boletos para Toluca.*

— *Voy, voy.* Repitió con voz cansada.

Qué quieren chamacos que no ven la hora que es, ya son casi las cuatro de la madrugada. La próxima salida a Toluca es hasta las seis de la mañana. Ahorita no hay servicio. Tendrán que regresar a esa hora.

— *Y no hay ninguna corrida que pase por la ciudad, aunque vayan más lejos.*
— *No ningún camión pasa por su ciudad. Así es que vuelvan después.*
— *Y por qué no nos vende los boletos y nos da chance de esperar en el camión.*
— *No muchachos eso no se puede, así es que déjenme trabajar y vuelvan a la hora que ya les dije.*

Cerró violentamente su ventanilla toda polvorienta. Mientras —nosotros— masticábamos nuestra impotencia, nos quedamos mirando y ya no dijimos nada. Ni una sola palabra, Todo se arremolinaba, frío, coraje, preocupación, pero sobre todo culpa, los dos sentíamos una pinche loza pesadísima de culpa. A un lado en la misma acera, se encontraba una pequeña tienda, donde vendían tortas y café para los choferes y trasnochadores. Una tele vieja colocada encima del refrigerador transmitía imágenes poco claras en blanco y negro. La recepción no era buena, pero eso no le importaba al que atendía, puesto que, en noches de soledad como esta, servía como la mejor de las compañías. Ni un cliente atendía esa noche. Ni uno y sin embargo era el momento para simular mantener limpio el negocio y dormitar de vez en cuando.

— *¡Listo!,* grito el "tole". *¿Qué les pareció? ¿Le quitamos o le aumentamos algo?*

— *Pienso que falto intensidad a la explicación y un poco de "histrionismo".*
— *¡Pinche pirata! Te sacaste la dominguera.*
— *Y que los que manejan las bombitas lo hagan a un ritmo más constante.*
— *También que el fondo musical sea un poco más tenue.*
— *Agreguemos un efecto de agua corriendo y unos latidos del corazón.*
— *¡Órale eso le dará más realismo!*

Eran los últimos detalles antes de la participación en el evento. La "sony" se hizo cargo de conseguir los efectos del palpitar de un corazón. Para estos tiempos era muy difícil tener una grabadora, pero ella sí la tenía, por eso es por lo que se aventó ese trompo a la uña. En la escuela se notaba una gran actividad, en los pasillos los alumnos pasaban apresuradamente, tomando todas las precauciones para que nada faltara en cada uno de sus trabajos y de sus presentaciones. La escuela se preparaba para una verdadera fiesta académica y hasta el compañero más desmadroso estaba metido en la preparación de sus trabajos. Los profesores se desvivían porque sus equipos fueran los mejores. El director no dejaba de repartir órdenes a medio mundo, principalmente a los conserjes.

— *Pancho, ya te fijaste que no haya basura debajo de las gradas.*
— *Mateo, ten cuidado con los macetones a la hora de colocarlos.*
— *Heyyyy tú. Ciriaco, que no vez que acá de este lado faltan sillas.*
— *Pancho le dices a Pastrana que se traiga los mejores manteles para la mesa de los jurados.*

— *Maestro Chava, que el profe de tecnológicas se haga cargo del sonido.*
— *Si mi direc...*

Por todo el auditorio se escuchaba la metralla del director preocupándose por el maquillaje. El escenario se estaba montando para la mejor actuación del estudiantado. En lo alto se erguía altivo y no sé si orgulloso, la presencia imponente de don Benito Juárez, pintura al óleo de excelente factura que permanecía atento al desarrollo de las actividades. El espacio estaba invadido por las hordas que corrían de un lado a otro, llevando y trayendo diferentes materiales. Así en tal dinamismo la noche fue haciendo acto de presencia, recorriendo sus cortinas para acabar con la luminosidad propia de un pesado día para todos.

Después de la tormenta viene la calma, reza una muestra de sabiduría popular. Poco a poco y foco a foco se fueron apagando las luces, ante la presencia del director, maestros, alumnos y trabajadores manuales, dejando preparado todo. Las manecillas nos marcaban —para ese momento— las 10:30 de la noche. Eso alcancé a oír cuando la maestra de naturales se despedía de su homólogo, el del tercero "C". También nosotros ya íbamos de salida. Caminábamos por el pasillo de piso de cantera que tantas suelas habían desgastado. Las de mis padres y hermanos, ahora las mías. Los cedros lucían de una manera distinta a cuando nos regalaban su sombra por las mañanas. Ahora lo que nos presentaban eran un juego de sombras que por momentos atemorizaban y más aún cuando sabíamos que al despedirnos de los cuates, tendríamos que caminar unas cuantas cuadras solos.

— *Bueno, hasta mañana, mencionó el "Sotelo".*

A lo cual cada uno respondió, mientras nos dábamos un fuerte apretón de manos, seguido de manera muy sincronizada de un deslizamiento de palmas hasta desprender las yemas de los dedos de una forma violenta, para de inmediato cerrar el puño y nuevamente proceder a chocar los nudillos con nudillos. Este saludo de despedida lo hacíamos con cada uno de los cuates, con las chicas la despedida era de lo más normal. Todavía la "madu" nos recordó nuestras obligaciones y responsabilidades, para tenerlas bien presentes al siguiente día.

Me di la media vuelta y apresuré el paso. Cada uno emprendió su camino. Las calles todavía no lucían desiertas del todo, pero siempre se le tiene respeto al silencio y a los imponderables de la noche. Varios postes de luz solo mantenían el recuerdo de que eran los responsables de brindar seguridad al paso de los noctámbulos y sólo mantenían la agonizante presencia de sus lámparas colgantes, que se mecían de un lado a otras movidas por el más ligero de los vientos. Peligro para el transeúnte, sí, pero casa y abrigo para las golondrinas que en su diario vaivén se daban la tarea para transportar hasta la más mínima pajita, varita o zacate y así construir los nidos donde alojarían a sus polluelos. Nada tontas puesto que el movimiento de las lámparas seguramente servía de arrullo para las golondrinitas. Afortunadamente la casa no estaba retirada, por lo que no tarde mucho en llegar. A, pero eso sí, en el camino no dejaba de imaginar el desarrollo de la gran premier del siguiente día. Construyendo y reconstruyendo la presentación de nuestro trabajo.

Desilusionados por querer llegar lo más pronto posible a nuestras casas, solo nos quedaba esperar. Pensamos entrar en la lonchería, pero ya sabiendo cuanto nos iban a cobrar,

no nos alcanzaba ni para un café. Todavía teníamos que pagar el urbano. Nos sentamos a la orilla de la banqueta y completamente acongojados nos dispusimos a masticar nuestro dolor. No me di cuenta en qué momento el "tigre" armó un balero con el bote que guardó entre sus ropas, una vara vieja, una cuerda desgarrada y el bote oxidado fueron suficientes para tomar un respiro.

— *¿Jugamos un cien pirata?*
— *Te gano.*
— *Pues órale, nos lo echamos.*

Me levanté con un cierto desgano y tomé al sustituto de balero. De un movimiento lo lancé al aire y di el muñecazo en el momento preciso para hacer virar el bote y dirigir su descenso en dirección del palito, cayendo justo allí, donde lo había pensado. El ruido de lata vacía fue lo único que se oyó en el ambiente.

— *¡Cinco! Le dije rápidamente.*

y de inmediato vinieron los siguientes capiruchos.

— *¡Veinticinco, cuarenta y cinco, sesenta y cinco, ochenta y cinco y paso!*
— *Así serás bueno el bote tiene semejante hoyote.*
— *Es igual, ya te tocará a ti.*
— *Ay te van los vientos.*

Empecé el movimiento de balancear el "botebalero" hacia el frente y atrás, dibujando un círculo, haciéndolo pasar a un lado de mi brazo, primero por la parte exterior y luego el mismo movimiento por la parte interior, así hasta completar

diez —vientos— y repetir el muñecazo para volver a ensartar al bote.

— *¡A huevo!* Exclamé cuando vi caer el bote sobre la vara.
— *Tranquilo, ahorita te gano güey.* Me advirtió con cierto desenfado.

Nueve, ocho, siete, seis, cinco vientos y no fallaba. Cuando venía en el aire el número cuatro me distraje con el sonido de una ambulancia de la cruz roja que corría a toda prisa librando —seguramente— una cruenta batalla contra la muerte. Cuando reaccioné el botebalero venia en franco descenso aterrizando fuera de mi alcance. El "tigre" se mesó los cabellos, se frotó las manos y me dijo con firmeza.

— *Ya te chingaste pinche "pirata", ahora va mi turno.*
— *Eso quiero ver, a ver si de veras ruges mi "tigre".*

Tomo el bote y preparó sus movimientos. El primer cinco fue exacto, y para asegurar no fallar decidió ir de diez en diez, tomando el cordel con la punta de los dedos de la mano izquierda, para evitar que el capirucho se le complicara. Quince, veinticinco, treinta y cinco. Mas movimientos, pero menos difíciles. Fue entonces que no me pude contener y solté tremenda carcajada.

— *De a viejita no se vale puto tigre.*
— *¿Qué?, No me importa, lo bueno es ganarte.*
— *¿Císcalo diablo panzón!, le dije en tono burlón.*
— *Cuarenta y cinco, cincuenta y cinco, sesenta y cinco, contaba con mucho ánimo.*

Más cuando venía el setenta y cinco, que se le reviró la distracción. Y justo cuando venía descendiendo el bote, el ruido de la cortina de la lonchería lo hizo voltear intempestivamente cuando el dependiente de un solo jalón la hizo rebotar en el piso. Instante preciso para que viniera el fallo del tigre.

— *Ni a los vientos llegaste pendejo.*
— *Me sacó de onda ese güey.*
— *Yo casi llegaba al palito.*

El rechinido lastimero del metal con carencia de grasa nos devolvió a la realidad, al momento difícil por el que estábamos pasando. Nos volteamos a ver y nos preguntamos al unísono.

— *Cómo qué hora será.*

Inmediatamente recorrí el puño de mi suéter y descubrí el reloj negro de correa cuarteada. Voltee a mirar sus números rojos que brillaban en la semioscuridad intensamente, aparecía las 4:55 de la madrugada.

— *No mames, todavía falta una hora para la salida del autobús.* Le dije con angustia.

La preocupación había vuelto a nuestras conciencias. El botebalero quedó abandonado a la orilla de la banqueta. Nuevamente basura sin sentido. La difícil situación que vivíamos sepultó la emoción espontánea del juego. La ausencia de ese distractor y la quietud de permanecer nuevamente sentados en la banqueta tuvo su consecuencia, el frío empezó a resentirse en nuestros cuerpos. Prácticamente empezamos a titiritar. Ya había escuchado

decir que es a estas horas de la madrugada es cuando más arrecia, pero no lo había vivido.

— *Pinche frió,* dijo el "tigre".
— *No hay de otra que buscar donde medio cubrirnos.*

Volteamos a nuestro derredor. La Central camionera desierta. La lonchería cerrada. Las calles vacías. La ciudad en completo reposo. Vengan aquí, pareció escucharse. Aquí, volvió a repetirse. Pusimos más atención y dirigimos nuestra vista a donde pareciera se originaba la invitación, eran las casetas telefónicas que se encontraban en la otra acera. Cruzamos y sin pensarlo dos veces nos metimos a guarecernos en una de ellas. Cerramos la puerta transparente y nos sentamos lo más cómodamente, todos hechos bola y dispuestos a tragarnos el tiempo lo más pronto posible.

El día "D" había llegado. Las calles cercanas a la Secundaria se veían inundadas de los estudiantes que impecablemente portaban sus uniformes. Ellas bastante atractivas y ellos con buenos intentos de gallardía. Se cumplía la sabiduría de la naturaleza, cuando los Teachers nos dijeron que las niñas maduran más tempranamente que los niños. Ellas con sus primeros polvos, rimeles y delineadores. Maquillaje que daban una verdadera transformación a sus rostros.

— *Eres tú Sonia.* Le pregunté con gran asombro.
— *Órale no empieces a chotear.*
— *No te enojes, es en buena onda.*
— *Si tu como si no te conociera.*

— *Es en serio te vez muy guapa.* Con cuanto trabajo se escaparon esas palabras de mi boca, así es que cambie de conversación.
— *Entonces, ¿Todo en orden, pa' nuestra presentación?*
— *Si todo en orden.*

Más adelante en la puerta principal nos encontramos a Lucha, la "madu" y al "Sotelo". Su presencia nuevamente motivo el chascarrillo del "Sotelo".

— *No te vayas a caer de tus edificios.* Le dijo, haciendo alusión a sus zapatos de tacón, de un alto tacón de aguja.
— *Tu qué crees que es la primera vez que me pongo unos zapatos altos.*
— *Yaaaaaaa, no aguantan nada.*

Caminamos por los pasillos, sorteando a los compas que invadían el espacio. Había más gente que nunca puesto que se invitó a maestros y alumnos de otras escuelas. Además, los padres de familia también podían asistir a la exposición de sus hijos. Cuando entramos al auditorio ya habían llegado el "tole" y el "tigre". Nos saludamos con el clásico entusiasmo de estar a punto de presentar nuestro trabajo.

— *Creo que no nos está faltando nada.* Dijo el "pirata".
— *Sólo hay que tener todo bien preparado.* Indicó la "madu". *Por cierto, Sonia, conseguiste la grabación de los latidos del corazón.*
— *¡Si!*, respondió la "sony", *quedo bien ya la probé en casa, se escuchan claramente los latidos y el correr de la sangre. Miren escuchen un poco y oprimió la tecla de su grabadora que llevaba en la mano.*

— *Qué padre se oye.* Se escucho decir al "tigre" desde lejos.
— *Entonces deja la cinta preparada.* Dijo el "tole".

Todo y todos estaban en su lugar. Faltaban como cuarto para las nueve de la mañana, cuando la gente empezó a tomar su sitio. La maestra se acercó a preguntar si ya no faltaba nadie y si no nos faltaba nada.

— *Todo en orden maestra*, contesto la "madu".
— *Que ya nadie se vaya, ya va a empezar la ceremonia y de inmediato hacen su recorrido los jurados.*
— *Si no se preocupe, aquí los estaremos esperando.*
— *Hablen fuerte y no se vayan a poner nerviosos.*

Nos recomendó por último la teacher. Aunque tal parecía que la más nerviosa era ella, puesto que no se había fijado que su fondo blanco se le asomaba, haciendo contraste con el azul marino de su falda. Nosotros ahogamos una risa picaresca. Sonia al darse cuenta, le pidió que se agachara un poco y le comentó al oído su descuido, a lo que reaccionó de inmediato. Con la mayor de las discreciones para ella, y la mayor de las evidencias para la gente que la rodeaba, se jaló como pudo sus ropas esbozando una ligera mueca y pintando sus mejillas de un rojo encendido.

Esto sucedía mientras por las cornetas del sonido empezaba la palabrería del director y de los responsables de la academia de Biología. Palabras más, palabras menos no fueron suficientes para que el silencio total se apareciera. El nerviosismo se convertía en susurro. Las palabras en voz baja parecían abejas revoloteando. Hice un recorrido con la mirada y casi pude leer el pensamiento de los participantes

deseando que ya se callaran y que el tiempo avanzara de prisa para rápido salir del compromiso.

Sus deseos fueron cumplidos. Así lo pensé cuando vi que el maestro de ceremonias invitaba a los jurados a recorrer la exposición de trabajos y a escuchar la explicación de cada equipo. Los maestros fueron abriendo paso entre la gente que obstruía las escaleras, algunos bajaban con mayor dificultad puesto que se apoyaban en sendos bordones. Eran maestros de gran reconocimiento académico y también de muchos años de experiencia acumulada. Los invitados los empezaron a rodear cuando se aprestaban a presenciar los trabajos de los primeros equipos, a tal grado que impedían ver el desenvolvimiento de los compas. El semicírculo avanzaba solo cuando se escuchaba un aguacero de aplausos, señal inequívoca del fin de la presentación de algún trabajo.

Desde mi lugar observaba todo. Había mucha algarabía, unos por la angustiante espera y los otros —los que ya habían expuesto— por considerarse anticipadamente triunfadores. "Tole" —mientras tanto— hacía un cambio físico con sus notas. Las doblaba y las desdoblaba. Las arrugaba y desarrugaba. Las guardaba en el bolso trasero de su pantalón para de inmediato sacarlas. El jurado se acercaba cada vez más y los papeles sufrían cada vez más en sus sudorosas manos.

— *Nos toca, nos toca*. Advirtió la "madu".
— *¡Órale ya seguimos!* Susurró el "Sotelo".

Todos nos erguimos y nos dispusimos a participar. Lucha y Sonia como edecanes enmarcaban nuestro Sistema Circulatorio que se encontraba altivo al centro, evitando

que la gente se empujara y diera al traste con el escenario dispuesto. Los cuadros explicativos a su lado con letra en múltiples colores y bien trazadita. Todas en tercera dimensión, parecían de imprenta me cae. El "tigre" y el "pirata" atrás, bien ocultos para no descubrir el secreto de la máquina que haría circular la sangre en nuestra maqueta. Nos guiaríamos por la voz del "tole" al discursar la información. Por puro oído sabríamos cuando circular la sangre por las arterias y cuando por las aurículas. Y cuando juntas. El "Sotelo", agachado tras los letreros activando la grabadora, subiría y bajaría el volumen según lo ya previsto. Para hacer más impactante la explicación.

El "tolé" al centro, parado con firmeza y seguridad dio paso a su oratoria. Bueno como siempre el cabrón. Efectivo como nunca el cabrón. La maqueta parecía que cobraba vida a cada palabra y al igual que el discurso del "tole" empezó a llamar la atención. El modelado resalto su textura, su brillo, su color exigiendo costales de comprensión para los escuchas. El movimiento aunado al sonido exaltaba los sentidos. La imagen y la palabra atraparon a los jurados. La expresión atenta, aunque de vez en vez volteaban a mirarse y se cuchicheaban algo al oído. La maestra asentía con la cabeza y se frotaba las manos. Seguía a detalle la sintonía de la participación. Los padres de familia se mantenían expectantes a lo que sucedía. Las tensiones se iban liberando, esperando alcanzar su clímax.

— *...y como todos se habrán dado cuenta*, —dijo el tole envuelto en la emoción— *qué importante es conocer nuestro cuerpo y sobre todo su funcionamiento, ya que de ello depende en gran medida, el futuro de vivir con la salud necesaria*

para disfrutar del tiempo que nos toque permanecer sobre este mundo ¡Gracias!

Terminado de decir esto, todos nos impactamos al escuchar el tremendo aplauso que nos brindó la concurrencia. Incluyendo a los jurados que pidieron la palabra para externar una felicitación anticipada.

Nos acurrucamos espalda con espalda, para compartir un poco de nuestro calor corporal. La caseta era estrecha que nuestras rodillas pegaban en las paredes laterales, frías como el hielo, puesto que eran de lámina. Al principio quisimos dormir, pero ni siquiera hubo el intento de dormitar. Permanecimos por mucho tiempo en completo silencio. La preocupación se agigantaba y la angustia también. ¿Qué estará pasando con nuestros padres?

— *¿Alguna vez habías pasado la noche fuera de tu casa sin avisar Toño?*
— *No, nunca. Había llegado muy noche y hasta de madrugada, pero avisando.*
— *Ni yo. No sé cómo pudimos hacerle caso a tu pinche primo.*
— *Si pues, te juro que jamás me paso por la cabeza, que nos hiciera esta chingadera.*
— *Pues la verdad yo lo creí buena onda.*
— *Cómo que invitarnos a una fiesta por acá en un lugar que jamás había conocido. Y eso que somos familia.*
— *Si güey pero la culpa no la tiene él, sino nosotros por ingenuos, por pendejos.*
— *Yo le creí que nos íbamos a regresar como a eso de las once o doce de la noche.*

— *Pues a lo mejor esa era su intención, pero viste como empezó a chupar.*
— *Eso fue lo que regó el tepache. Se puso bien pedo. Aunque a lo mejor él ya tenía la intención de quedarse, sabía que tenía que manejar de regreso.*
— *No sé, pero se portó bien ojete y mira la bronca en la que nos metimos.*
— *Todavía me parece escucharlo diciendo. Vamos no se preocupen son apenas las dos de la tarde. La fiesta va a estar de poca. Si nos alcanza el tiempo para regresar, aunque sea algo noche. Hijo de su pinche madre.*

Nuestro diálogo fue interrumpido por un ruido de botas pisando firmemente el pavimento. Nos levantamos despacito y nos asomamos por el cristal de la puerta. Eran los del "penta" que salían a realizar sus ejercicios marciales cuando aún era de madrugada. Un, dos. Un, dos. Un, dos se oía gritar al comandante. Nuevamente levanté mi brazo para ver la hora y ya eran las 5:20. El ruido y sus figuras se fueron desapareciendo a la distancia. Volvimos a nuestra posición anterior y continuamos nuestro diálogo. Procurando evadir los chifloncitos de aire helado que se escurrían por entre las rendijas de la caseta.

— *A que ora empezarán a vender los boletos.*
— *No sé, pero hay que estar atentos. No te vayas a dormir pinche "pirata".*
— *Ni pensarlo.*
— *No sé qué hubiera pasado si no le volamos el radio de pilas que dejo en su coche.*
— *Si, yo traía nomás lo del pasaje de mi urbano.*
— *Lo bueno es que nos lo compró ese señor del primer pueblo que cruzamos.*

— *Seguramente le convino porque no repeló.*
— *Lo que nos pagó apenas si cubre lo de los pasajes. Lo bueno es que nos alcanzó para esos tacos.*
— *Si güey, pero ni me los saboree por el cansancio y la preocupación.*
— *Si güey ni me supieron a nada. Es más, ni hambre tengo todavía.*

De repente nos paramos como si nos hubiesen puesto un cuete allá por donde les platique. La reacción fue inmediata cuando escuchamos encender el motor de un autobús. Rápido nos salimos de la caseta y cruzamos a grandes pasos la avenida, mirando a los lados porque ya empezaban a pasar esporádicamente algunos coches. Así en unos instantes ya estábamos parados frente a la ventanilla. Éramos los primeros, pero quien sabe de dónde empezaron a llegar otras personas. Pocas unos tres o cuatro a lo más. Seguramente obreros que entraban muy temprano. Justo a la media se recorrió la ventanilla y se oyó una fuerte voz.

— *Hasta dónde van.*
— *A Toluca señor. Dos a Toluca.* Le dije con voz temblorosa.
— *Aquí tienen.*

Y nos extendió los dos tan ansiados boletos. Con el solo hecho de tenerlos entre las manos sentimos acortar la distancia que nos separaba de nuestras casas. Más personas empezaron a llegar a la fila de la compra de boletos. La central cobraba vida rápidamente. La cortina de la lonchería volvió a rechinar al ser levantada para iniciar una nueva jornada. A un lado llegó una señora de avanzada edad con su rebozo enredado en la cabeza, jalando un carrito de valeros, cargando un perol de tamales y una enorme olla de

atole. Qué bueno que pasamos junto a ella cuando todavía no empezaba a vender, porque el vaporcito que escapaba de los tamales y el atole olía muy rico. Además, ni pensar en comprar algo, sabíamos que no llevábamos dinero. Caminamos directamente hacia el autobús y subimos con el ansia de haberlo hecho desde muchas horas atrás. El chofer intentaba acomodarse un remilgo de corbata para sentirse más presentable ante sus pasajeros, aunque su cabello se encontrara todo desaliñado y el clásico chaleco estuviera abotonado desordenadamente. Nos recibió los boletos, los rompió por la mitad sin dividirlos por completo y nos los regresó.

Como fuimos los primeros en subir el camión estaba completamente vació. Así es que escogimos los dos asientos de enfrente. Nos acomodamos y permanecimos sin decir nada. Sólo veíamos como la gente pasaba a nuestro lado cada uno arrastrando sus propias historias. No tardo mucho para que el bus se llenara. Mientras tanto el chofer se mantenía peleando con su pelo, se pasaba con fuerza las manos sobre su cabeza intentando aplastar esos irreverentes gallos. No dejo de hacerlo ni cuando bajó a comprar un tamal y un atole, los cuales fueron consumidos con rapidez. De unos tres brincos llegó nuevamente a su asiento, cerró la puerta y pisó el acelerador cubriendo el espacio con una nube de smog. Mmmmmm que sabrosos tamales. Iniciamos el viaje de retorno con el radio a todo volumen. Se escuchaba entonar una populosa canción... *goza tú con mi derrota, yo tu triunfo lloraré, que te importa dejar rota, esta vida que se vaaaaa.*

Todavía prevalecía la penumbra cuando empezamos a abandonar la enorme ciudad. Nuestras miradas estaban clavadas en la cinta asfáltica que cual vil tapete se iba

desenrollando ante nosotros. Nos acomodamos en los deshilachados asientos y permanecimos casi la mitad del camino en silencio. Parecía que por fin el cansancio haría presa de nosotros. Nadie nos atrevíamos a decir lo que en ese momento estábamos pensando. Pero la quietud de nuestro rostro, nuestras manos, nuestro cuerpo no representaba lo que en realidad estaba sucediendo en nuestras cabezas. Fue el Toño quien acabó con la incertidumbre.

— *No mames pinche pirata, mi padre me va a poner una madriza, es bien canijo.*
— *Yo ni me lo quiero imaginar güey.*
— *Quien sabe que haya pasado durante la noche.*
— *Si cabrón no nos la vamos a acabar.*
— *Ya no me van a dejar salir ni a la puerta.*
— *De una cueriza no me voy a escapar, de eso estoy seguro.*
— *Ya no me van a creer cuando tengamos que hacer otro trabajo en equipo.*
— *Cierto, a mí también, pero acuérdate que el próximo viernes tenemos que presentar el trabajo de Biología. Y es nuestra calificación final.*
— *Ahorita no me hables de eso, que no vez que "no está el horno para bollos".*

Mas silencio. Silencio por el resto del viaje. Silencio que desapareció a la llegada de la terminal, donde la vida se aceleraba como si pronto se fuera a acabar. Ya había amanecido por completo y la gente caminaba a toda prisa para todos lados. Viajeros, vendedores, cargadores, taxistas y supongo que uno que otro carterista. Bajamos y recorrimos los pasillos casi corriendo. Ya no teníamos

ánimo para pensar lo que podría pasar. No, ya queríamos enfrentar lo que nosotros mismos propiciamos.

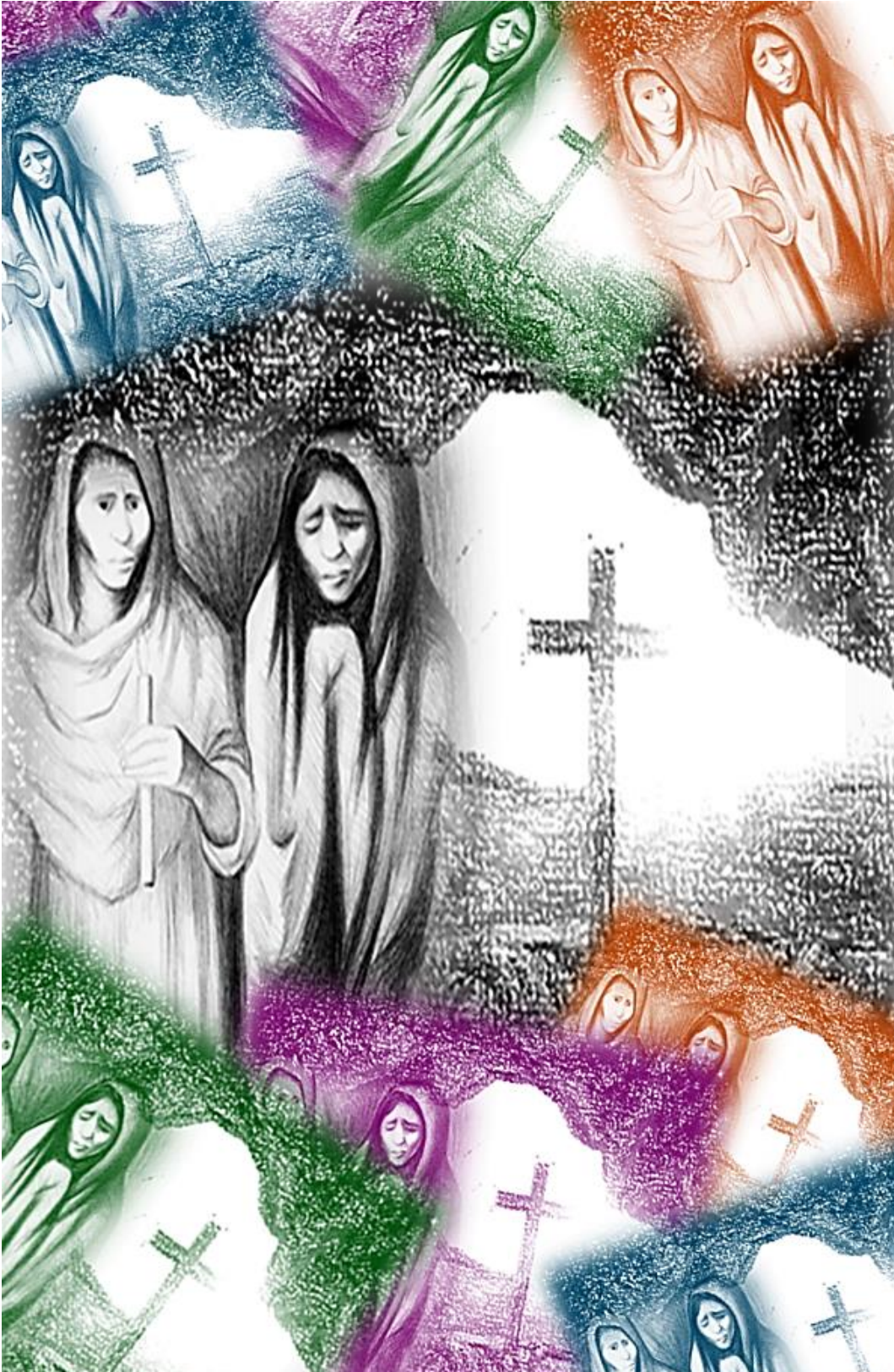
Ya afuera, nos despedimos y nos deseamos toda la suerte del mundo. Abordé el urbano en la esquina repleto de alumnos que se encaminaban a sus escuelas. Nosotros deberíamos estar haciendo lo mismo, pero... Aunque el camión iba bien lleno, inconscientemente hui del bullicio de los chavos que jugueteaban, gritaban y se empujaban y aunque los apretujones eran fuertes, yo no estaba ahí con ellos. Lo que quería era ya llegar. No vivía muy lejos, por lo que en unos quince minutos estaba bajando del camión casi enfrente de mi casa. Caminé los pasos que me separaban de ella sin que nada existiera a mí alrededor, más que la imagen de la casa. Ya cuando estuve parado frente de ella, me rasqué la cara. Medio acomodé mis largos cabellos. Acomodé mi suéter. Respiré hondo y toqué tímidamente la puerta de lámina. Entonces esperé un poco mientras se escuchaban unos pasos apresurados por alcanzar la cerradura. De un violento jalón se abrió, y...

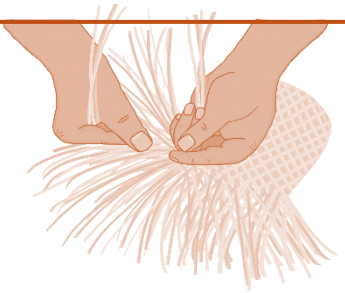
Solo esperamos que el jurado avanzara hacia el siguiente grupo para descomponer nuestras solemnes figuras. Tan luego nos dieron la espalda y se ocuparon, nos abrazamos y saltamos de gusto. Sabíamos que el esfuerzo había rendido buenos frutos y las expectativas avivaron su fuego. Continuaron las presentaciones y los aplausos al término de cada exposición. Ya cerca del mediodía estaban concluyendo las intervenciones. Fue entonces cuando a través del micrófono, se invitaba a los maestros del jurado a tomar sus lugares en el presidium.

— *Llámales a los compañeros porque ya van a anunciar el veredicto.* Pidió la “madu” al “Sotelo”.

— *El "pirata" está en la tienda.* Mencionó la "sony".
— *Si que no se tarden.* Dijo el "tole".

Toda la escuela se aprestó a tomar sus lugares. La mayoría de los papás y los invitados sentados en las gradas. Otros parados frente a sus trabajos expuestos. Había quién se apretujaba en los accesos de entrada. Los participantes que faltaban no tardaron en llegar. Los maestros eran ahora los más nerviosos, pues se jugaban su prestigio, algunos caminaban de aquí para allá. Había quien incluso se tronaba los dedos mientras se ponía de acuerdo el jurado. Esperamos expectantes, solo se escuchaba un murmullo. Eso sí, todos seguimos con la mirada el paso lento y cansado del presidente, desde su silla hasta el micrófono. Se paró frente al pedestal. Golpeó con su puño el micrófono para verificar si estaba prendido y procedió a felicitar a todos en su conjunto, a los directivos, los maestros, pero sobre todo a los alumnos. El clásico rollo, recuerden de que todos son ganadores, sin embargo, tenemos que elegir al equipo que representará a la escuela en la feria estatal de biología, por lo que los lugares quedan de la siguiente manera: el tercer lugar lo ocupan los alumnos del segundo "C" que presentaron el trabajo de la "célula". Carretada de aplausos y rostros satisfechos, aunque no del todo porque la mayor satisfacción es trabajar por el primer lugar. El segundo lugar lo obtienen los alumnos del tercero "D" que explicaron la maqueta de los "vertebrados". Vivas y bravos y más aplausos. Y el primer lugar es para… Qué más da ¡Aquí ganamos todos!





A Chalma…

por el camino viejo

Me tiemblan hasta los huesos, y es que en esta época el frío es realmente irresistible. Comentaba a mí mismo mientras observaba con mucho detenimiento, como el ligero viento que corría, esparcía las brasas que se iban desprendiendo de los leños de la fogata, que nos brindaba un poco de calor a quienes por momentos rodeábamos la lumbrada, brasas que por instantes aún mantenían su color rojo incandescente, para conforme se iban alejando volverse blanquizcas y finalmente caer sobre los sombreros, gabanes, cotorinas, chales, quetzquémiles o al suelo ya grises…

Todos nos encontrábamos lo más abrigados posible, los jarros de café eran envueltos por las manos en busca del calor que desprendían, y placenteramente veía como no descansaban en ir de las manos a las bocas, dejando una estela de vapor en el recorrido, muestra del deseo de intentar obtener algo de su calor para nuestros cuerpos, porque el pinche frío nos calaba retiarto.

Y qué decir del pan que doña Petra y sus hijas repartían en unas charolas desas que en algún tiempo regalaban algunas cervecerías, pan bolillo o teleras calientitas, o también tamales que rápidamente se iban escapando del chiquihuite. Cubiertas con sus rebozos, hasta solo dejar entrever la tristeza de sus llorosos ojos, iban y venían de la cocina sin descanso. Así las vide la mayor parte de la noche…

— *Meréscalo su cafecito y su*
— *pancito compadrito…*
— *Ándele cómaselo un tamalito…*

Sí, estábamos velando a su difunto esposo don Fidencio. Levanto la mirada y alcanzo a ver como todos manteníamos una posición muy encorbada, como queriendo no dejar escapar el calorcito de nuestro regazo, mientras nuestras manos no paraban de frotarse y de vez en cuando eran llevadas a la boca, y así entrelazadas recibían un aliento vaporoso y calientito.

Los más viejos se mantenían en completo silencio bajo sus gabanes, con la mirada fija en lo más profundo de la fogata, cavilando en que cada día que pasa, bien pudieran ellos ser motivo de la próxima reunión de duelo, casi adivinaba el pensamiento de don José, de don Pedro y don Camilo, a través de esos rostros de carnes recias y trabajadas, en donde cada surco de su piel era fruto del intenso trabajo realizado en el campo. Yo, tendría como doce años. Y estaba ahí, velando los restos del señor Fidencio que era compadre de mi abuelo. Conforme se adentraba

la noche, el frío pegaba más duro. Cuantas veces vi al Frocelo arrimar más y más madera para avivar la lumbre, que en ocasiones parecía que también moría. Así también la plática, por momentos se volvía casi una algarabía, inclusive se llegaban a escuchar algunas sonoras carcajadas de los ahí presentes, producto del aguardiente y los chumiates que al igual que los cafés se andaban repartiendo.

— *Otro café con "piquete" señor Pascual…*
— *Usted señor Aureliano.*

La medianoche se acercaba… !aaah¡ y el frío se estaba poniendo más cabrón, pues calaba hasta los huesos. Como envidiaba estar en la cocina junto a las señoras cocineras que ya estaban preparando la comida que se repartiría al otro día… después del entierro. Allí sí que hacía calor, pues en varias ocasiones que me acerque pude ver inclusive como las señoras se secaban el sudor con sus mangas guangas y roídas… Ahí también la charla era muy amena, tan así que hasta por momentos llegaba a pensar que olvidaban que estábamos en un velorio.

Varias veces entre al cuarto donde estaba la caja del muerto. Iba y me sentaba muy despacito, procurando no hacer ningún ruido, porque desde la tardecita estuvimos esperando a que llegara la señora Cleofás, era una señora ya muy viejita que siempre la llamaban a los velorios para decir los rosarios y cantos para el difunto. Allí me quedaba por ratos, mirando fijamente el ataúd, pensando en que ahí adentro estaba don Fidencio, aquel señor que siempre fue muy malo con la mayor parte de la gente del pueblo, aquel señor que de repente se hizo muy rico. Y entre más rico más malo, siempre nos hacía chingaderas.

A mi padre le quitó los únicos dos cochinitos que teníamos… disque por un dinero que nunca le pudo pagar. A la Margarita le hizo un hijo, abusando de ella, muy a la mala… A don Filemón le mandó quemar sus arcinas… hay quien dice que él mando matar a los hijos de don Cipriano… era muy malo…

Sin darme cuenta —porque estaba metido en mis pensamientos— me fui quedando solo en el cuarto… él era muy malo y, sin embargo, su caja estaba rodeado de muchas flores, ceras y veladoras. Ya completamente sólo… me fui parando lentamente de la desvencijada silla, y me eché de harto valor para acercarme a la caja que tenía la tapa levantada, me acerque muy despacio… lentamente…más y más… hasta que pude alcanzar a mirar su rostro pálido… descolorido… de su boca salía una bola de algodón, y sus ojos entreabiertos parecían reclamar el que yo lo estuviera mirando. Por un momento me pareció ver que hacia una mueca de enojo.

!De repente¡… sentí que mi cuero se ponía chinito… chinito, como cuero de gallina y deje de escuchar el alboroto que había en el patio. La luz del foco y de las velas fueron desapareciendo… todo se ponía cada vez más obscuro… y un miedo… un chingado miedo me empezó a hacer temblar. Un silbido, sí un silbido empezó a atravesar mis oídos, cada vez más recio e intenso… tanto que me tape las orejas con las palmas de mis manos, y de pronto todo se apagó. Un estruendo como el de una explosión de muchos cohetones se escuchó en todo el pueblo. Hasta ese momento recuerdo, pero después que desperté del desmayo los mayores corrían para todos lados en completo desorden. A mí me tenían en sus brazos mi abuelo y mi papá con una cara de miedo más que de asombro, el cuarto estaba completamente en penumbra y había una especie de humo que poco nos dejaba ver, las velas y las ceras se apagaron y las flores estaban regadas por todos lados… un olor espantoso y penetrante a azufre nos impedía respirar normalmente.

Gritos… más gritos… muchos gritos y un berrido de llanto y dolor se escuchó cuando la señora Petra se acercó a la caja del muerto y se dio cuenta que el cuerpo de don Fidencio ya no estaba allí adentro.

— *Se lo llevó el diablo, murmuraban todos…*

— *Sí porque para hacerse rico, él le vendió su alma al diablo...*
— *Por eso era reti malo…*

Al otro día, durante el sepelio muy poca gente acompañó a la familia al panteón. En el pueblo la gente se había recogido en sus casas, había un ambiente de miedo y de temor entre todos, sabían que la caja que llevaban en andas no contenía un cuerpo, sino un costal de tierra para que pesara, y así, imaginar que llevaban a enterrar a don Fidencio. Así se llevó a cabo ese entierro.

Varios años después, sus hijas iban en peregrinación hacia el santuario del señor de Chalma, por el camino viejo, la gente del pueblo empezaba a caminar en la noche, llevando mulas o caballos con las provisiones necesarias para caminar hasta el amanecer.

Cuentan que después de varias horas de recorrido, cuando ya algunos se habían adelantado y otros por cansancio se iban quedando retrasados, sus hijas que ya iban en la cola de la peregrinación alcanzaron a ver en medio de la oscuridad del monte una intensa luz que les llamó la atención a la orilla del camino, al acercarse vieron con asombro la boca de una cueva.
El miedo las empezó a envolver y quisieron gritar… pero su grito se ahogó en sus gargantas. Sintieron que algo sobrenatural estaba pasando… al momento escucharon una voz que les llamaba. Una voz que les hizo sentir como un viento helado recorría todas y cada una de las partes de su —para entonces— tembloroso cuerpo.

— *Vengan… acérquense… y entren…*

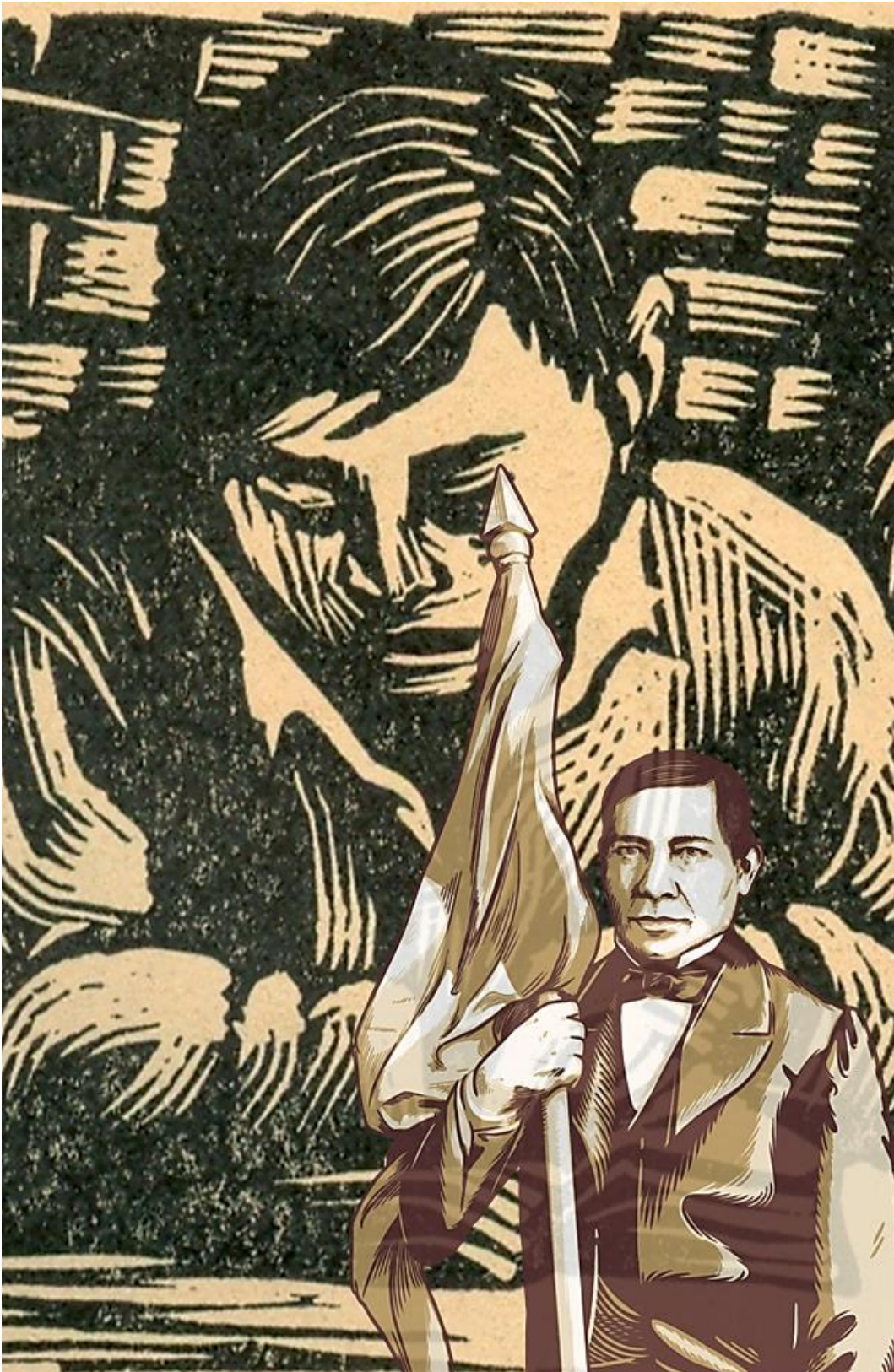
Sin querer comenzaron a caminar en dirección de la entrada de la cueva, ya cuando se encontraron de frente y pudieron mirar hacia el interior… ¡Cuál sería su sorpresa? ya que se encontraron de frente con su padre… ! Sí¡… con don Fidencio, atado a las

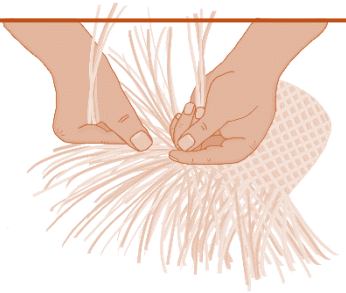
rocas con cadenas de manos y pies, rodeado de una inmensa riqueza en monedas de oro y joyas.

Al principio su ambición las llevó a intentar recoger algunas monedas, pero su padre con un grito las detuvo, y les pidió que para que su cuerpo descansara en santa paz, le organizaran un novenario de misas y rosarios...

— *Vengan acérquense… no tengan miedo… para que les crean lo que están viendo, quítenme el cinturón y llévenlo al pueblo como muestra de que verdaderamente ustedes me han visto.*

Así lo hicieron, y cuando lo tuvieron en sus manos la cueva desapareció. Como es de pensarse cuando alcanzaron a los demás corriendo, desfalleciendo… y les contaron lo que había sucedido… no les creyeron, comentaban todos que había sido mucha la impresión que se habían llevado con lo que pasó en el sepelio de su padre… más cuando les mostraron el cinturón que llevaba puesto cuando lo enterraron, todos comenzaron a dudar… Los novenarios empezaron en el santuario de Chalma y terminaron en la iglesia del pueblo. Esperando todos que el alma de don Fidencio alcanzara su eterno descanso.





Se llamaba Benito...

Si que está fría la mañana. Levanto la mirada y todo parece estremecerse ante el crudo invierno que se avecina. El paisaje nos recibe con tonalidades dignas de un cuadro, que va del negro intenso, a la más grande variedad de grises. Y en un alto contraste, el humo blanco que se desprende de las rendijas de las casas se eleva, como queriendo abrir brecha por donde los fríos inicien su andar de regreso. Vapores que dan muestra del fin del sueño nocturno que abrazo al pueblo por horas que parecían no terminar nunca.

Los gallos fueron los primeros en sacudir ese sopor que junto al crudo clima le había mantenido enteleridos. Todavía prevalecía la oscuridad cuando el silencio se vio interrumpido por el canto de los gallos. Con gran altanería se perfilaba su sombra, ya sea en lo alto de una cerca, en el montículo de zacate, en la rama de un árbol, o en el tejado de alguna casa. Con pecho erguido, cabeza levantada, cresta altiva y un potente ki ki ri ki acababa de tajo con el sueño de la comunidad. No sé si lo recibían con gusto o hubieran preferido alargar los minutos de sobrecogimiento. Lo que sí es seguro es que, al gallo, esto le importaba poco. Así lo demostraba porque al termino de cada copla emergida de su ronco pecho, se levantaba en la punta de sus patas y sacudía con gran entusiasmo sus alas, como queriendo terminar de una vez con su somnolencia. Y como no era un solo gallo el que demostraba su algarabía ante un nuevo día, la mañana empezaba con un gran concierto.

En los corrales los ruidos iban en aumento. Los caballos resoplaban, y el vapor que emanaba de sus hocicos eran acompañados de violentas sacudidas de sus crines, mientras las frondosas cerdas de sus colas iban cadenciosamente de un lado a otro, intentando alcanzar hasta el lugar más lejano de su cuerpo. Su piel tenía repentinas sacudidas en tanto se permitía dar los primeros pasos. Los borregos y las vacas rumiaban la pastura con una gran paciencia y sus movimientos eran sumamente lentos. En su mirada se notaba un cierto halo de desgano propio de las primeras horas de la mañana.

Afuera, la tierra húmeda exhalaba hilos, bastantes hilos se alcanzaban a observar por doquier. Desde los patios, solares y tejados, hasta los grandes campos que se alcanzaban con la mirada. Hilos ondulantes que al igual que en una danza clásica, se dejaban llevar en su vaivén con gran delicadeza. Los reflejos de los primeros rayos del sol rodeaban de repente a los vapores engrandeciendo el escenario con gran colorido. Los reflejos en los hilos se convertían en un juego de luces, dignos del mejor teatro de la naturaleza. El panorama semejaba a los hilos color plata de los rebozos que el viento suave acariciaba en las espaldas

de las mujeres, quienes iniciaban su andar con rumbo a la iglesia. Con el rostro cubierto casi en su totalidad se veían a las señoras enfilarse por las calles terrosas y pedregosas hacia su encuentro místico. Todas ellas iban encorvando el cuerpo para atrapar entre sus brazos el poco calor que emanaba de su cuerpo. Sus pasos eran apurados en respuesta a la última llamada a misa.

Allá, en el centro del pueblo, la iglesia les esperaba impaciente para aminorar las penurias que les embargaban. Todas llevaban un sinnúmero de penas y necesidades cargando en sus espaldas. Que la siembra no fue muy abundante. Que'l marido cada día era más desobligado. Que no alcanza pa' la pastura de los animales. Que los dineros no alcanzaban pa'l sustento. Que los hijos tienen que ir a la escuela. Que las hijas ya se quieren juir con aquel. Que la comadrita ya nos metió en chismes. En fin, ¿cuántas penas se llevan en el alma? Penas que acompañan —cual viles fantasmas— a todas las que van atravesando el umbral del portón desvencijado de la iglesia. Día con día acuden con la esperanza de acabar o simplemente disminuir tanta preocupación. Preocupación que en algunas se convierte en gran dolor y enorme sufrimiento. Las hay también quienes van a agradecer algún favor recibido. El ambiente silente del interior solo desaparece ante las palabras del señor cura. Bálsamo para los oídos, medicina para las penas.

Los señores —por otro lado— se aprestan para iniciar las labores del campo correspondientes a la época. La cosecha hacia poco había terminado. Esta no había sido muy buena. El temporal de las lluvias casi termina con los sembradíos. Una gran parte de las milpas se anegaron y ya no fue posible recuperarlas. Como se vislumbraba un tiempo de más carencias para las familias del pueblo. Con sus cabezas gachas por el peso de sus pensamientos y movimientos lentos, iban preparando sus aperos para iniciar los trabajos de la tierra, esperando mejor cosecha para el año siguiente. En la cocina ya le esperaba un café de olla que permanecía calientito, ya que se encontraba acurrucado entre las piedras que conformaban el tlecuil. Las brasas que lentamente se iban desvaneciendo impedían que el cafecito se desprendiera del

calor y por el contrario, provocaba que surgiera un abanico de vapores aromáticos que invitaban —inevitablemente— a saborearlo. Por momentos las manos aprisionaban al desgastado jarro, como queriendo guardar por mayor tiempo el calorcito, que para ese frío era gloria. Y así, sorbo a sorbo se hacían de la energía para iniciar su andar hacia sus cansadas tierras.

Ya de salida del jacal, de un movimiento alcanzo su morral colgado en las cercanías de la puerta, donde con una cierta tosquedad metía un par de tacos y algunos mendrugos de pan, pa' más adelante soportar la dura jornada. Después, acomodo el desgastado lazo de ixtle en su hombro, donde su camisa padecía el roce del asa del morral, y no queriendo dejar de expresar su dolor conservaba una profunda huella —ennegrecida— que se evidenciaba en los roídos pedazos de tela. Morral de igual manera desgastado y descolorido. Mientras tanto, con la otra mano se acomodaba el sombrero de palma viejo y sucio, que demostraba el dolor que producen las inclemencias del tiempo y el trato indiscriminado de su dueño. Sombrero de matices ocres como el color de la tierra. Sombrero impregnado de sudor como producto del arduo trabajo de la tierra. Sombrero con un profundo olor a trabajo.

Con machete en mano y azadón al hombro empezó su andar. Con paso firme y decidido se fue perdiendo entre la brecha de polvo suelto. Solo quedaban marcadas las huellas de sus cansados huaraches y las preocupaciones que emanaban de sus pensamientos.

Para ese entonces la señora venía con pequeños pasos apresurados, envuelta —casi en su totalidad— por su reboso. Entró a la casa y cruzo todo el patio llamando a su hijo para que se despertara, puesto que se estaba haciendo tarde para irse a la escuela. Llegó hasta el cuarto donde apenas se percibían algunos movimientos entre los sarapes y con voz imperativa le dijo:

— *Ya levántate m'ijo, que no vas a llegar pronto a tu colegio.*
— *Mmmm mmm aughh... mmmm mmm aughhh... (se escuchaba mientras se quitaba las cobijas y empezaba un ritual de estiramiento de brazos y piernas) ya voy ma' no vez que hace rete arto frío.*
— *Vamos date prisa que luego el maistro se rete enoja y los castiga.*
— *No ma' el maistro no es de esos. El entiende que vivimos reti lejos y sabe que le hecho hartas ganas a la escuela.*
— *Ta' bien pero no por eso vas a llegar tarde, así que mejor nos vamos apurando.*

Con movimientos un poco bruscos, la mamá le fue ayudando para que se pusiera su ropa. Con habilidad le hincó su camisa mientras él luchaba por ponerse el pantalón. El niño dio un brinco y se bajó de la cama apresurándose a meter sus pies descalzos entre sus mullidos huaraches. Las correas denotaban su larga y difícil vida mostrando su reciedumbre como producto de una piel curtida por el trabajo. Todavía camino al patio se iba apretando el lazo que le servía como cinturón.

Apresuró su paso y se paró frente a la laja que tenía la función de lavadero, tomo la jícara y la introdujo a la tina de lámina que almacenaba el agua. Creo que ésta crujió puesto que estaba cuajada por el intenso frío que tuvo que soportar durante la noche. Con los dientes crispados, tomo agua entre sus manos y la llevó hasta su cara, hasta su pelo, hasta sus brazos, repitiendo el movimiento en varias ocasiones. Y por cada vez, su cuerpo se estremecía, dejando ver una piel que protestaba, poniéndose "chinita". O como dicen por acá poniéndose como piel de pollo. Todo por el pinche frío. Tan luego como se lavó corrió hasta su cuarto para secarse con algún trapo que fungiera como toalla. Además, sabía que quitándose el exceso de agua el frío aminoraría. Al terminar alcanzó un escarmenador y se relamió el pelo. En eso estaba cuando escuchó el grito de su ma' que se encontraba en la cocina.

— *Ya está listo tu café.*
— *Si má, ya nomás me unto crema en la cara y los brazos.*
— *¡Pos apurate!*
— *Ya voy... ¿onde dejates mi gabán?*
— *Yo no, tú lo aventates con las patas, atrás del baúl.*
— *Ah sí, ya lo vide. Ya voooooy.*

La mamá mientras tanto, le acomodaba en una servilleta un par de tacos de papás con frijoles, que tapaba perfectamente para que conservaran el calor lo más que se pudiera. Claro, pensando que estuvieran calientitos para la hora del recreo. Tan luego llegó su hijo y se sentó en la desvencijada mesa, la señora le acercó su jarro de café y un pan d'esos que compró saliendo de la misa. Mientras el niño se desayunaba, la mamá con mucho cuidado colocaba sus tacos y un frasco con agua de limón del día anterior en su morral, procurando no mojar ni manchar su libreta y sus libros.

— *¡Listo!*

Grito el niño cuando aún le escurrían algunas gotas de café por las comisuras de su boca, deteniendo su vertiginosa caída con una pasada de su mano, recorriendo toda la superficie de su rostro.

— *Qué bueno m'ijo, ándale toma tus cosas y apúrate.*

Le espetó la mamá sin voltear ni siquiera a mirarlo, puesto que ya se aprestaba a escoger los frijoles para esperarlos con la comida. El niño se fue perdiendo por la vereda, les esperaba un largo camino entre los cerros para llegar a su escuela. Misma que se veía de diminuta figura en la cima de aquel cerro tan lejano. Sin embargo, se le notaba alegría en la cara, ya que le gustaba aprender las cosas que les enseñaba su maestro. Y no lo importaba —por lo tanto— lo mucho que tenía que caminar entre el polvo suelto, entre las hierbas húmedas de rocío, entre las piedras ásperas que minaban la existencia de sus huaraches.

Recorrido a la escuela que la mayor de las veces se acompañaba con otros compañeritos.

Mientras tanto —a esas primeras horas de la mañana— el sudor ya perlaba la frente de su papá, que herramienta en mano barbechaba la tierra. Con movimientos acompasados se veía a lo lejos emprender el vuelo del azadón, y en su viaje, iba formando una estela de tierra cual tersa cabellera de polvo, de ese polvo que bañaba todo su rostro, justo cuando éste llegaba —en su camino— a la altura de su cabeza. Todavía no alcanzaba a posarse en su hombro cuando con gran fuerza y velocidad embestía la de tierra, haciendo que por todos lados salieran terrones de diferentes tamaños. Este esfuerzo era acompasado, de tal manera que la experiencia le permitiera no gastar en vano su energía.

De vez en vez descansaba. Colocaba el azadón vertical a su cuerpo y apoyaba el brazo en él, al momento levantaba —cada vez con mayor trabajo— su otra mano a la altura de la frente para que con su dedo índice recogiera el sudor y de una sacudida esparciera las gotas sobre la tierra. Otras veces sacaba de la bolsa trasera de su pantalón, un paliacate todo descolorido, desgastado y arrugado que hacía mejor esta función, ya que después de quitarse el sombrero, era capaz de limpiarle el sudor de toda la cabeza. El trabajo era arduo y desgastante, pero siempre decía —con gran orgullo— que no había nada como poder hacer parir a la tierra. Siempre regresaba a casa ya pardeando la tarde, con el cuerpo agotado, pero con el ánimo de recoger la mejor cosecha.

Toda esta parafernalia se tejía en el escenario del campo, para hacer valer el día. El día de todos sus actores. Toda esta vida se generaba mientras los niños se veían caminar con —cierto— apresuramiento por las diferentes veredas que desembocaban en la escuela. Unos ya se encontraban en el interior de sus aulas, pero otros formaban bolitas con sus compañeros para echar relajo. Niños jugando a las canicas acabando de rasgar las rodillas de sus pantalones. Con el cuerpo encorvado y entrecerrando uno de sus ojos. Con la mirada firme en su objetivo y el brazo tenso manteniendo con la firmeza necesaria —a la

canica— entre el huesito de su pulgar y el dedo índice demostrando el grado de concentración para no errar el tiro. Las niñas —mientras tanto— corrían con un descaro de alegría, que se expresaba en sonoras carcajadas. Corrían de un lado a otro intentando alcanzar y rozar a sus otras compañeras para —simbólicamente— pasarle la "roña" y sentirse al mismo tiempo liberada de ese mal. Entre las risas y las correteadas, los cuerpos de las niñas formaban figuras dignas de un valet. Las unas se estiraban al máximo para alcanzar las ropas de sus contrincantes y los otros cuerpos se doblaban plásticamente para evitar ser alcanzados. Toda esa fiesta previa a la jornada escolar se interrumpía de golpe cuando los maestros llamaban a la formación a través del sonido de una campana.

Rápidamente se fueron conformando las filas de los grupos. Todos aún con los latidos agitados. Después de algunas indicaciones para permanecer en orden y guardar silencio, los niños se pusieron en movimiento en dirección de sus salones, poco a poco fueron devorados hasta perderse en su interior. De inmediato se fueron acomodando en sus desgastadas bancas, unos prácticamente aventaban sus morrales como queriendo sacar de golpe, sus cuadernos, sus libros y sus lápices. El maistro esperaba de pie junto a la puerta hasta que el último de sus alumnos pasara.

Cuando ya todos se habían sentado, aun cuando estuvieran hablando, se escuchaba la voz de su maistro, quien, con lápiz en lo alto, empezaba a pasar lista. Entonces el silencio llegaba cuando en repetidas veces, él golpeaba la mesa que le servía de escritorio con fuerza para llamar la atención del grupo y como señal de que estaba pidiendo que se callarán.

— *Nélida*
— *¡Presente maistro!*
— *Teodoro*
— *¡Presenteeeeee!...*

La mañana transcurría con la revisión de los pocos que cumplían con la tarea, no sin descubrir un tanto de molestia en la cara del profe por aquellos que no querían responder. Después de arengar a su ejército de aprendices para que no dejarán de hacer la tarea del día siguiente, les pidió:

— *Haber niños, vamos a sacar nuestro libro de historia.*
— *¡Siiiiii esa materia es muy padre y a mí me gusta! Se escucho decir a un niño.*
— *Ábranlo en el tema donde vienen las leyes de reforma.*
— *Hoy vamos a hablar de Don Benito Pablo Juárez García, aquel único personaje de nuestra historia, que aún después de tener un origen indígena zapoteca llegó a ser presidente de la República...*

Así empezó la clase del maistro. Y fue tanto su entusiasmo que la actitud y la mirada de las caras de los niños fueron cambiando. Yendo de la incredulidad al asombro. De la extrañeza al reconocimiento. Del respeto a la admiración. Era tanta la entrega del maestro para enseñar, que al momento sé hacia ver cual director de orquesta. Cada uno de sus movimientos, sus gestos y sus palabras hacían vibrar al todo el grupo. Con su ejecución estaba participando en la construcción de la conciencia histórica de sus pupilos, estaba valorando el papel de los sujetos en la construcción de la historia, de nuestra historia. Ya casi para terminar y con la mayor entrega de su profesión, compartió su información ante los alumnos...

— Al triunfo de la República, Benito Juárez dijo en su célebre discurso: *"mexicanos: encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y a consolidar los beneficios de la paz. Bajo sus auspicios, será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades para los derechos de todos los habitantes de la República. Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos.* ***Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz".***

El grupo casi en su totalidad sentía y vivía el momento, y aún sin que salieran de su motivación, el maestro cerro su participación, argumentándoles...

— *Por su defensa de las libertades humanas, defensa que sirvió de ejemplo a otros países latinoamericanos, Benito Juárez fue proclamado* ***"Benemérito de las Américas"***

Calló por un momento, retomo su respiración y recorrió con la mirada los rostros asombrados de sus alumnos, para decir con un cierto dejo de satisfacción.

— *¿Les gustó la clase de historia?*
— *Siiiiiiiiii*

Se escucho a coro. Sin embargo, al fondo del salón, justo ahí donde estaba la ventana con el vidrio roto, uno de sus compañeros se notaba ausente, con la mirada perdida en el horizonte, algo propio en un posible niño soñador. Tan ido estaba que no escuchó cuando el Profe le preguntó, señalándole con su dedo:

— *Me podrías decir de quién estuvimos hablando.*
— *Pe-r-dón, pe-r-dón pero me distraje. Es que estaba pensando en que mi pa' anda con una gran preocupación, porque le quieren quitar la parcela donde cuidamos a las borregas y con eso que se echó a perder la cosecha, pus los problemas se resienten en la casa.*
— *Bien, estaba tan entrado en la clase que no noté tu distracción, pero sabiendo de tu responsabilidad en casa y aquí en la escuela, sólo te pido que de tarea me investigues que personaje de nuestra historia*

*dijo la importante frase de "**Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz",** escríbela para que no se te olvide.*

— *¡Sí maistro! Lo dijo con la seguridad de hacer lo que se le estaba pidiendo. Y mientras escribía la frase, pensaba para sus adentros ¿entonces por qué le quieren quitar la parcela a mi pa'?*

Así con esa alegría de hacer de una clase, un espacio de aprendizaje permanente, se abordaron temas de matemáticas y de español. Después llegó la hora del recreo, convirtiéndose en la continuación de los juegos iniciados en la mañana, pero al doble de intensidad. Ahora aparecieron pelotas, muchas pelotas que en su ir y venir por los aires, hacían temblar a los cristales de las ventanas y a las cabezas de los maestros. También apareció una que otra reata para saltar, levantando gran cantidad de polvo, lo cual no importaba en lo más mínimo a las niñas que brincaban, ya que su preocupación estaba en que la cuerda no se topara con sus faldas largas y les hiciera pasar un momento sumamente bochornoso. Con las frentes bañadas por el sudor los niños regresaron al salón, dispuestos a dar continuidad a las clases. Un gran grito ensordecedor se dejó escuchar cuando se escuchó el sonido de la campana para indicar la hora de la salida de la escuela. Las clases del día habían terminado.

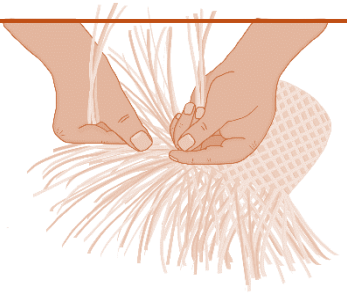
De la misma manera que llegaron —los alumnos— fueron desapareciendo entre las veredas.

— *¡Maaaaaa', Mamá ya vine! Se alcanzó a escuchar repetidamente.*

El silencio fue roto desde antes de llegar a la casa. Con energía —esa que se derrama a esa edad— entró hasta la cocina brincoteando y balanceando el morral de sus útiles sobre su cabeza. Ahí se encontraba su ma' terminando de preparar la comida. La olla de frijoles nos mostraba el maquillaje que le daba el fuego y el humo que se desprendía del fogón. Además, ya estaban listos los quintoniles y la salsa de molcajete, y en el chiquihuite esperaban acurrucadas unas tortillas recién hechas.

— *Anda mi'jo, siéntate a comer y por cierto ¿cómo te fue en la escuela?*
— *Bien, pero no dejaba de pensar en los problemas de mi pá.*
— *Hay hijo, aunque nos quiten la parcela y la cosecha haya sido muy mala, pos no nos vamos a dejar morir. O ¿si?*
— *No pos tenemos que hecharle retiartas ganas má y apoyar a mi pá*
— *Ve yo ya fui a recoger unos quintoniles y pa las tortillas ahí tenemos un poco de grano.*
— *Bueno, me voy a apurar pa' llevar a pastar a las borregas hasta la loma. Allá no tenemos problemas con nadie. Ah me voy a llevar mi libro de historia, porque el profe me llamó la atención por distráido y me dejó tarea.*
— *¿Qué tarea mi'jo?*
— *Pos, tengo que decirle quien dijo una frase que viene allí en el libro.*
— *Ande pues apúrese a comer. Que le vaya bien en el campo y cuide bien a las borregas.*

Tan luego termino descolgó su sombrero de la pared y se lo apersonó, trasegó en su morral hasta encontrar el libro indicado y su lápiz para de inmediato enfilarse hasta el corral. Deslizó los troncos que servían para cerrar y con una vara empezó a arriar a sus borregos sin dejar de mantener bajo su brazo el libro de historia. Camino sin contratiempo dando vida al paisaje que orgullosamente nos presentaba su belleza. Con los sonidos intermitentes de sus borregos y el ruido del arroyo que se escuchaba a lo lejos caminó hasta la loma. Dejó que las alegre borregas se distribuyeran por toda la extensión del pastizal y se sentó a recrearse en la lectura de su libro. Y nuevamente se repitió lo sucedido en la clase. Clase —por cierto— en la cual él estuvo ausente. Su expresión denotó ir de la incredulidad al asombro. De la extrañeza al reconocimiento. Del respeto a la admiración. Sus ojos expresaban que estaba concentrado en la lectura, iban y venían siguiendo las líneas del texto. Más aún cuando llegó a la frase esperada ***"El respeto al derecho ajeno, es la paz"*** así lo dijo Benito Juárez. Paró de golpe la lectura y desprendió la mirada de su libro. Levantó la cabeza hacia el horizonte y dijo para sí mismo, se llamaba Benito. Sí Benito, como yo.



El espejo…

Una realidad compartida

Como todo maestro al inicio de un nuevo año escolar enfrentamos a grupos en apariencia iguales, pensamos por lo tanto que nos encontraremos con los mismos retos pasados. Y así pareciera, pero en esencia los grupos necesariamente son distintos, porque sus integrantes así lo son también. Esto implica por consecuencia que trabajaremos con las benditas diferencias de los sujetos, individuales y sociales, familiares y académicas.

La Escuela Secundaria en la que hace algún tiempo estudie fue la… —*y qué importa el nombre*—, ubicada cerca de

barrios tan populares como los hay en todos lados: equis, ye y zeta, de donde éramos la gran mayoría de los alumnos que entrábamos a esa escuela.

Tradicionalmente se ha identificado a estos lugares como *"barrios bravos"*, ya que desde hace muchos ayeres se les ha reconocido por sus pandillas que a toda costa defienden su parcela, ocasionando hechos violentos y a veces hasta delictivos, *—hago la aclaración de que no se puede generalizar para categorizar a familias respetables que viven dentro de barrios como estos —*, si no que hablamos por quienes sí dimos algunos dolores de cabeza al barrio.

> — *¡Nosotros somos bien chidos p'al trompo mi ticher…! Y hay de quien se meta con nosotros…*

Justo de ahí soy yo, David Gama Alfaro, del barrio *"zeta",* en donde soy más conocido como el *"Peyote"*, fui alumno del 3ro. IV y tenía en ese tiempo 16 años, órale en esos tiempos 16 años. Soy el primero de tres hermanos —el *"pepe"* y el *"diablo"*— y una hermana —la *"quiquis"*—. Mis padres fueron comerciantes de chiles, jitomates y cebollas que iban recorriendo los diferentes mercados de los pueblos cercanos a *—va que importa donde—*, siempre andaban fuera de la casa, por lo que llegaban sólo a dormir, pelear o a emborracharse.

Por consecuencia nunca se dieron cuenta de cómo fuimos creciendo sus hijos. Siempre llegaban a preguntarme de cómo nos había ido durante el día, *¿comieron?, ¿hicieron su tarea?, ¿recogieron la casa?, ¿no pelearon verdad?...* y de muchas otras cosas más. Sin embargo, yo era quien siempre me salía a la calle tan luego llegaba de la escuela. Esto empezó desde cuando iba aproximadamente en quinto de primaria. Y la verdad a mis hermanos ni les interesaba

esto, ya que nunca se lo dijeron a mis papás, pues ellos también tenían sus "*bisnes*".

Por ahí he escuchado que aún en esas condiciones, siempre demostré ser un chamaco listo, porque aún en esas condiciones de familia desintegrada logré terminar mis estudios de educación primaria, no sin antes haber tenido problemas de expulsiones temporales por pelearme en la hora del recreo, por *"robarme"* las tortas de mis amiguitas, por tomar *"prestados"* útiles que no me pertenecían, por faltarle el respeto a mis mayores, incluyendo a mis maestras y maestros.

— *¡Ahorita que no me ven le saco sus torta…s y sus útiles a la gorda...!*

En la secundaria las cosas se pusieron más "*cabronas"*, de tal manera que reprobé dos veces. Me quedé en el primer año, por la creencia que después se hizo costumbre, de que formado una *"pandilla"* que sobresaliera de las demás, que intimidara, que fuera respetada… lo demás… *¡valía madres!* Esto me llevó a liderear a un buen número de compañeros y chavos de la calle que no estudiaban, pero con quienes nos íbamos de pinta a fumar nuestros primeros *"tabiros"* y a tomar nuestras primeras *"helodias"*, haciéndome cada día más desobligado, peleonero e irresponsable.

El segundo año —*para no variar*— también lo reprobé. De esta manera fue recrudeciéndose mi actitud negativa. Con estas conductas llegó el momento que mis problemas salieron de la escuela, Fue después de una bronca colectiva por cuestiones de liderazgo y poder, cuando fuimos detenidos por la *"chota"* y caímos en *"chirona"*. Recuerdo haber mandado a varios compañeros al hospital por

haberlos —*picado*— ocasionándoles heridas de cuidado con arma blanca.

— *¡A mí no me importa nada, solo quiero que entiendan que aquí el que manda soy yo!*

¡Si!, estoy hablando de ser personas cada vez más broncas. Mi pandilla era identificada con el nombre de los "*los santos" —¿qué contradicción verdad?—* fue dándose a conocer por sus actos insolentes. Entre la banda se alcanzaban a identificar alrededor de 15 hombres y 5 mujeres. Por nuestra costumbre de ir siempre contra las reglas y normas, empezamos a causar respeto, temor y pánico entre nuestros compañeros de escuela.
Los problemas económicos y el desarraigo familiar se fueron acrecentando. El viejo abandonó a mi madre, se peló con la *"negra"*, así le decían a su comadre. Por consecuencia, mi conducta se fue haciendo más extremosa.

Cambió mi manera de vestir a las formas de moda de las pandillas, mezclillas entubadas y desgastadas, con muchos agujeros, playeras y sudaderas muy holgadas con imágenes diabólicas. Los arillos empezaron a aparecer hasta en tres perforaciones por cada oreja, arete en la lengua y labio inferior de los hombres y aretes en el ombligo y pezones en el caso de las mujeres. Los tatuajes de imágenes satánicas o de grupos de rock pesado aparecieron en sus hombros, pecho, pantorrillas, tobillos y espalda, nos daban una apariencia muy inaceptable e impactante entre quienes se esforzaban por cumplir con su uniforme escolar.

Con todos esos desajustes pronto aparecieron los problemas mayores, principalmente con las autoridades, tanto escolares como municipales, y aun así, cuando se requería la presencia de nuestros padres para plantearle la situación

de sus hijos, estos nunca acudieron al llamado de un citatorio o de una junta de padres de familia, situación que se repetía desde su educación primaria. Sólo conocieron a mis padres el día que no llegué a dormir varios días a mi casa y ellos fueron a buscarme a la escuela.

Durante el tercer año las cosas empeoraron. En cuanto a mi conducta desastrosa, tuve algunas desavenencias con algunos de mis profesores, incluso llegué a rayar algunos de sus autos estacionados en la calle a poncharle las llantas y quebrarle los espejos de sus coches. Fue cuando entonces, en cierto día y por sorpresa nos *"bolsearon"*, encontrándonos armas blancas como picahielos, boxers, navajas, y desarmadores limados con los que amedrentábamos a los compañeros para pedirles dinero.

— *¿Acaso la estaré regando…?*

Pensaba a veces… pero sin querer pensar…ya que al principio ni siquiera me preocupaba por buscar alguna respuesta. Las molestias a nuestras compañeras aumentaban, inclusive algunos padres de familia se acercaron a la escuela para denunciarlo. En no muy pocas ocasiones, se nos detectó con aliento alcohólico al llegar o en la hora de clases, incluso a veces en completo estado de ebriedad. Nunca cumplía con mis tareas y materiales. Los útiles estaban en pésimas condiciones. Las broncas colectivas se presentaban cada vez más frecuentes, en fin, las cosas empeoraban cada día más, a tal grado que los directivos estaban a punto de tomar una determinación. ¡Expulsarnos! o ¡expulsarme!

Las cosas empezaron a tambalearse cuando después de una bronca colectiva fui *"entambado"* por tremenda *"madrina"* que le puse a un compañero. Arrestado, me sentí

como el sujeto más sólo en el mundo. El maltrato policíaco fue ejemplar y la amenaza de internarme en el centro de readaptación social, me sacudieron la cabeza como no se imaginan.

Todo pareció un mero escarmiento y logré salir de ésta, pero las dudas empezaron a atormentar mi razón de ser, ya que me di cuenta de que, si en realidad no podía con la escuela, entonces porque no me costaba tanto trabajo ponerme al corriente, pagaba mis títulos y extraordinarios con cierta facilidad.

La cabeza parecía estallarme y no encontraba un pretexto para salirme del agujero donde me había metido. Entonces surgieron preguntas que retumbaban en mi cabeza. *¿Por qué había compañeros en la cárcel?* o *¿Por qué me encontraba en las calles de mi barriada a compañeros a punto de culminar una profesión?*

— *¿Realmente esto es lo que quiero para mi vida?*

Las dudas taladraban mi conciencia, después de todo lo que había hecho aún no era expulsado, eso querría decir que estaba recibiendo una nueva oportunidad. Todavía podría intentar enderezar el camino. Faltaba muy poco para terminar la secundaria. Me encontraba en la más grande de las disyuntivas: elegir el camino de la delincuencia de una manera más franca, abierta y decidida o retomar un camino más propositivo para el futuro. La vida me estaba trazando una encrucijada, y había que elegir un camino… ¿Nada fácil verdad?

Quizás estos pensamientos y acontecimientos me llevaron a conflictuar la vida transcurrida hasta el momento, misma que poco a poco fue generando en mí un posible cambio.

No sabía por dónde, pero estaba a punto de decidir por el cambio, a lo mejor en un principio un incipiente cambio, pero cambio al fin de cuentas. La situación en verdad era apremiante, por un lado, estaba a punto de ser encarcelado y por el otro, aún estaba inscrito en la escuela. Había que tomar una decisión.

— *¡Estoy a punto de explotar! Creo que necesito platicar con mi orien't que es tan buena onda.*

Cabe mencionar que al paso del tiempo hago énfasis —*respecto a la función de las orientaciones*— en considerar que mis maestros quizá no contaban con los elementos para dar respuestas a las dudas y necesidades de quienes solicitamos una asesoría, orientación o tutoría, para casos tan gruesos como el mío, pero cabe la mención y satisfacción de tener frente de mí, una mano extendida dispuesta a darlo todo por hacernos entender lo difícil que se nos presenta la vida, pero sobre todo de la importancia que es enfrentarla con las herramientas necesarias para transitarla con dignidad y alegría. La mano de mi orien´t.

El mundo de problemas generado por mí, David Gama Alfaro, mejor conocido por la banda como el *"peyote"*, me había llevado a un callejón sin salida, a un camino que se dividía en sólo dos caminos, entre los cuales estaba la opción de elegir solamente uno.

Ante las debilidades de mis pensamientos y limitaciones para tomar tal decisión, inicié una serie de tímidos acercamientos con mi orientador para solicitar su apoyo en este momento tan crítico de mi vida. Buscaba encontrar ese peñasco donde asirme y evitar por todos los medios caer al precipicio, ahora de manera más estrepitosa. Aunque nunca

lo mencioné con estas palabras, esos pequeños acercamientos así lo dejaron ver.

El orient´ conocía perfectamente mi biografía y mi récord académico, por lo que él advirtió la urgente necesidad de apoyarme. Haciendo uso de la confianza demostrada en sus insistentes acercamientos y asumiendo una postura honesta para fortalecer las *"relaciones interpersonales"* entre nosotros, surgió el interés y la disposición de ambas partes. Así es que el caso se puso en la mesa de las *"asesorías"* y *"orientaciones"*, por lo que, al inicio del último bimestre de mi tercer año en la secundaria, la *"comunicación"* ya se había reestablecido, aprovechando el nivel de apertura que yo guardaba al momento.

— *Hace algunos días que me encuentro en un dilema mairo, después de mi último problema con la banda, cuando nos detuvieron, sentí como una sacudida en la cabezota que ahora me tiene bien sacado de onda mi orient'... estoy muy desubicado... y la verdad pues no se ni que hacer...*

Ahora al paso del tiempo recuerdo que esta relación interpersonal surgió de manera espontánea y voluntaria de parte del orient´ para iniciar las charlas. Esto me dio mucha confianza y permitió desde un principio el desarrollo de unas excelentes relaciones humanas.

Cuantas veces platicamos en su escritorio. En muchas ocasiones me llegó a preguntar: *¿por qué me había acercado a él para buscar respuestas a mis dudas?, ¿Acaso se estaría dando un proceso de transferencia docente?* ahora lo pienso con más detenimiento.

Cierto es que no puedo decir que era uno maestro modelo, pero si contaba con grandes aciertos y sobre todo con un alto grado de responsabilidad. Es más, hasta la fecha lo he seguido viendo y encuentro que sigue tratando de no dar la espalda a este tipo de alumnos, y aunque no es un experto, reconoce la problemática que esto conlleva, si se le otorga un valor significativo al hecho de que ciertos alumnos se hayan acercado a él para solicitar sus orientaciones.

— *Hasta ahorita, como sea he ido pasando los años, con extras y títulos, unas por no saber y otras d' altiro por faltas… Dos de mis amigos ya están sentenciados en chirona y una de mis más grandes amigas… ahora es prostituta…*

Aún hoy lo veo muy metido en poner todo su empeño en lograr —*juntamente con los alumnos*— encontrar las mejores respuestas a las preguntas que en ocasiones nos atormentan a nosotros, —*es más ahora lo pienso y lo siento*—, sus amigos. Hoy sentados aquí con mi orient', nos aprestamos para platicar.

Hay quienes dicen que estos encuentros deben ser planeados y no los contradecimos, pero sabemos que estos momentos de acercamiento pueden llegar a ser más significativos si en ellos se demuestra, espontaneidad, naturalidad, sinceridad, apertura, autonomía, cordialidad, comodidad, etc. Ahora pienso que es mejor así, porque lo obligado bien puede volverse contraproducente.

— *Han sido muchos años de desmadre mairo…He estado desbalagado desde que iba en quinto año…era muy chavito y mis padres ni nos pelaban a mí y a mis hermanitos… Ellos, mis papás se iban*

a las plazas y nosotros teníamos todo el tiempo para salirnos al "reven" con los cuates… allí empecé a fumar y a tomar… a veces también le hacíamos al "chemo" y a la"mota"… ¡Y no sé, como que ya me late cambiar!

Siempre que platiqué con él, indujo que fuera yo el que tomara la iniciativa, procurando no interrumpirme para que mi ansiedad reprimida fuera disminuyendo conforme me sentía realmente escuchado, aun cuando su volumen a veces se alteraba, permanecía atento y se mostraba con sumo interés por mis emociones vertidas, hasta cuando de manera voluntaria él solicitaba nuestra intervención.

En el intercambio de ideas nunca afirmamos ni rechazamos nada, intentábamos ponernos el traje de la neutralidad, situación que a veces se volvía incomoda, esto no era nada fácil, ya que regularmente siempre tomábamos partido. Otra cosa que llamó mi atención fue que el maestro nunca tomaba notas, esto me generaba un estado de tranquilidad y confianza, él se daba cuenta que la naturalidad estaba presente por sobre la formalidad.

— *En la secundaria ya éramos mucho más desastrosos…nos reuníamos con la banda para robar camiones repartidores, de refrescos, "chelas", papas o dulces…y romperles el hocico a quienes se nos ponían enfrente…y a la tira… a torearla para que no nos pescaran…¡Ya éramos un vil desmadre!*

Algunos adolescentes nos sentíamos *"culpables"* aunque de manera inconsciente, sobre el rol social que habíamos ido conformando, coadyuvado esto por los grupos e

instituciones sociales con los que convivimos en esos tiempos y que la mayor de las veces -*en el caso de mi persona*- había sido bajo un régimen de relaciones autoritarias, lo que me impidió conformar una independencia en cuanto a la aceptación de mis cambios físicos, intelectuales y de relaciones sociales, dejándome llevar solo por emociones no pensadas y llevando a cabo transferencias equivocadas, con lo cual muchas de las veces se llega a caer en situaciones bastante delicadas y definitivas para nuestra vida futura, como la por mi vivida. La situación era extremadamente delicada, las razones para tender la mano a quien en ese momento lo estábamos solicitando —*de eso no hay duda*—, eran más que comprendidas, y su mano siempre estuvo ahí tendida.

— *Fumábamos y no le miento… (silencio prolongado) hasta un día le atizamos a la mari…a lo mejor no me la creé mi ticher, pero no me gustó y por eso allí murió… mejor le entraba a las chelas. Un día hasta le raye su vocho al mairo de historia que me reprobó por faltas… pero… ¡en verdad ya quiero cambiar!*

Eran varios los años de trabajar del maestro en el ámbito de la orientación educativa y el caso que le pusimos en sus manos tenía sus particularidades, es decir, nos presentamos como un caso especial, no éramos los clásicos problemas de que *¡Me fui de pinta! ¡No entré a clases!, ¡No traje los útiles!, ¡Me provocaron y pues nos aventamos un tiro!, ¡Solo reprobé cinco materias, cual es el problema?, ¡Estaba fumándose un cigarrillo en el baño profesor!, etc.* situaciones muy cotidianas en la escuela.

Conductas como éstas, se dan de manera muy frecuente, pero finalmente con la colaboración de todos los involucrados —*maestros, padres de familia y alumnos*— regularmente siempre se sacan adelante. Pero el caso mío, el del famoso "peyote", estuvo a punto de rebasar a los maestros de la escuela secundaria, si no es por la disponibilidad al cambio que demostramos algunos alumnos, quien sabe que sería de nuestras vidas.

Hay pocas satisfacciones en la práctica de la profesión de todo maestro, tan reconfortante como esta. Ya que grandes fueron las alegrías por ser partícipe activo en la "*intervención docente"* que contribuyó en los transformaciones psicosociales y cambios académicas tan propositivos que hoy puedo decir enfrenté con la cara muy en alto.

La labor educativa ofrece al maestro una fuente inagotable de información acerca de la realidad de la escuela, todos los días el docente reflexiona sobre los problemas que entorpecen, agilizan o neutralizan su trabajo, de ahí que se tomen ciertas medidas para disuadir tal situación.

Cuantas cosas tuvimos que vivir para que nos cayera el veinte. Ahora entiendo que los maestros de cualquier nivel educativo se concentran en resolver problemas u obstáculos directamente vinculados con sus alumnos, tomando conciencia de los factores socioambientales que inciden sobre la parte medular de su práctica educativa.

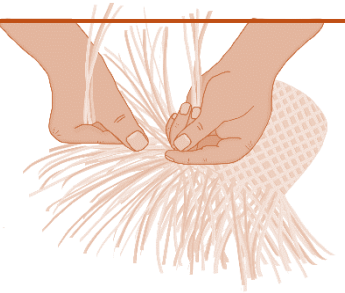
En el aula, los maestros se guían por lo que saben, por lo que observan y comprenden, por lo que perciben y experimentan, sin olvidar que sus autoridades, colegas, padres de familia y comunidad vigilan su actividad, justa o injustamente. La tarea cotidiana de los docentes es la de brindar apoyos a sus alumnos, lo que conlleva a que se

involucren en los contenidos sobre las funciones de su papel de maestros, reconociendo sus limitaciones y saberes respecto a la orientación adecuada de sus alumnos, de nosotros sus alumnos. ¿Realmente se necesitará transitar por estos caminos tan abruptos para reconsiderar lo que queremos de nuestras vidas los alumnos?

Cómo te recuerdo maestro sentado aquí frente al estrado de una ceremonia más de culminación de cursos. Realmente me siento emocionado al escuchar en las bocinas, —*en este preciso momento*— la voz del maestro de ceremonias mencionando el nombre de mi hijo David Gama Toledano. Entonces me parece estar ante un espejo, donde puedo observar el "*reflejo"* de lo que fui y me miro en el alegre caminar de mi hijo, justo en el recorrido a través del estrado para recoger sus documentos que ha obtenido por culminar su educación secundaria.

Volteo discretamente a mirar a mi esposa que se encuentra a mi lado y disfrazo ligeramente la emoción que me envuelve, mientras recorro con mi mano la totalidad de mi rostro para retirar las lágrimas que han inundado a mis ojos.

A lo lejos alcanzo a observar la figura —*ahora ya cansada*— de mi maestro, quien juguetea nerviosamente con las listas de sus grupos que hoy egresan, sin embargo, lo miro dispuesto a seguir construyendo futuros. Sí, mejores futuros... futuros como el mío, y sólo alcanzo a dirigirle un pensamiento... por todo... ¡Gracias, maestro!



Por un instante

rey…

Cómo molesta… me lo digo hacia mis adentros…
Cómo ofende al olfato…
Cómo pica en la nariz…
Cómo lastima a los ojos…
¡Maldito olor a cloro! tan concentrado o,
¿Bendito olor a cloro? tan concentrado…

Me atormento con el pensamiento y quisiera estar… y a la vez estar ausente. Me temo que tratan de camuflajear la esencia del escenario y hacer que la relación entre aromas y pensamiento nos traslade ante la imagen de un espacio limpio, confiable, digerible, agradable.

La urgencia no ceja y por un instante casi me dejo arrastrar por ella y en un arrebato motivado por un espasmo del cuerpo estuve a punto de sentarme, pero... ¡alto! Rápidamente y como por instinto, avanzo un paso hacia atrás por la tremenda impresión del estado del… Pero… me reprimo de inmediato y pienso… que importa –en el afán de no dejarme influenciar– sí la urgencia es la ¡urgencia!

Con extrema premura arranco unas páginas del diario, las coloco con todo cuidado sobre la periferia del boquete, hasta prácticamente forrarlo –acción que contribuyó a generar la suficiente confianza– en espera de su flamante llegada.

La verdad que en estos momentos, el asiento que tengo aquí al frente, es digno trono de un rey… basta pensar en la satisfacción del cuerpo como gozo excelso del alma, basta pensar que aquí todos somos iguales, basta pensar que el racismo no existe, basta pensar que aquí la belleza no existe, basta pensar que la diferencia no existe, basta pensar que el tiempo se puede detener, basta pensar…

La respiración se escucha agitada, la apuración la agita. La respiración se escucha cada vez más tranquila, la calma la envuelve. Unas gotas de sudor se deslizan gozosas frente abajo. El momento cumbre de la apuración ha pasado, ahora todo es disfrute del cuerpo.

Por el momento sólo el ruido del cambio de página del periódico interrumpe el silencio imperante. De los males el menor, por lo menos me quedé con la sección cultural, esto invita a la lectura. Lucho con las páginas completamente extendidas, ya que ante tal situación me percato de lo estrecho del lugar, sentado aquí —en

mí improvisado trono me siento por un instante…Rey—, mis codos rozan los blancos y amarillentos ladrillos laterales.

Por cierto, después de leer un interesante artículo acerca de la historia light, justo cuando el ruido del papel indicaba la vuelta a otra página, levanté la mirada y bendije la quietud existente, porque sobre mi cabeza se encontraban tres ladrillos sueltos, movidos de tal manera que su forma asemejaba un abanico. De inmediato pensé que, por su indeleble posición, cualquier ruido, cualquier azote de puerta alguna podría ocasionar un movimiento que irremediablemente propiciaría que estos cayeran estrepitosamente sobre el rey…

Como a mi llegada, nuevamente cubro mi cara con ambas manos y respiro profundamente para disminuir el impacto desmedido a mi olfato, mientras las hojas del diario se desmayan sobre mis piernas. Así entre mis dedos, alcanzo a clavar la mirada en la devastada y acabada puerta, que orgullosa nos muestra que en algún día mantuvo el esplendor de estar cubierta en su totalidad por una impertérrita blancura…

Más hoy, la realidad es otra. El óxido y la mugre que fluyen sin cansancio han corroído la mayor parte de la lámina baja, lo que permite por momentos observar el deambular de los otros, donde el ansia y la desesperación se dejan sentir. Casi puedo imaginar sus frentes perladas. Todos ellos buscando el momento oportuno de asaltar un espacio.

Del picaporte completamente carcomido se deslizan pesadamente lágrimas de óxido, líquido viscoso, sumamente viscoso, lentamente se escurre, muy viscoso el llanto continuo del picaporte que nos demuestra su inconmensurable dolor por las muestras inequívocas del paso del tiempo. Pero a la vez conserva un cierto dejo de alegría por ocultar la privacidad de quien goza del momento, sin embargo, jugueteo cerrando y abriendo, deslizando de un lado a otro el eje del cerrojo. Afuera la señora impaciencia no dejaba de transitar de un lado a otro…

Mientras tanto, resucito a mi periódico y animo la lectura. Más mis ojos gritan terminar con este martirio… se encuentran al punto del lagrimeo, el ardor no acaba con la intención de alcanzar el clímax del cuerpo por lo que don cerebro manda el mensaje de aguantar un poco más… de aguantar hasta lo último.

La lectura del texto puede esperar un momento más… la lectura del entorno no.

Al frente intento descifrar las mil y una figuras que rayan entre lo grotesco y lo subjetivamente estético ¿verdad Klee? Dibujos producto de las manos creativas y deseosas de comunicarse a sí mismo sus más profundos pensamientos y al mismo tiempo plasmar sus más oscuros deseos. A estas alturas de la vida, lo que en otros tiempos pudiera generar una necesidad y un desenlace, ahora ya parece de lo más simple, porque la creatividad se ancló en lo más común, lo más inmediato, vamos para acabar pronto lo más burdo y al mismo tiempo lo más vivido.

Con la parsimonia del instante, me dejo envolver por la contemplación. Sin tocar la aparentemente fría lámina, el dedo índice comienza un recorrido en el lienzo etéreo surgido de mi cerebro… el dedo pincel va formando la figura perfecta de ese cuerpo que con mucha imaginación podría ser digno de una diosa ¿y si le quitáramos lo burdo y lo trasladamos a la flamante pared de una gran galería?, ¿y si lo pensamos como un acto sublime de un gran artista de la plástica? Entonces, ¿no cobrará otras dimensiones? ¿Ni otra percepción social?

Sonrío… pienso… y vuelvo a sonreír… Estos trazos escatológicos –lo veo claramente– motivan también a la escritura, y entonces me vuelvo a preguntar ¿cuántos grandes literatos no habrán dejado huella en estas hojas en blanco? ¿Cuántas ideas afloraron desde las más recónditas debilidades humanas? ¿Cuántos pensamientos no viajaron hasta las modelos generadoras de tan álgidos y frívolos destellos del literato? ¿Cuántos no mitigaron sus emociones truncadas? En fin… ¿Cuántos Paz?, ¿Cuántos Saramagos?, ¿Cuántos Nerudas?, ¿Cuántos García Márquez?, ¿Cuántos Tagores?, ¿Cuántos

Marcos? no se quedaron con las ganas de expresarse públicamente –o se expresaron– desde la ignominia más pura?

Lentamente descifro garabatos que, ante la posible sorpresa de ser descubiertos, de ser vistos, de ser interpretados, de ser comprendidos… los escritos en su complejidad aparentemente dificultan su lectura. Los hay lo más directo posible, algunos otros, develan los esfuerzos por que el mensaje cause la hilaridad de los reyes. Otros son el escaparate de sus vivencias bañadas de frustraciones o cínicamente de sus vivencias en apariencia llenas de satisfacción. Los más son muy repetitivos, estos son los más clásicos, los del doble sentido, los del albur puro, los del mensaje directo, que permiten ya no solo imaginar, sino ver la sonrisa burlona del incógnito autor.

Al momento un espasmo violento detiene mis cavilaciones, mientras una gota… gotas recorren mi frente producto del esfuerzo, de las ganas del cuerpo por deshacerse de lo inservible del cuerpo… la naturaleza es sabia…y todo termina tan pronto como llegó. Al momento con un movimiento de mi mano izquierda impido el recorrido de las gotas de mi frente, ahora ya completamente perlada y la deslizo hasta llegar a mi nariz, para nuevamente cubrir un intento de suspiro… para dejar soltar el cuerpo ahora ya cansado por la tremenda lucha emprendida… por tan tremenda refriega entre el bien y el mal.

La quietud y el silencio envuelven por un instante el espacio. El penetrante olor no desaparece, ¡todo sea por el descanso del cuerpo! ¡Todo sea por el gozo del cuerpo!, ¿o no será así don Freud?... ¡Todo sea por deshacerse de cargas inútiles! ¡Todo sea por…! Así de repente… de una manera súbita me devuelvo a la realidad, ¡Ah que pinche olorcito!

Volteo despacio hacia los lados, buscando encontrarme con un tan deseado trozo de papel y, sin embargo… la mirada se me pierde en un vacío, en un hueco que denota haber servido para albergar en otros ayeres un posible rollo, quizá terso, suave y esponjosito o de hoja sencilla y áspera, pero ahora, sólo guarda los restos amarillentos –caso tirándole al más oscuro de los

ocres– que da el paso del tiempo. El maltrato y el descuido de quienes tanto lo necesitamos y en manos de quienes acabó su existencia.

Mientras estos pensamientos se acuñaban en mi cabeza, mis manos empezaban a rasgar unas páginas de las noticias del día. Apreté con desenfado las mandíbulas, mientras intentando minimizar el ruido que ocasionaban el periódico al ser estrujado de mil maneras. Fueron movimientos continuos y repetitivos hasta lograr desaparecer la textura rígida del papel. Con el debido cuidado continúo el movimiento de las manos, hasta conformar los papeles en una pequeña bola que, al desbaratarla y volver a extender, las hojas demostraban haber alcanzado una cierta tersura que ya brindaba la suficiente confianza para su inusual requerimiento. Ahora podía tener la seguridad de transitar por el mundo con la conciencia tranquila…

Con la apuración reprimida, el descanso llegó junto con una explosión de alegría y súbitamente alcanzo la verticalidad para iniciar la lucha por acomodar mis ropas al estado en que las traía junto cuando llegué. Es más, creo que por esta vez quedaron mucho mejor acomodados mis trapos. Inclino mi cuerpo con algo de esfuerzo por lo reducido del espacio y alcanzo a levantar las pocas páginas que aún sobrevivían de mi diario, e inicio con una tarea noble, rasgarlas en pedazos lo suficientemente grandes para poder sanear la apuración de tan nobles visitantes futuros.

Todo iba aparentemente bien, más cuando me aprestaba para accionar la palanca de que permitía la fuga del agua, mis manos de manera mecánica se crisparon de coraje, tristeza, dolor… ¡No había palanca alguna! Sentimientos mezclados con la desesperación de heredar un trono lo suficientemente aceptable para el siguiente rey…Con sumo cuidado intento mover el alambre –sustituto improvisado de la palanca– enredado que por el contacto directo y continuo con el agua se encontraba completamente corroído, y estaba unido a los restos del sapo solo con unas ligeras líneas de ixtle en recuerdo de lo que en algún día fue un lazo en toda la extensión de la palabra.

Con el mayor de los cuidados introduje el dedo pulgar en el arillo de alambre y halé hacia abajo, con la terrible sorpresa de que ese fue su último intento por ser útil, las lánguidas fibras se rompieron impidiendo el tan deseado accionar. ¡El intento fue un rotundo fracaso! Decidido a lograr mi cometido, alcanzo a mover lo que quedaba de la tapa del respaldo del trono. Esta se asemejaba a un rompecabezas mal hecho, como muestra inequívoca de haber sufrido la desgracia de no una, sino varias caídas. Los pedazos aún con vida se asían entre sí, de una manera poco delicada. Un ladrillo visiblemente desgastado por su borrascosa vida y por su inesperada misión, cubría el hueco de las piezas faltantes de la tapa, ahora convertida en rompecabezas… rompecabezas como mi inefable existencia… incompleta porque siempre queda un halo de tiempo para seguir construyendo… porque nunca en la vida nos alcanza el tiempo para construir.

Y finalmente nada…nada de agua había en su interior, sólo una fuga que asemejaba a un alcatraz transparente y cristalino, que al verter el agua hacia la parte inferior se transformaba en una serpiente que de inmediato buscaba evadirse –con su movimiento curvilíneo– de su inutilidad a través de una esquina rota por donde se precipitaba hasta golpear el piso y salpicar a su derredor, manteniendo –así lo veo– una humedad constante donde los musgos patinaban de ese exquisito verde amarillo las paredes. No habiendo gota alguna, me encuentro en graves problemas… ¿Oh no? ¡Graves problemas! ¿Cómo deshacerse de tales inmundicias?

Afuera ya se oían los ruidos de doña impaciencia siempre acompañada de sus hijas las apuraciones. Y yo aquí, ni como ocultar, desaparecer o eliminar mis chingados despojos, si el trono –apenas me doy cuenta– ni siquiera contaba con una tapa que al bajarla bien pudiera disminuir el tremendo enfrentamiento visual. Muy cierto, no había cubierta alguna con que ocultar aquellito que emergió con gran dicha y ahora… me causaba gran pena. No había nada que hacer…

Por un momento me envolvió la duda… Sin embargo, la decisión estaba tomada, deslicé el cerrojo violentamente ocasionando un

espantoso ruido y la puerta se abrió sin vergüenza alguna como acostumbrada a ese tipo de sonrojadas apuraciones. De frente me encontré con dos o tres tipos —delfines— candidatos a rey con el dolor reflejado en sus rostros, caminando de un lado a otro, los cuales me quedaron mirando fijamente, y pude percibir en sus bocas un grito ahogado de angustia y desesperación. Casi pude leer en sus pensamientos un… ¡Quítate güey! ¡Órale compa' que me toca mi turno! ¡Esto urge, no te hagas pendejo! Con voz entrecortada me pedían a gritos que era la hora de ascender a la cúspide de la aristocracia, que me hiciera a un lado para ser uno de ellos el elegido. Solo alcanzo a esbozar una farsa de sonrisa.

De repente me percato que enfrente y a unos cuantos pasos estaba un tambo de donde se desbordaba el agua, como diciendo ¡aquí estoy para librar las carencias detectadas!, Entonces sin inhibición alguna levanté con firmeza el brazo y con gran determinación les marqué el alto, acto que por un momento los dejó perplejos e impávidos, pero la reacción no se podía esperar, y mientras avanzaba apresuradamente hacia un balde viejo, recibí una sarta de recriminaciones con un alto tinte de mentadas.

El balde fue levantado con la apuración que el momento exigía, para de inmediato ser introducido en la boca del tambo. Apenas lo vi inundarse y perderse en su interior, cuando de un solo movimiento lo vi levantarse por los aires derramando y formando una larga estela hilos de agua.

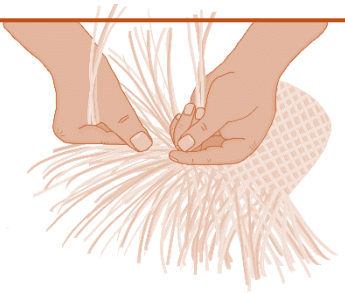
De dos o tres pasos, ¿o? cuatro, cinco o seis me apeé junto al trono y con rapidez levanté la cubeta inclinándola lo suficiente para verter intempestivamente sobre el punto álgido de mi preocupación, todo el tan deseado líquido. Mientras tanto no dejaba de sentir como se encajaban en todo el territorio de mi espalda un friego de miradas inquisidoras.

Finalmente, la presión del agua al caer cumplió su objetivo, ya que mando a lo más recóndito del infinito a la materia allí depositada. Al momento recobro la calma y sonrió sarcásticamente cavilando para mis adentros, ¡nada se pierde, nada se crea, solo se transforma!

Con los brazos caídos y un caminar pausado me di la vuelta con la tranquilidad de estar consciente de la importancia que tiene el heredar un mundo impío a las nuevas generaciones aristocráticas. Con aire y porte de un ex rey, con la mirada —ahora— altiva, caminé por entre la gente hacia el lugar donde se encontraba eso que en algún tiempo estuvo ocupado por un lavabo, mientras los otros reñían y vociferaban por ocupar el trono.

Con una lata de sardina –quizá ya no valga la pena decirlo, pero, en fin, toda oxidada y deforme– aparaba el agua de una vieja llave y la coloque en lo poco que quedaba del mueble todo quebrado del lavabo… sólo raigones de lavabo quedaban, la acomodé con sumo cuidado para que no se volteara y derramar el agua que tanto se necesita –bah no me conocía este perfil ecológico– para todo. Sí, para todo. Para todo…

Al mismo tiempo, me apresté a tomar algo de jabón en polvo con las yemas de los dedos previamente humedecidos. Me enjugué las manos repetidamente hasta sentirlas y verlas completamente limpias. Al terminar y por falta de papel para secar, sacudí las manos violentamente, esparciendo residuos de agua por todos lados. Al percatarme de que nuevamente estaba sólo, las pase por entre mis ropas hasta quedar satisfecho del secado. Me cubrí la cara por última vez y respiré sutilmente adquiriendo la seguridad para emprender mi retirada. Decidido caminé hasta la puerta, me detuve entre su marco, miré hacia ambos lados de la calle, introduje las manos en los bolsillos del pantalón, encogí los hombros, encorvé la espalda, respiré —aire no menos contaminado— y me dispuse a enfrentar al mundo.



Noche

fría y tormentosa

Hace mucho frío y está lloviendo. La noche perfecta para dialogar contigo mi bella luna y al mismo tiempo, la luna de todos los poetas del mundo. Un viento juguetón mece las ramas que alcanzo a ver a través de la ventana. Tiritan las hojas de frío. Ríen las hojas bajo la rica ducha nocturna. Las gotas caen sin cesar formando una cortina de gotas que todo lo mojan. Riachuelos corren entre el asfalto buscando refugio. Estoy solo a las 3 de la madrugada y no puedo dormir. Camino lentamente hasta pegar mi frente en la ventana buscándote entre la negrura de la noche. Esbozo una sonrisa mientras dejo escapar el humo de mi cigarrillo. Sonrió y suspiro al encontrarte entre

un mar de nubes alborotadas. Agitadas por la inquietud de mis pensamientos. Ahí está mi luna. Ahí apareces con toda tu luz. Luz de luna. Tú, luz de luna brillando con toda su intensidad, librando una constante lucha con la oscuridad. Luz que logra penetrar y desgarrar los cuerpos de agua que se precipitan y cubren con su manto de humedad el instante en que estoy buscando encontrarme contigo, mi vida luna. El escenario ocasiona poder ver y observar con toda claridad la historia de nuestras vidas. Los pequeños trozos de nuestras vidas que hemos podido compartir. Luz de luna que todo lo alumbra. Haces de luz que ilumina nuestro territorio de vida. Esa que imaginariamente compartimos entrelazados pensamiento a pensamiento en un acto puro y ortodoxo de romanticismo. Banal, procaz y etéreo romanticismo. Luz de luna que alumbra los senderos inciertos de la vida que uno pretende recorrer acompañado de quien ama. Recorrer y reconocer esos pequeños pedazos de vida tomados de las manos. Manos que contienen un puñado de deseos. Te quiero y te deseo luna. Deseos que extiendo en las palmas de las manos, con los brazos levantados hacia el infinito buscando la aprobación del universo que domina tu conciencia. Con la mejilla pegada en el cristal, doy una fumada más al cigarrillo queriendo apagar la necedad de mi interior. Te miro y leo en tu mirada tu ferviente deseo de iniciar una muy sutil retirada. Dos cómplices nubes en un movimiento sincronizado empiezan a juntarse hasta cubrir tu bello rostro, ese hermoso rostro salpicado de estrellas. La luz de luna ha sido derrotada por la oscuridad de la noche. El humo empaña el cristal. El mismo humo que empaña mi conciencia. Por momentos me distraigo al ver reventar la total oscuridad con un continuo de serpenteantes rayos de fuego que avivan el paisaje. Las gotas de agua pegadas al cristal descienden caprichosamente por su helada superficie. Gotas de

lágrimas de nuestra madre naturaleza. Gotas de vida que anuncian la continuidad de nuestra existencia. Al momento me distraigo por el ladrido de mi perro, que ante el impactante estruendo responde reclamando el rompimiento de su sueño. Fijo la mirada a través de la ventana y la luz de los relámpagos alcanza a iluminar el vaivén de las hojas que han caído del viejo árbol, que he visto crecer y envejecer a mi lado. Viento, hojas, luz y ruido es lo que perciben mis oídos. Levanto la mirada y tú no estás. Camino unos pasos y tomo de la mesa esa copa de ron que comparte su calor conmigo. Sorbo a sorbo acompaña la letra de una canción de Aute… *"Desde hace algún tiempo te siento distinta, no sé qué será, pero no eres la misma. Observo en tus ojos miradas que esquivan la mía. Cansado de tanto buscar tus pupilas, pidiendo respuestas a cada por qué, pero adivino en ti algo que empieza a huir y no quiero entender. Cuando un presentimiento no crea razón, solo infunde temor, Siento que te estoy perdiendo, siento que te estoy perdiendo, perdiéndote…"*. Con la copa entre mi mano y el cigarro agonizante en la otra, camino lentamente remojando mis labios entre tu recuerdo, justo en el momento que un desobediente haz de luna corta de tajo la oscuridad. La lluvia arrecia y algunos pajarillos emprenden el vuelo en busca de un mejor refugio. Otro trago profundo y tu imagen empieza a dibujarse delante de mí. El momento de aquella primera vez en que tu luz hizo recordarme la razón de mi existencia. El amor a la vida. El amor a la Naturaleza, El amor a la luna. Apareciste y transformaste la palabra amor. Renaciste la palabra amor. Apareciste y abonaste la tierra. Apareciste luna y cultivaste un racimo de sentimientos adormecidos. Apareciste y te convertiste en la musa, mi musa. La luna musa de todos los tiempos. La calma ha vuelto y el perro permanece echado a mi lado. A veces transitamos por la vida sin dejarnos sorprender por las

maravillas que nos rodean, Maravillas que están y no están. Maravillas que al otorgarle presencia e importancia son capaces de dar un giro a nuestra vida toda: la lluvia, el canto de los pájaros, los rayos del sol, el colorido florido de los campos, el croar de los sapos cancioneros, la risa de los niños, el apretón de manos de los amigos, la mujer amante de por vida, la mujer que se niega a ser amante, la música de los vientos, la fiesta de mi perro a la llegada y por supuesto, tú, mi hermosa luna. Mirar atrás me traslada al jugueteo de conquistar tus miradas. Caminar por las noches se volvió una exquisita costumbre. Levantar la mirada y encontrarte nos permitía iniciar un diálogo con la luna. Levantar la mirada y dejarme envolver en tu mirada y en tu sonrisa siempre vale la pena. Levantar la mirada y saber que estábamos en comunión con nosotros mismos. El cigarrillo ha muerto y permanece inerte en su lecho, acompañado de otros que tuvieron el mismo fin. Hace frío, mucho frío, pero decido no cubrir mi cuerpo con otra prenda más abrigadora, por temor a caer en brazos de Morfeo e impedir tejer esta última historia. Tomo la botella y la levanto para dejar caer otro chorro del incitante ron en el vaso que gustosamente lo recibe, tanto como yo hubiera querido que recibieras mi ardiente licor con sabor a mí, justo en el momento de hacer de dos cuerpos, uno. Tú luna, su luna. La luna que egoístamente la hice de mi propiedad, sin querer entender que es la luna de todos. Luna que ha sido *ley motiv* de inspiración desde que el hombre ha sido hombre. Más cuantos caminan largos caminos con la cabeza agachada. Más cuantos no se dan la oportunidad de levantar la mirada y maravillarse con lo que se ve, con lo que aparece en el horizonte. Como tú apareciste luna. Peleo con la caja de cigarrillos por robarle otro trozo de calor y cuando lo he conseguido, mis ojos buscan encontrarse con el encendedor que está perdido por ahí entre los libros y periódicos

adormecidos en el desorden. Logrado el objetivo, el fuego interrumpe la espera del cigarrillo por ser prendido e inhalo deliciosamente la esencia de su cuerpo. La lluvia amaina y las nubes han vaciado su elixir de vida dando inicio a una artística danza en donde la luna tiene una importante actuación, apareciendo en los momentos estelares ante mis ojos y avivan mis pensamientos. El tiempo nos jugó una mala pasada, pero el tiempo es sabio y sabe lo que hace, solo es cuestión de otorgarle el crédito a su infinita sabiduría. El tiempo nos colocó en instantes y lugares distintos, justo en el tiempo en el que pudiésemos haber coincidido para unir nuestras miradas y nuestros cuerpos. Nos colocó ante otros ojos, ante otras miradas. Sin embargo, el tiempo sabio nos dio el tiempo para encontrarnos. Y ahora nos otorga el tiempo para otorgarle otro sentido a la vida, vida luna. La necedad por voltear a mirarte y levantar mis brazos hasta alcanzarte, tomarte y guardarte en mi regazo hasta hacerte parte de mí, era porque así me nacía desde lo más profundo de mis sentimientos y porque sentía que algo estaba sucediendo en ti que enfrentaba una intensa lucha por romper lo establecido. Así lo sentía al tener tus manos entre mis manos y al envolverte entre mis brazos y al rosar con mis labios la tersa piel de tus mejillas. Algo estaba pasando en mí y en ti por eso la insistencia y la necedad. Más el tiempo es sabio y su sabia sabiduría nos da la excelente oportunidad de reorientar nuestros destinos, aquellos que un día pensé podían caminar en la misma dirección. Más fue eso un solo pensamiento. Las nubes se han retirado a descansar y únicamente nos dejó la humedad que junto con el viento hacen de la noche, una noche de silencios prolongados, mismos que se presentan como los momentos perfectos para pensar en ti, mi luna. Y reafirmo, mi luna, porque, aunque la vida te acercó a otros ser, la terquedad de mi ser le ha arrebatado una parte que ya

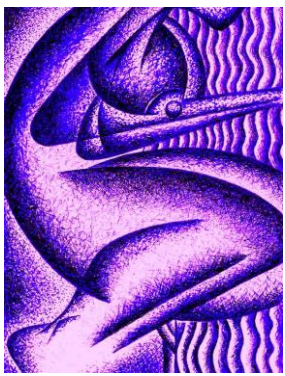
no me la puedo desprender, aunque pasen todos los tiempos de mi existencia. Porque sé que, aunque no voltee la mirada hacia ti, aunque pase de largo en mi andar, aunque no escuche tu voz o no perciba tu silencio. Tú ahí permanecerás. Tú bella luna ahí estarás. Quizá aparezcan otras maravillas de la naturaleza ante mis inquietas miradas, pero como la luna, ninguna. Otro sorbo y otra fumada para encontrarme con mi luna amada. Los sonidos de la noche me recuerdan que hay vida dentro de mí y afuera inevitablemente estás tú, luna, junto a tu historia toda. Esa historia que hice parte de mí con sus lejanías y cercanías con la realidad. Esa historia de una vida de ilusiones con M de mujer y con L de luna. Una historia de encuentros y desencuentros con tu vida misma, vida luna. Una historia de secretos íntimos y de vidas compartidas, vida luna. Una vida de compromisos adquiridos con la vida, vida luna. Una vida de aparentes apariencias, vida luna. Una vida de riesgos peligrosos, vida luna. Una vida de sugerentes decisiones, vida luna. Una vida de disfrute pasajero, vida luna. Una vida en la búsqueda constante de dar vida, vida luna. Una vida de risas, llanto y dolor, vida luna. Una vida de acercamientos místicos, vida luna. Una vida donde sin recelo alguno renegamos de dios, vida luna. Una vida de conquistas y ser conquistada, vida luna. Una vida, vida mía, vida luna. Con el cigarro jugueteando entre mis dedos, suelto una bocanada de aros que susurran a mi oído una triste despedida. La humedad del ambiente recorre mis sentidos y se anida en mis pupilas, de dónde emprende la huida y se empieza a derramar y deslizar lentamente por entre mis mejillas. Lluvia en mis ojos húmedos de lluvia. Me acomodo en el sillón y escribo estas notas llenas de rencor conmigo mismo. El lápiz se desliza por la superficie de una hoja que ha perdido su virginal pureza ante tantas tachaduras y borrones. Más se muestra complacida por ser

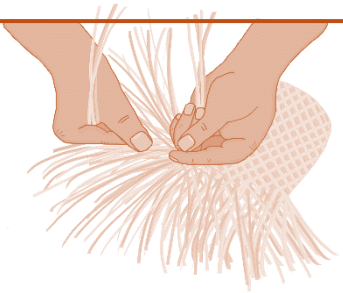
poseedora de pensamientos y sentimientos plasmados en su superficie. No es una hoja cualquiera, es una hoja que ha atrapado a la luna entre sus letras. Detengo por un instante el arar del lápiz en la tierra fértil de la maltratada hoja, cuando al oído llega un mensaje que escapa por entre las bocinas. Ondas sonoras que trasladan la voz Silvio Rodríguez y trastorna mis sentidos. Al instante detengo el viaje de mi copa con rumbo hacia mi boca. Y aguzo el oído un tanto desmotivado para continuar con mi escritura… Con la mano en la barbilla, atento escucho, *"Como gasto papeles recordándote. Como me haces hablar en el silencio. Como no te me quitas de las ganas. Aunque nadie me vea nunca contigo. Y como pasa el tiempo, que de pronto son años, sin pasar tú por mí, detenida. Te doy una canción, se abre una puerta y de la sombra sales tú. Te doy una canción de madrugada, cuando más quiero tu luz. Te doy una canción cuando apareces el misterio del amor, y si no lo apareces no me importa, yo te doy una canción…* Es entonces cuando me doy cuenta de que todo estoy lleno de ti, luna. Todo lo llenas tú luna. Tu luz lo baña todo a estas horas de la madrugada. Hace más frío seguramente por ahí la lluvia se hizo acompañar de sus amigos lo granizos. Por ahí el paisaje se ha de haber cubierto con una sábana blanca. Hace mucho frío y tu luz bosqueja un amanecer distinto, sin ti y contigo. El frío arrecia pues el viento lo hace penetrar por cada rendija de la casa. Aplausos, fuertes aplausos recibe Silvio del público conocedor de tanta poesía hecha canción. Aplausos para nosotros dos, la luna y yo por haber tomado una decisión tan dolorosa. Aplausos para ti porque se cumplan tus más anhelados deseos. El deseo de que desaparezca de tu inquietante vida. Aplausos para mí porque no me cegó el deseo de poseerte entera, sin que tú también lo quisieras mi bella luna. Quizá ante tus ojos pase como un romántico derrotado y eso haya limitado nuestros

verdaderos alcances en la vida. Quizá eso no te brindó la seguridad que tú necesitabas para dar los pasos que no querías dar. Quizá mi historia en amores no acumuló las suficientes experiencias. Quizá no tenga una respuesta correcta para un inesperado encuentro, donde inevitablemente fuéramos sorprendidos por los ojos de los demás. No hay respuestas, pero ten la plena seguridad que encontraría la mejor para todos, para ti luna, para mí, para todos. Bueno es reconocer que todas las historias son distintas. Quizá nos faltó tiempo y decisión para seguir escribiendo nuestra propia historia. Historia completamente diferente a las otras historias de los tantos amantes de la luna y qué bueno que así fue, porque no soy de la idea de caminar por los caminos que han caminado los demás. No, me gusta hacer mis propios caminos. Creo que a nadie le convence escribir todo lo que otros han escrito. No hay que hacer copias de la historia. No, la nuestra era la historia de una nueva luna, de una luna distinta, de una hermosa luna, de esa luna que hiciera la diferencia. La lluvia ha cesado por completo y la luna se ha acurrucado entre su lecho dejando una estela de oscuridad y de silencio. Más ron, otro trago de ron y un largo rato de silencio. La música ha callado por un momento y no me atrevo a moverme por la posibilidad de romper el hilo conductor de mis pensamientos. Cuánto frío y cuanto silencio. Cuanta oscuridad en el escenario exterior. Los últimos distractores de la noche poco a poco se han silenciado. Incluso un cigarro más ha fenecido entre mis dedos. Cuando el lápiz empieza a atrapar ideas, no hay tiempo ni para una profunda fumada, ni un delicado sorbo del embriagante ron. No hay que perder la oportunidad de ir al encuentro de nuestros pensamientos. Hay que continuar escribiendo otra historia. Sé que suena bastante ilógico pero los sueños siempre hay que luchar por alcanzarlos. En el sueño se crea y se recrean las historias.

Pero en la vida real se concretan. Ubicarse siempre en la construcción de un costal de sueños sin la pretensión de llegar a ellos, es dejarlos en la gestación eterna donde nunca llegará el alumbramiento. Es la pintura apenas bosquejada en lienzo. Es la escultura inconclusa no acabada de nacer. Es la poesía truncada por la ausencia de una musa inspiradora. Es el canto estancado en la garganta. Es voltear la mirada hacia la nada. Es pensar que existes solo en mi imaginación, cuando siempre has estado al alcance de mi mano. Nuevamente dejo escapar el humo de mi boca y de inmediato empiezas a aparecer ante mis ojos. Te tengo aquí frente de mí a estas horas de la madrugada. De esta fría y húmeda madrugada. Tu nítida imagen que ansío acariciar con la delicadeza que mi mano puede brindar. Y recorro tu frente con la punta de mis dedos y la dejo deslizarse por la orografía de tu nariz, lentamente, sin quitar mi mirada de tu mirada. Con toda parsimonia acaricio tu piel de estrellas salpicada. Con delicadeza acaricio esos delicados craters de tus mejillas dignos de la más grande expresión alegórica de tus sentidos. Intento penetrar en tus pensamientos y no lo logro solo percibo tu respiración. Soplo de vida al borde del atrevimiento. Con la punta de mi dedo índice recorro la humedad de tus labios. Labios de rojo carmín que enmarca tu inocente sonrisa. Labios de líneas perfectas para la provocación de un beso. Y te miro insistentemente y no me cansa la hermosura de tu rostro bella luna. Te miro por última vez, puesto que poco a poco vas dando la espalda e inicias un nuevo camino. Te miro y al mismo tiempo en que te pierdes entre la noche. Solo el tic tac del viejo reloj acompaña tu caminar. La música entiende mi sin razón y calla. Me levanto y camino hasta la ventana. Con la mirada fija en la nada, compruebo tu total retirada. El frío me recuerda la fragilidad de la existencia y la perennidad de la luna. Camino mis últimos pasos por los senderos de la

noche. Volteo a ver el reloj y las manecillas desveladas me gritan tic tac, tic tac, tic tac son las 4:45 y es entonces cuando comprendo que la luna ya no está, que la luna se ha ido. Tomo el vaso y de un solo trago termino con el ron, también ya sin extraer las últimas esencias del tabaco, acabo con su existencia presionándolo sobre la superficie de un desbordado cenicero. Tomo la hoja que contiene la historia de los *diálogos con la luna* y empuño el lápiz que ha pintado y esculpido la vida de dos cuerpos amorosos prohibidos, prohibidos por ser eso… una utopía entre la luna y yo. Doblo las hojas y las anido entre mi cuerpo. Mi perro "Dalí" —aún adormilado— rasca con insistencia su tapete de dormir, dando un par de inciertas vueltas y se echa, todavía alcanza a dirigir su mirada hacia mí para despedirse. Todos ellos, han brindado una agradable compañía en estos últimos tiempos de vida. Pero sobre todo en estas últimas horas de la noche. Fría y lluviosa noche como ninguna. Me acurruco en mis aposentos. Me cubro con una acogedora manta para alejar al frío. Cierro los ojos y doy gracias. Le doy las gracias a la vida, sabiendo que mañana será otro día. Otro día de noche de luna nueva.





Los microbios
no existen

(Teatro Guiñol)

Protagonistas:

Maestra Nely,
Doctor sabelotodo,
Coco el microbio,
Alumna Dolores y
Alumno Pepito.

— ***Pepito.*** ¡Puffffff!, que bueno que ya terminó la clase! ¿verdad Dolores?

— ***Dolores.*** ¡Sí, la maestra hoy sí que nos quiso espantar con eso de los microbios!

— ***Pepito.*** ¡Claro!, piensa que por ser niños nos vamos a creer todo lo que nos dice.

— ***Dolores.*** Je-je-je-je, si me acuerdo cuando nos dijo que todas las mujeres y hombres descendemos de los monos, eso me causo mucha risa… je-j-je-je.

— ***Pepito.*** Imagínate, que nuestros tatatatarabuelos hace muchísimos años andaban saltando de un árbol a otro y arrastrando una semejante colototota.

— ***Dolores.*** Tienes razón Pepito, aunque a veces me entran las dudas… porque ya viste al niño de ahí enfrente. Míralo muy bien. A poco no ya nada más le falta estar comiendo bananas para parecerse a los changos del zoológico de Zacango, ¿verdad?

— ***Pepito.*** No seas tan exagerada, está bien que no esté tan guapo como yo… pero no es para tanto.

— ***Dolores.*** Y no te acuerdas de cuando nos dijo en clase, que, si queríamos ir a ver a las momias de Guanajuato en unas vacaciones, no dejáramos de ver la Tutankamón… ahí en el museo.

— ***Pepito***. Uyyyyy siiiiiiii, qué miedo me dio, al saber que son gente que se murió hace cientos y hasta miles de años, pero que se conservan casi en perfectas condiciones, de tal manera que aún se puede reconocer como era su cara cuando vivieron y cuáles eran sus costumbres para vestirse.

— ***Dolores.*** No sigas, que de escucharte ya se me está poniendo chinito el cuero.

— ***Pepito.*** ¡Miedosa y chillona!, y eso que no te he platicado cuando fuimos a Guanajuato con mis papás, me di cuenta de que mirarlas de frente, da más miedo que solo describirte a las momias. Ya sentía que se me caían los pantalones, pero me hice el fuerte ante mis

"jefes". Y… ¿qué crees? Nunca encontré la momia de Tutankamón.

— ***Dolores.*** Pero si serás tarugo, la momia de Tutankamón no está en Guanajuato, esta perteneció a la cultura Inca, por eso está en Perú, ¿verdad niñooooos? *(le pregunta al público)*

— **Niñas y niños.** ¡NOOOOOOOOOOOO! *(público)*

— ***Dolores.*** Viste Pepito, estos niños si saben. ¡Griten fuerte donde se encuentra la momia de Tutankamón! *(se dirige al público)*

— ***Niñas y niños.*** En Egiptoooooo. *(público)*

— ***Dolores y Pepito.*** ¡Claro en Egipto? *(gritando)*

— ***Pepito.*** ¡Órale, Dolores!, ya te distes cuenta de que estos niños si están bien informados, seguro nuestra "seño" no es su maestra.

— ***Dolores.*** Estoy completamente de acuerdo. Oyes, pero de tanto chismear ya hasta me dio hambre. Ven vamos a comernos unas ricas enchiladas de allá afuera...

— ***Pepito***. Perfecto… y luego nos las bajamos con un agua fresca de horchata… y por último nos recetamos unos chicharrones con mucho chilito y limón.

— ***Dolores.*** Oyes Pepito, ¡alto! Y si la maestra tiene razón con eso de los "microbios".

— ***Pepito.*** ¡Cálmate Dolores!, si tu misma lo dijiste, que solo nos quería espantar para que no compráramos cosas en la calle. Mmmm mmmm mmmm ahora entiendo por qué te llamas así, si antes de que te comas las cosas ya estas quejándote, o sea que ya tienes "dolores"… no manches y ven vamos a darnos un banquete escolar.

— ***Dolores.*** Ustedes… ¡Síííí ustedes! ¿No quieren?, no se espanten por lo que dice la maestra de los microbios, no es cierto que los microbios causan algunas enfermedades. ¡Los microbios no existen! Vamos les invitamos algo…

Dolores y Pepito simulan que están comiendo muy alegremente y poco a poco se van desapareciendo, al mismo tiempo que por el otro lado va surgiendo "coco" el microbio, soltando tremenda carcajada y frotándose las manos.

— ***Coco.*** ¿A ver niñas y niños, ya se dieron cuenta en lo sucias que tienen las manos el señor que prepara las aguas frescas? ¿De dónde sacará el agua? ¿Ustedes creen que se gastará unos pesos más para comprar agua de garrafón? ¿Verdad que no?

Coco se mesa los cabellos y hace una señal de triunfo levantando los brazos como cuando se llega a la meta, se queda un poco quieto y lentamente va clavando la mirada en el público, hasta que señala a algún niño y le dice directamente…

— ***Coco.*** Tú, el de los pelos necios como yo… ya te distes cuenta de las uñotas llenas de mugre del joven que vende los chicharrones, imagínate cuantos de mis amigos los microbios se escurren a tus chicharrones cuando les exprime los limones, ¡Uhhhh qué rico!

Coco se dirige nuevamente al público y ahora se dirige hacia una niña.

— ***Coco.*** …Y tú niña bonita… si tú, la de las chapitas coloradas… creías que no te he visto cuando le compras enchiladas a la señora que cada rato se está subiendo los cabellos que se le vienen a la cara, por donde escurre el sudor que se limpia con las manos, de tanto trabajo que tiene con ustedes.

Coco exagera sus ademanes y sube el tono de voz para casi gritar, dirigiéndose a todos…

— ***Coco.*** Y cuando les cobra, toma las monedas y billetes con las manos. Qué felicidad me da saber que los microbios vamos a tener una casa donde vivir y esa casa son nada más que ustedes, los que compran comida y chucherías en la calle.

Coco nuevamente fija su mirada en el público y les pregunta…

— ***Coco.*** A poco no esto nos debe dar mucha alegría a todos, ¿Qué chido no?... *(Espera la respuesta del público).* No escuché su respuesta niñas… No escuche su respuesta niños… Díganme fuerte ¿A poco no los microbios somos muy buenos?
— ***Niñas y Niños.*** *(público)* NOOOO NOOOO
— ***Coco.*** Pero porque dicen eso, si nosotros les causamos muchas enfermedades. ¿Eso no está bien?
— ***Niñas y Niños.*** *(público)* NOOOO NOOOO
— ***Coco.*** Ahora si ya me hicieron enojar y por eso ya me voy…

De una forma apresurada Coco desaparece de escena, mientras por otro lado empieza a aparecer la Maestra Nely y el Doctor sabelotodo platicando desinteresadamente…

— ***Maestra Nely.*** Hay doctor, fíjese que mis alumnos como que no creen nada acerca de lo peligroso que son los microbios para nuestra salud.
— ***Dr. Sabelotodo.*** ¡Si lo creo!, Imagínese si los ojos de los niños fueran microscopios, ellos serían capaces de ver todos los seres tan chiquitos que no podemos ver a simple vista y entonces sí nos creerían al ver los miles de microbios y bacterias en todas partes y en todas las cosas que tocamos y comemos.
— ***Maestra Nely.*** Doctor por qué hay quien dice que las bacterias pueden ser nuestros amigos y al mismo tiempo mortales enemigos del hombre.
— Dr. Sabelotodo. En principio habría que explicarles a los niños que los microbios son bacterias y solo llamamos microbios a las bacterias que nos ocasionan enfermedades.

La maestra Nely voltea y mira al público y con asombro dice…

— ***Maestra Nely.*** Pero mire Dr. Cuantas amigas y amigos tenemos aquí enfrente, creo que les gustaría escuchar lo que me acaba de explicar.

El Dr. Se dirige hacia el público y con voz fuerte les dice.

— ***Dr. Sabelotodo.*** ¿Me escuchan?
— ***Niñas y niños.*** *(público)* Síiiií
— ***Dr. Sabelotodo.*** Le decía a su maestra que las bacterias sin animales y plantas que no las podemos ver a simple vista por lo pequeñitas que están, solo las podemos ver con microscopios. ¿Me entienden?
— ***Niñas y niños.*** *(público)* Síiiií

— ***Maestra Nely.*** Entonces acláreles por favor a mis alumnos, porque se dice que hay bacterias buenas y malas.

— ***Dr, Sabelotodo.*** Con mucho gusto maestra. Se dice que hay bacterias buenas porque algunas de ellas les dan sabor a las comidas, eliminan a las plantas y animales muertos, pudriéndolos y enriqueciendo al suelo. El queso que tanto nos gusta para nuestras tortas se hace utilizando bacterias, por mencionar uno ejemplo…

— Y las malas, a las que llamamos microbios, entran en nuestro cuerpo y se reproducen allí ocasionándonos enfermedades, pero no se espanten amiguitos, afortunadamente la mayoría de las bacterias son útiles, ¡Sí, útiles, aunque ustedes no lo crean!

— ***Maestra Nely.*** Hay doctor ojalá y a mi me entendieran y sobre todo me creyeran lo que les enseño acerca de las bacterias llamadas microbios, para que se cuiden de las enfermedades al no comer cosas donde se dude de la higiene con que son preparados los alimentos. Por último, les podría decir a los niños que enfermedades se pueden adquirir por medio de los microscopios…

Coco sale intempestivamente y levanta los brazos en son de triunfo.

— ***Dr. Sabelotodo.*** Pongan atención amiguitos, por microbios tan malos como este —señala a coco— nos podemos enfermar de tifoidea, disentería, neumonía, escarlatina, sarampión, malaria, salmonelosis, etc…

— ***Maestra Nely.*** Gracias Doctor, se me hace tarde, así es que después continuamos platicando. ¡Hasta luego niños!

Sale nuevamente la maestra dispuesta a empezar otro día de clases y empieza por pasar lista…

Al mismo tiempo Coco el microbio aparece a la espalda de la maestra y hace muecas de burla por la ausencia de Dolores y Pepito.

— ***Maestra Nely.*** *—simulando tener una lista en sus manos—* Dolores Fuertes de la Panza… Dolores Fuertes de la Panza… —levanta la mirada y menciona en voz alta moviendo la cabeza— otra vez no vino.
— ***Maestra Nely.*** Pepito del Chorro Continuo… Pepito del Chorro Continuo… *—lo busca con la mirada y nuevamente dice—* este tampoco vino, ¿qué les pasaría? *—pregunta al público—* ¿Alguien sabe por que no vinieron estos alumnos?
— ***Niñas y niños.*** *—público—* Se enfermaron por comer cosas en la calle. *—gritaron fuerte y a coro—*
— ***Maestra Nely.*** Ya sé, al terminar la clase voy a ir con el doctor a su casa para ver de qué se enfermaron estos pingos.

La maestra sale de escena y aparecen Dolores y Pepito doliéndose de la panza y quejándose amargamente. Coco está atrás de ellos siempre burlándose de su sufrimiento.

— ***Dolores.*** Qué nos habrá pasado Pepito. Por qué nos dolerá tanto la panza.
— ***Pepito.*** De qué te quejas, lo bueno que tú nada más tienes cólicos, pero yo ya no aguanto esta diarrea.

Poco a poco aparecen la Maestra Nely y el Dr, Sabelotodo…

— ***Dolores.*** Mira Pepito, la maestra Nely y el Doctor Sabelotodo vinieron a visitarnos.

— ***Pepito.*** Que bueno, porque ya no aguanto más.

— ***Maestra Nely.*** Con que no me creyeron que en los alimentos de la calle existen muchos microbios que les puede ocasionar una fuerte salmonelosis, tifoidea o disentería… ¿verdad?

— ***Dolores.*** Es que luego nos platica de cosas bien extrañas… ¿Quién iba a pensar que, en las ricas enchiladas, la sabrosa agua y los exquisitos chicharrones había muchos microbios, si todo se veía bien limpiecito?

— ***Dr. Sabelotodo.***

— Pero niños, si ya todos sabemos que los microbios son bacterias que no se pueden ver a simple vista, ¿verdad amiguitos? (dirige su pregunta al público)

— ***Pepito.*** Ahora si ya lo entendimos Doc… pero, por favor ya denos algo para curarnos… no sea malito ¿Sí?

— ***Maestra Nely.*** Ven que importante es hacernos caso de los consejos que les dan sus maestros, sus papás y los doctores.

— ***Dolores.*** Díganle amiguitos al Doctor que ya nos de medicina para quitarnos este dolor de panza. (*Lo repite varias veces para que los niños del público le gritan al doctor que los cure mientras coco hace las señas de que no les de nada*)

— ***Dr. Sabelotodo.*** Está bien, es mi deber darles algo para acabar con esos microbios que los están enfermando. (*El Doctor hace la mueca de que les da medicina en la boca de cada uno. Mientras esto sucede el microbio*

Coco se retuerce de dolor hasta que poco a poco va desapareciendo de la escena, emitiendo fuertes gritos)

— ***Dolores.*** ¿Cómo te sientes Pepito?

— ***Pepito.*** Ahora muy bien, creo que ya hicieron efecto las medicinas que nos dio el doctor. ¿Y tú?

— ***Dolores.*** También.

Los dos niños se toman de la mano y dirigiéndose al doctor le dicen…

— ***Dolores y Pepito.*** ¡Gracias doctor?

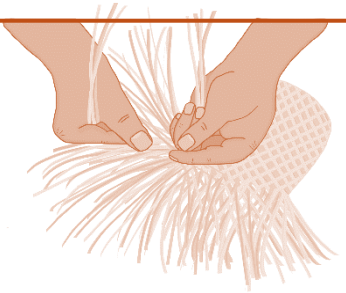
Los niños voltean hacia donde se encuentra la maestra y dirigiéndose al público le dicen…

— ***Dolores y Pepito.*** Verdad que de ahora en adelante siempre respetaremos lo que nos enseñan nuestros maestros.

Se espera una respuesta positiva de las niñas y niños del público.

— ***Maestra Nely.*** Qué bueno que ya están bien niños, vámonos que mañana tenemos clases.

Los personajes dan la espalda al público simulando que se alejan lentamente y cuando ya están a punto de desaparecer de la escena, todos los actores regresan sorpresivamente y a coro gritan… ***¿Quién dice que los microbios no existen?***



Diálogos

entre la vida y la muerte

Nada hay más inquietante que darnos un instante para detener nuestros pensamientos e intentar bosquejar el rostro de la muerte. Desmenuzar ideas tratando de penetrar hasta sus expresiones más íntimas. Utilizar nuestros sentidos para darle sentido. Nuestra forma de concebir y representar al justo momento del desprendimiento de esta vida. Son realidades a los que muchas veces, las más de las veces, todos cerramos los ojos y le damos la espalda para dedicarle un momento. La mayor de las veces queremos negar que empezamos a morir desde el mismo día en que nacemos.

Enfrentar al concepto mismo de la muerte nos obliga a transitar por un mundo difícil de explicar, y más aún, cuando estas interpretaciones parten de recrear la memoria histórica de nuestros orígenes como cultura. El hombre llega a su fin por naturaleza y la cultura que fecunda, gesta y concibe el hombre en sociedad, tiende a reproducir también este principio. Siendo el propio hombre quien destina a los pueblos a caer en manos de la muerte. La pérdida de la memoria histórica arrastra inevitablemente a ese fin. El olvido de los sujetos acerca de su pasado lo condena a morir. La ausencia de valor por nuestras culturas del ayer que aún permanecen —a través de diferentes expresiones— entre nosotros, lo señala tajantemente.

Es sorprendente el maravilloso mundo de la vida y la muerte, cuando coexistimos con ellas desde el horizonte de una clara conciencia. Mundo subjetivo y por lo tanto difícil de comprender. Muerte que por las mañanas nos susurra un bueno día. Muerte que acompaña nuestros pasos a cada segundo. Muerte que se sienta a la mesa y comparte las esencias de nuestro pan. Muerte que por las noches es testigo de nuestros encuentros con la vida. Muerte que nos cobija y envuelve todas las noches para permitirnos renacer al arrullo de los primeros rayos del sol. Muerte que en todo espacio de encuentro con el "dentro" de nosotros, abre toda posibilidad de iniciar un dialogo con su "ente" enviándonos toda clase de señales de su existencia. De su incrédula existencia.

Muerte principio básico de nuestra propia razón de existir, no permitas que vaguemos por el mundo sin rumbo fijo, ni puerto seguro a donde llegar. Muerte del ayer, muerte de hoy. Muerte que nos espera con la mayor de las paciencias

o el mayor de los arrebatos, no permitas que el tránsito por esta vida sea tan intrascendente. Entiende que tu simbolismo nos da la valiosa oportunidad de ir a tu encuentro con la satisfacción y certeza de abandonar el mundo de lo material, dejando ideas y acciones que nos mantengan en el aquí y ahora de lo inmediato. En el pensamiento de los que se quedan. En el recuerdo de los que llegarán.

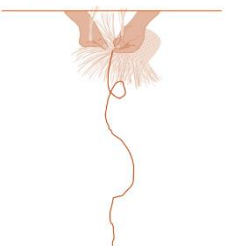
Pienso y plasmo a través de las palabras un sentir que quisiera creer fuera el pensamiento de todo el conglomerado social. Pienso y dejo plasmada la imagen de mi sentir. Sentir que quisiera creer —con grande vehemencia— se transformará en nuestro sentir. Su sentir. Tu sentir. Pero sobre todo en nuestro actuar.

No dejemos de construir escenarios donde poder plantarnos frente a frente con la muerte, con la seguridad que nos debe de dar el aprecio que le tengamos a la vida, encontrarse y dialogar, para no negar las sinergias existentes entre la vida y la muerte.

Scripta manent, verba volant no significa que la palabra oral sea efímera, sino que la palabra escrita es algo duradero y muerto, en cambio, la palabra oral tiene algo de alado, de liviano; alado y sagrado, como dijo Platón.

Jorge Luis Borges

tejiendo CUENTOS



Se termino de editar en abril de 2025 en la Subdirección de Formación Continua, ubicados en la calle de Agustín Gasca 104, Col. Francisco Munguía, C.P. 50130, Toluca, Estado de México.

La magia de la palabra nos permite acortar las distancias entre lo recreado…, lo imaginado…, lo sentido…, con lo posiblemente vivido; entre los mundos surgidos en la etérea fantasía del pensamiento y la maravillosa razón de ser; entre el yo y la posibilidad del tú, entre él, o entre nosotros. La vida es así. Así nos lo permite ver ese arrastre de lápiz … románticamente lápiz… que va construyendo…, esculpiendo…, pintando…, historias que luchan en todo momento por no quedarse en la completa horfandad del texto no leído.